EL REY LEAR

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

EL REY LEAR

(THE KING LEAR)

DRAMATIS PERSONÆ

LEAR, rey de Bretaña.
REY DE FRANCIA.
DUQUE DE BORGOÑA.
DUQUE DE CORNUALLA, esposo de Regania.
DUQUE DE ALBANIA, esposo de Gonerila.
CONDE DE KENT.
CONDE DE GLOSTER.
EDUARDO, hijo de Gloster.
EDMUNDO, hijo bastardo de Gloster.
CURAN, cortesano.
OSVALDO, mayordomo de Gonerila.
UN ANCIANO, pechero de Gloster.
DOCTOR.
BUFÓN.
UN CAPITÁN, a las órdenes de Edmundo.
UN NOBLE, al servicio de Cordelia.
UN HERALDO.
CRIADOS del duque de Cornualla.
GONERILA ..... } Hijas del rey Lear.
REGANIA ..... }
CORDELIA ..... }
Caballeros del séquito del rey Lear, Capitanes, Mensajeros, Soldados y acompañamiento.

ESCENA.—Bretaña.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salón del trono en el palacio del rey Lear

Entran KENT, GLOSTER *y* EDMUNDO

KENT. — Creí yo que el rey estimaba más al duque de Albania que al de Cornualla.

GLOSTER.—Eso nos pareció siempre a todos; pero ahora, en la división de su reino, es difícil entrever a cuál aprecia más, pues las particiones son tan equivalentes, que la delicadeza (1) más escrupulosa no sabría elegir entre la del uno y la del otro.

KENT.—¿No es éste vuestro hijo, monseñor?

GLOSTER. — A mi expensas ha estado su crianza. Tantas veces me sonrojé de haberle conocido, que tengo ya el rostro de bronce.

KENT.—No puedo concebir...

GLOSTER.—Señor, la madre de este mozo sí pudo; por lo cual se le redondeó el vientre; y, por cierto, señor, tuvo un hijo en su cuna antes que un esposo en su lecho. ¿Oléis alguna falta?

KENT.—No puedo lamentar que fuera cometida, siendo tan bello el fruto.

GLOSTER. — Tengo también, señor, un

(1) *Curiosity*, en el original; esto es, *nicety, delicacy, fastidousness.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hijo según la ley, de aproximadamente un año más que éste, que, sin embargo, no me es más querido. Aunque este tunante vino algo impertinente al mundo antes que lo llamaran, su madre, empero, era muy hermosa; hubo fino deleite en su hechura, y el hijo de puta tuvo que ser reconocido. Edmundo, ¿conocéis a este noble caballero?

EDMUNDO.—No, monseñor.

GLOSTER.—Es milord de Kent. Recordadlo desde ahora como un honrado amigo mío.

EDMUNDO.—Estoy a las órdenes de vuestra señoría.

KENT.—He de estimaros, y será para mí una satisfacción tener con vos relaciones más estrechas.

EDMUNDO.—Señor, estudiaré el modo de merecer esa dicha.

GLOSTER.—Ha estado nueve años fuera y tendrá que ausentarse de nuevo. El rey viene.

Suenan clarines. Entran el REY LEAR, CORNUALLA, ALBANIA, GONERILA, REGANIA, CORDELIA *y acompañamiento*

LEAR.—Id a buscar a los señores de Francia y de Borgoña, Gloster.

GLOSTER.—Iré, mi soberano. *(Salen* GLOSTER *y* EDMUNDO.)

LEAR.—En el ínterin, vamos a manifestaros nuestro más encubierto designio. Dadme aquel mapa. Sabed que hemos dividido nuestro reino en tres partes; y que es nuestra firme resolución desembarazar a nuestra vejez de todos los cuidados y negocios, confiándolos a fuerzas más jóvenes, mientras nosotros, descargados, nos encaminaremos paulatinamente hacia la muerte. Hijo nuestro de Cornualla, y vos, nuestro no menos amado hijo de Albania, es nuestra voluntad irrevocable dar a conocer en esta hora los diversos dotes de nuestras hijas, a fin de que puedan evitarse futuras disputas. Los dos grandes príncipes de Francia y de Borgoña, rivales ilustres en el amor de nuestra hija más joven, han hecho bastante tiempo de nuestra corte su estancia amorosa, y deben recibir aquí una respuesta. Decidme, hijas mías, ya que es ahora nuestra voluntad despojarnos de todo, autoridad, intereses del territorio, cuidados del gobierno: ¿cuál de vosotras, decidnos, nos ama más? Que nuestra mayor largueza se extienda sobre aquella cuyos sentimientos naturales merezcan mayor galardón. Gonerila, primogénita nuestra, habla primero.

GONERILA.—Señor, os amo más que cuanto puedan expresar las palabras; más que a la luz de mis ojos, que al espacio y que a la libertad; por encima de todo lo que pueda evaluarse, rico o raro; no menos que a la vida dotada de gracia, salud, belleza y honor; tanto como ningún hijo amó nunca a su padre, ni padre fué amado. Es un amor el mío que deja pobre el aliento e insuficiente el discurso. Os amo por sobre todo cuanto admite ponderación.

CORDELIA.—*(Aparte.)* ¿Qué hará Cordelia? Amar sin pronunciar palabra.

LEAR.—De todo lo comprendido en estos límites, desde esta línea exactamente a esta otra, con sus bosques umbríos y fértiles campiñas, con sus ríos caudalosos y vastas praderas, os hacemos señora. Quede esto vinculado perpetuamente en tu línea y en la de Albania. ¿Qué dice nuestra hija segunda, la queridísima Regania, esposa de Cornualla? ¡Habla!

REGANIA.—Estoy hecha del mismo metal que mi hermana, y en su valor me estimo. La sinceridad de mi corazón descubre que ha expresado la naturaleza misma de mis sentimientos, aunque se quedó algo corta, pues yo me declaro enemiga de cualquier otro goce que pudiera embargar mis sentidos, y siento que únicamente soy feliz con el amor de vuestra estimada Alteza.

CORDELIA.—*(Aparte.)* Entonces, ¡pobre Cordelia! Pero no, nada de eso, puesto que estoy segura de que mi amor es más rico que mi lengua.

LEAR.—A ti y a los tuyos quede por

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

siempre en herencia este amplio tercio de nuestro bello reino, no menor en espacio, valía y deleite que el conferido a Gonerila. Y ahora, vos, alegría nuestra, la última, aunque no la menos querida, cuyo amor juvenil se disputan competidores, las vidas de Francia y la leche de Borgoña, ¿qué puedes decir que merezca un tercio más rico que el de tus hermanas? ¡Habla!

CORDELIA.—Nada, monseñor.

LEAR.—¿Nada?

CORDELIA.—Nada.

LEAR.—De nada no vendrá nada; habla de nuevo.

CORDELIA.—¡Infeliz de mí, que no puedo llevar dentro de mis labios el corazón! Amo a Vuestra Majestad conforme a mi deber; ni más ni menos.

LEAR.—¡Cómo, cómo, Cordelia! Enmendad un poco vuestras palabras, si no queréis dañar vuestros intereses.

CORDELIA.—Bondadoso señor, me disteis el ser, que me habéis alimentado y querido. Os retorno, en reconocimiento, cuanto el deber me impone; os obedezco, os amo y os honro sobre manera. ¿Por qué tomaron esposo mis hermanas, si, como dicen, no aman sino a vos? Es posible que, cuando me case, el esposo cuya mano reciba mi prenda se lleve la mitad de mi amor, de mis solicitudes y de mis deberes; con seguridad, nunca me casaré como mis hermanas, para amar únicamente a mi padre.

LEAR.—Pero ¿es tu corazón quien habla así?

CORDELIA.—Sí, mi buen señor.

LEAR.—¡Tan joven y tan falta de ternura!

CORDELIA.—¡Tan joven, monseñor, y tan sincera!

LEAR.—Bien; ¡sigue así! Tu franqueza sea entonces tu dote; pues por el sagrado resplandor del sol, por los misterios de Hécate y la noche, por todos los influjos de los astros conforme a los cuales somos y dejamos de existir, abdico de todo cuidado paternal, parentesco e identidad de sangre, y desde ahora por siempre jamás te consideraré como extraña a mí y a mi corazón. El bárbaro escita o el hombre que hace de sus hijos alimento para saciar su hambre, se hallarán tan próximos a mi amistad, a mi conmiseración y amparo como tú, la que en otro tiempo fuiste mi hija.

KENT.—Mi buen soberano...

LEAR.—¡Silencio, Kent! ¡No te interpongas entre el dragón y su furia! Era la que más amaba, y creí poder confiar el reposo de mi vejez a sus tiernos cuidados, como se confía un niño a su nodriza. *(A* CORDELIA.*)* ¡Fuera de aquí y esquiva mi presencia! ¡Así me siga la paz hasta la tumba como abjura de ti el corazón de tu padre! ¡Llamad al de Francia!... ¿Quién osa moverse?... ¡Llamad al de Borgoña! Cornualla y Albania: con los dotes de mis dos hijas, distribuíos el de la tercera. Que se case con el orgullo que llama sinceridad. Os invisto, conjuntamente, de mi poder, de mi soberanía y de todos los grandes atributos que escoltan a la realeza. Nos mismo nos alojaremos con cualquiera de vosotros por turno mensual, bajo la reserva de una guardia de cien caballeros, que se mantendrán a vuestra costa. Solamente retendremos todavía el nombre de rey con todos los títulos anejos. Autoridad, impuestos y provisión de lo demás, sea de vosotros, hijos míos. En confirmación de lo cual, partíos esta corona.

KENT.—Rey Lear, a quien siempre honré como a mi soberano, amé como a mi padre, serví como a mi amo e invoqué en mis plegarias como a mi gran patrón...

LEAR.—Tirante y curvado está el arco; evitad la saeta.

KENT.—¡Que, por el contrario, se dispare, aunque la punta me atraviese la región del corazón! Sea Kent descortés si Lear está loco. ¿Qué intentas, anciano? ¿Piensas que el deber tendrá miedo de hablar, cuando el poder se doblega a la adulación? El honor debe rendirse a la sinceridad cuando la majestad

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

se humilla a la locura. Revoca tu sentencia, y tras mejores consideraciones, haz que desande lo andado tan terrible precipitación; con mi vida respondo de mi aserto; tu hija menor no es la que menos te ama. No están vacíos los corazones cuyo tímido son no hace repercutir ningún sentimiento hueco.

LEAR.—¡Basta, Kent, por tu vida!

KENT.—¡Mi vida! Nunca la he considerado sino como un peón, para jugármela contra tus enemigos; ni tengo miedo a perderla, siendo el motivo tu bien.

LEAR.—¡Fuera de mi presencia!

KENT.—¡Mira mejor, Lear, y permíteme aún que quede como el verdadero blanco de tus ojos!

LEAR.—¡Pues por Apolo...!

KENT.—¡Pues por Apolo, rey, que en vano juras ahora por tus dioses!

LEAR.—*(Pone mano a la espada.)* ¡Vasallo descreído!

ALBANIA y CORDELIA.—¡Conteneos, querido señor!

KENT.—Está bien; mata al médico y otorga una recompensa a la repugnante enfermedad. Revoca tu donación; de lo contrario, mientras mi garganta pueda exhalar clamores, te diré que has hecho mal.

LEAR.—Escúchame, perjuro. ¡Por tu vasallaje, escúchame! Pues has intentado romper nuestro voto (a lo que Nos jamás hubiéramos osado) y, con obstinación de orgullo, venido a interponerte entre nuestra sentencia y nuestro poder (lo que ni nuestro carácter ni nuestro linaje pueden consentir), haremos buena nuestra autoridad; toma tu recompensa. Cinco días te concedemos para que busques el modo de escudarte contra las miserias del mundo; al sexto, cuida bien de volver tu execrable espalda a nuestro reino. Si al cabo de diez días tu desterrado cuerpo fuese hallado en nuestros dominios, tal momento será el de tu muerte. ¡Fuera! ¡Por Júpiter, que esta sentencia es irrevocable!

KENT.—¡Adiós, rey, ya que así quieres mostrarte! Fuera vive la libertad; aquí está el destierro. *(A* CORDELIA.*)* Los dioses te acojan bajo su cara protección, doncella, que piensas con rectitud y hablaste muy justamente. *(A* REGANIA *y* GONERILA.*)* Y que vuestros hechos confirmen vuestros largos discursos, para que de las palabras de amor broten las virtuosas realidades. De igual manera, oh príncipes, os da a todos su adiós Kent. El adaptará su viejo rumbo a un nuevo país. *(Sale.)*

Trompetería. Vuelve a entrar GLOSTER *con el* REY DE FRANCIA, *el* DUQUE DE BORGOÑA *y acompañamiento*

GLOSTER.—Ved aquí al de Francia y al de Borgoña, mi noble señor.

LEAR.—Nos dirigimos primeramente a vos, monseñor de Borgoña, que contendéis con este rey por la mano de mi hija. ¿Cuál es el mínimo de dote que pedís al presente para no abandonar vuestra solicitación amorosa?

BORGOÑA.—Real Majestad, no solicito más de lo que ha ofrecido Vuestra Alteza, ni vos otorgaréis menos.

LEAR.—Cuando la queríamos, nobilísimo Borgoña, la estimábamos en el valor del dote prometido; pero hoy su precio ha bajado. Vedla ahí, señor; si algo de esa poca aparente sustancia o su persona entera, dotada con nuestro desagrado y nada más, puede convenir a Vuestra Gracia, ahí la tenéis, y es vuestra.

BORGOÑA.—No sé qué responder.

LEAR.—Señor, tal como la veis, con la desgracia por todo patrimonio, privada de amigos, hija nuevamente adoptiva de nuestro odio, dotada con nuestra maldición y extraña a Nos por juramento, ¿la tomáis o la dejáis?

BORGOÑA.—Perdonadme, real señor; pero no puede decidirse mi elección en tales condiciones.

LEAR.—Dejadla, entonces, señor; pues por la Omnipotencia que me dió la vida, os he mostrado toda su riqueza. *(Al* REY DE FRANCIA.*)* En cuanto a vos, gran rey, no querría que vuestro amor sufriera un descarrío semejante al haceros desposar

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

con lo que odio. Por tanto, os suplico que desviéis vuestra inclinación hacia un lugar más digno que el de una desgraciada, de quien la Naturaleza casi enrojece de tenerla por suya.

FRANCIA.—¡Es muy extraño que la que hasta hace poco fué objeto de vuestra predilección, el tema de vuestras alabanzas, el bálsamo de vuestra vejez, la mejor, la más querida, haya cometido en un tris una acción tan monstruosa que la desate de tan numerosos pliegues del favor! Ciertamente, ha de ser de tal magnitud la ofensa, que raye en lo monstruoso, o, de lo contrario, el afecto que antes le profesabais adolecía de tacha. Y solamente por la fuerza de la fe creería eso de ella, pues la razón, sin que se obrase un milagro, nunca podría convencerme.

CORDELIA. —Suplico todavía a Vuestra Majestad, si la razón de mi ofensa es la falta de este arte flúido y untuoso de hablar sin razonar (ya que lo que bien me propongo lo cumplo antes de decirlo), declaréis que no es la mancha de un vacío ni otra infamia, ni acción impura o paso deshonroso lo que me ha privado de vuestra gracia y favor; sino precisamente la carencia de aquello por lo cual soy rica: un mirar constantemente persuasivo y una lengua que me siento dichosa de no poseer, aunque el no poseerla me haya costado la pérdida de vuestra estimación.

LEAR.—¡Más te valiera no haber nacido antes que no saber agradarme más!

FRANCIA.—¿Y sólo es por eso? ¿Una cortedad de carácter que con frecuencia deja suspendida la historia que se propone narrar? Monseñor de Borgoña, ¿qué decís de la dama? El amor no es amor cuando se mezcla a consideraciones enteramente extrañas a su objeto. ¿La queréis? Ella, por sí sola, es una dote.

BORGOÑA.—Rey Lear, dadle siquiera la parte que le teníais asignada, y tomo incontinenti la mano de Cordelia, duquesa de Borgoña.

LEAR.—Nada. Lo he jurado. Soy firme.

BORGOÑA. —Me causa gran pesar que, por haber perdido un padre, perdáis un esposo.

CORDELIA.—¡La paz sea con Borgoña! Pues consideraciones de fortuna constituyen su amor, no seré yo su mujer.

FRANCIA.—¡Bellísima Cordelia, que eres más rica siendo pobre; más exquisita, desamparada, y más adorada cuanto más te menosprecian! ¡Aquí hago mías tu persona y tus virtudes! ¡Sea la ley recoger lo que está arrojado!... ¡Dioses! ¡Dioses! Milagro es que sus fríos desdenes inflamen mi amor de abrasador respeto. ¡Rey, tu hija, sin dote, fiada a mi ventura, es nuestra reina, la de nuestros súbditos y de nuestra hermosa Francia! ¡Todos los duques de la pantanosa Borgoña no podrían comprar esta mi preciosa e inapreciable doncella! Diles adiós, Cordelia, a pesar de su ingratitud; pierde aquí para encontrar un mejor allá.

LEAR.—Tómala, rey de Francia; tuya es, pues nosotros no tenemos tal hija, ni jamás volveremos a ver su rostro. Idos, pues, sin nuestra gracia, sin nuestro amor y sin nuestra bendición. Venid, noble duque de Borgoña. *(Trompetería. Salen* LEAR, BORGOÑA, CORNUALLA, ALBANIA, GLOSTER *y acompañamiento.)*

FRANCIA.—Despídete de tus hermanas.

CORDELIA. —¡Joyas de nuestro padre, Cordelia os abandona con lágrimas en los ojos! Cordelia os ama; sé cómo sois, y, como buena hermana, me repugna dar a vuestro defecto su verdadero nombre. Portaos bien con nuestro padre; a vuestros corazones, tan explícitos, lo encomiendo. Pero, ¡ay!, si estuviera en su gracia, lo preferiría en lugar mejor. Así, pues, adiós a una y otra.

REGANIA.—No nos prescribáis nuestros deberes.

GONERILA.—Mejor es que estudiéis el modo de agradar a vuestro esposo, que os ha recibido como una limosna de la Fortuna. Habéis sido avara de la obediencia, y bien merecida tenéis la pérdida de lo que habéis perdido

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CORDELIA.—El tiempo descubrirá lo que encubren los pliegues de la astucia. ¡A los que ocultan sus faltas, al fin los escarnece la vergüenza! Que vuestros días sean prósperos.

FRANCIA. — Vamos, mi bella Cordelia. *(Salen* CORDELIA *y el* REY DE FRANCIA.)

GONERILA. — Hermana, no es poco lo que os tengo que decir sobre un asunto que nos interesa a las dos extremadamente. Creo que nuestro padre saldrá de aquí esta noche.

REGANIA.—Muy cierto, y con vos. El mes siguiente lo pasará con nosotros.

GONERILA.—Ya veis a qué mudanzas está sujeta la ancianidad. No ha sido grano de anís la observación que hemos podido hacer: siempre amó extremadamente a nuestra hermana, y la forma con que acaba de desheredarla no indica sino con harta evidencia el enflaquecimiento de su razón.

REGANIA. — Chocheces de viejo; bien que nunca tuvo gran dominio sobre sí.

GONERILA.—En lo mejor y más fuerte de su vida no fué sino un temerario; así que debemos esperar de su edad no solamente las imperfecciones de antiguo inherentes a su condición, pero también la desarreglada aspereza de genio que los años de enfermedades y la irritación traen consigo.

REGANIA. — Tendremos que presenciar explosiones tan repentinas como las que han causado el destierro de Kent.

GONERILA.—Le faltan aún por cambiar cumplimientos de adiós con el rey de Francia. Te ruego que nos pongamos de acuerdo. Si nuestro padre ejerce autoridad alguna en la disposición en que se halla, la resignación que acaba de hacernos de su poder no servirá sino para perjudicarnos.

REGANIA.—Ya pensaremos en ello más adelante.

GONERILA.—Es preciso que resolvamos algo y en el calor de la situación. *(Salen.)*

ESCENA II

Un salón en el castillo del conde de Gloster

Entra EDMUNDO *con una carta*

EDMUNDO.—Naturaleza, eres mi deidad; a tu ley consagro mis servicios. ¿Por qué me he de someter al azote de la costumbre y he de permitir a la puntillosa exigencia de las naciones que se me desherede, por venir al mundo unas doce o catorce lunas a la zaga de un hermano? ¿Por qué soy un bastardo? ¿Por qué razón un espurio, cuando las proporciones de mi cuerpo se hallan tan bien conformadas, mi alma tan generosa y mis maneras tan apuestas como puedan serlo los del retoño de una mujer honrada? ¿Por qué se nos infama con este epíteto de espurios, con esta acusación de bastardos? ¿Bastardía? ¿Ilegitimidad? ¡A nosotros, que en el hurto lascivo de la Naturaleza extraemos mejor sustancia y calidad más vigorosa que las que entran en la procreación de toda una tribu de mequetrefes engendrada en un lecho desabrido, enojoso y duro, entre el sueño y la vigilia! Así, pues, legítimo Edgardo, he de poseer vuestro patrimonio. El amor de nuestro padre es debido tanto al bastardo Edmundo como al legítimo. ¡Legítimo! ¡Linda palabra! Bien, mi legítimo; si esta carta produce su efecto y mi plan se realiza, Edmundo el bastardo aventajará al legítimo. Crezco, prospero... ¡Ahora, dioses, proteged a los bastardos!

Entra GLOSTER

GLOSTER.—¡Kent desterrado así! ¡Y Francia partiendo enfurecida! ¡Y el rey se va esta noche! ¡Abdicado su poder! ¡Confinado a una pensión! ¡Y todo esto sobre la marcha! ¡Edmundo! ¡Hola! ¿Qué nuevas hay?

EDMUNDO.—Ninguna, si place a vuestra señoría. *(Fingiendo ocultar la carta.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

GLOSTER. — ¿Por qué mostráis tanto empeño en ocultar esa carta?

EDMUNDO.—No sé de nueva alguna, señor.

GLOSTER.—¿Qué papel era el que leíais?

EDMUNDO.—No es nada, señor.

GLOSTER.—¿No? Entonces, ¿a qué viene ese terrible afán de guardároslo en el bolsillo? La calidad de nada no tiene tal necesidad de ocultarse. Veamos, y si no es nada, no precisaré de anteojos.

EDMUNDO.—Os suplico, señor, que me perdonéis; es una carta de mi hermano, que no acabé de leer por entero, y que, por lo que he recorrido de ella, no la hallo conveniente para que le echéis la vista encima.

GLOSTER.—Dadme la carta, señor.

EDMUNDO.—Os ofenderé tanto si la retengo como si os la doy. Su contenido, a lo que pude inferir, es vituperable.

GLOSTER.—A ver, a ver.

EDMUNDO. — Espero, para justificación de mi hermano, que no la haya escrito sino como ensayo y prueba de mi virtud.

GLOSTER.—*(Leyendo.)* «Esta cortesanía y reverencia para con la vejez nos amarga la existencia en nuestros mejores años y nos retiene apartados de nuestras fortunas hasta la senectud, cuando ya nos es imposible disfrutarlas. Comienzo a hallar una esclavitud ociosa y necia en la posesión de la vejez tiránica, que gobierno, no porque tengo poder, sino porque es tolerada. Venid a verme para que hablemos con más espacio de esto. Si nuestro padre pudiese dormir hasta que yo le despertara..., gozaríais para siempre de la mitad de sus rentas y viviríais amado de vuestro hermano *Edgardo.*» ¡Hum!... ¡Una conspiración! «Dormir hasta que yo le despertara...» «Gozaríais de la mitad de sus rentas.» ¡Mi hijo Edgardo! ¿Ha tenido mano para escribir esto? ¿Corazón y cerebro para concebirlo? ¿Cuándo llegó esto a vos? ¿Quién os lo ha entregado?

EDMUNDO.—Nadie me lo entregó, señor, y ahí está la argucia; lo hallé depositado en la ventana de mi gabinete.

GLOSTER.—¿Conocéis si la letra es de vuestro hermano?

EDMUNDO.—Si la materia fuese buena, me atrevería a jurar que era suya, señor; pero, tratándose de eso, quisiera persuadirme de lo contrario.

GLOSTER.—¡Es de él!

EDMUNDO.—Es de su mano, señor; mas confío en que el corazón no está en el contexto.

GLOSTER.—¿No os había sondeado antes sobre este asunto?

EDMUNDO. — Nunca, señor; pero con frecuencia le oí mantener como cosa justa que cuando los hijos han llegado a la mayoría de edad, y los padres a la decadencia, éstos debieran estar bajo la tutela de aquéllos, que se encargarían de administrar sus rentas.

GLOSTER.—¡Oh villano! ¡Villano! La misma opinión de la carta... ¡Aborrecido villano! ¡Villano desnaturalizado, execrable, bruto! ¡Peor que bruto! ¡Ve, pícaro, a buscarle! ¡He de hacerlo prender! ¡Abominable villano! ¿Dónde está?

EDMUNDO.—No lo sé de cierto, señor. Si os place suspender la indignación contra mi hermano hasta que podáis colegir de él mismo un testimonio mejor de sus intenciones, seguiréis el camino más seguro; en tanto que, procediendo violentamente contra él, si os equivocáis sobre sus propósitos, abriréis honda brecha en vuestro propio honor y reduciréis a pedazos el corazón de su obediencia. Me arriesgo a empeñar la vida a que no escribió esto sino con ánimo de probar mi afecto a vuestro honor, y sin ningún otro propósito de mal.

GLOSTER.—¿Lo creéis así?

EDMUNDO.—Si vuestro honor lo juzga oportuno, os colocaré donde podáis oírnos conversar sobre esto, y, bajo garantía auricular, obtener satisfacción. Y ello sin otra tregua que este mismo atardecer.

GLOSTER.—Es imposible que sea un monstruo semejante...

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

EDMUNDO.—Y no lo es, de seguro.

GLOSTER.—...para su padre, que le ama tan absoluta y tiernamente. ¡Cielos y tierra! Edmundo, id a buscarlo, volad a su alcance, os lo ruego; arreglad este asunto según vuestra propia discreción; perdería mi alcurnia con tal de resolverlo de manera cumplida.

EDMUNDO.—Le buscaré inmediatamente, señor; conduciré el negocio con tacto, a tenor de los medios que halle, y de todo os tendré al corriente.

GLOSTER.—Estos últimos eclipses de sol y de luna no nos presagian nada bueno; aunque el conocimiento de la Naturaleza pueda explicarnos así y asá, ella misma, no obstante, se encuentra azotada por los efectos consiguientes; el amor se enfría, la amistad se disuelve, los hermanos se dividen. En las ciudades, rebeliones; en los campos, discordias; en los palacios, la traición; y los lazos entre los hijos y los padres, rotos. Ese villano de mi sangre entra en el pronóstico; ¡ved aquí a un hijo contra su padre! El rey abandona la propensión de la Naturaleza; he ahí el padre contra el hijo. Hemos visto lo mejor de nuestro tiempo. Maquinaciones, falacias, traiciones y todos los desórdenes ruinosos nos seguirán inquietamente a nuestras tumbas. Sal al encuentro de ese villano, Edmundo. No perderás por ello; procede con cautela... ¡Y el noble y franco Kent, desterrado! ¡Su delito fué la honradez! ¡Esto es extraño! *(Sale.)*

EDMUNDO.—¡He aquí la excelente estupidez del mundo; que, cuando nos hallamos a mal con la Fortuna (lo cual acontece con frecuencia por nuestra propia falta), hacemos culpables de nuestras desgracias al sol, a la luna, y a las estrellas; como si fuésemos villanos por necesidad, locos por compulsión celeste; pícaros, ladrones y traidores por el predominio de las esferas; beodos, embusteros y adúlteros por la obediencia forzosa al influjo planetario, y como si siempre que somos malvados fuese por empeño de la voluntad divina! ¡Admirable subterfugio del hombre putañero, cargar a cuenta de un astro su caprina condición! Mi padre se unió con mi madre bajo la cola del Dragón, y la Osa Mayor presidió mi nacimiento; de lo que se sigue que yo sea taimado y lujurioso. ¡Bah! Hubiera sido lo que soy, aunque la estrella más virginal hubiese parpadeado en el firmamento cuando me bastardearon. ¡Edgardo!...

Entra EDGARDO

Y llega en momento oportuno, como la catástrofe en la comedia antigua. Mi papel es simular una melancolía hipócrita, acompañada de suspiros, como un Tomasín de Bedlan. ¡Oh! Aquellos eclipses predijeron esas divisiones: *fa, sol, la, mi.*

EDGARDO. — ¿Qué hay, hermano Edmundo? ¿En qué graves abstracciones os halláis sumergido?

EDMUNDO. — Reflexionaba, hermano, en una predicción que leí el otro día y que ha de seguir a estos eclipses.

EDGARDO.—¿Os preocupáis de esas cosas?

EDMUNDO.—Os aseguro que los efectos que describe se cumplen, desgraciadamente: tales como desnaturalización entre hijos y padre, muerte, carestía, ruptura de amistades añejas, diversiones en los estados, amenazas y maldiciones contra el rey y los nobles, injustificadas sospechas, destierros de amigos, deserción de tropas, infidelidades conyugales, y no sé cuánto más.

EDGARDO.—¿Desde cuándo sois un sectario de la astrología?

EDMUNDO. — Vamos, vamos; ¿cuándo habéis visto a mi padre por última vez?

EDGARDO.—Anoche.

EDMUNDO.—¿Hablasteis con él?

EDGARDO. — Sí; estuvimos juntos dos horas.

EDMUNDO. — ¿Os separasteis en buenos términos? ¿No advertisteis descontento ni en sus palabras ni en su fisonomía?

EDGARDO.—En absoluto.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

EDMUNDO.—Reflexionad en qué podéis haberle ofendido, y, a instancia mía, evitad su presencia hasta que el calor de su enojo pueda aplacarle un tanto, pues en estos momentos la exaspera a tal punto, que apenas con la pérdida de vuestra persona lograría contenerse.

EDGARDO.—Algún villano me ha hecho perjuicio.

EDMUNDO.—Ese es mi temor, hermano. Os ruego guardéis una paciencia templada hasta que se calme la vivacidad de su furor; y así os digo que os retiréis conmigo a mi alojamiento, donde os colocaré de modo que podáis oír hablar a mi señor. Idos, os ruego; he aquí mi llave. Y si salís, hacedlo armado.

EDGARDO.—¿Armado, hermano?

EDMUNDO. — Hermano, os aconsejo lo mejor; id armado. No soy hombre honorable si existe alguna buena intención hacia vos; os he dicho lo que he visto y oído; pero desmayadamente; nada parecido a su imagen y horror. Por favor, marchaos.

EDGARDO.—¿Tendré pronto nuevas tuyas?

EDMUNDO.—Estoy a tu servicio en este asunto. *(Sale* EDGARDO.) ¡Un padre crédulo y un hermano noble, cuya naturaleza se halla tan lejos de una mala acción, que no la sopecha en nadie; sobre cuya honrada simplicidad cabalga fácilmente mi intriga! Veo el negocio. Si no por nacimiento, tenga yo tierras por ingenio. Hallaré bueno todo cuanto se amolde a ese resultado. *(Sale.)*

ESCENA III

Aposento en el palacio del duque de Albania

Entran GONERILA *y su intendente* OSVALDO

GONERILA.—¿Ha golpeado mi padre a mi caballerizo por haber reprendido a su bufón?

OSVALDO.—Sí, señora.

GONERILA.—¡Me afrenta día y noche! A todas horas prorrumpe en una u otra insolencia de marca, que nos hace a todos andar a la greña. No he de sufrirlo. Sus caballeros son turbulentos, y él mismo nos increpa por cualquier nonada. Cuando retorne de la cacería, no pienso hablarle; decidle que estoy indispuesta. Si os mostráis negligente de hoy en adelante en los servicios (1), haréis bien; yo respondo de la falta. *(Trompetas de caza, dentro.)*

OSVALDO.—He aquí que llega, señora. Le oigo.

GONERILA. — Afectar vos y vuestros compañeros la negligencia remisa que os plazca. Quisiera que ello viniese a debate. Si le disgusta, que se vaya con mi hermana, cuyo pensamiento con respecto de él sé que es idéntico al mío: no ser dominadas. ¡Viejo inútil, que todavía quisiera hacer alarde de aquellas preeminencias de que abdicó! Ahora, por mi vida, estos necios ancianos se vuelven niños, y debe tratárselos con reprimendas a título de caricias, cuando se ve que abusan. Acordaos de lo que os he dicho.

OSVALDO.—Muy bien, señora.

GONERILA.—Y que sus caballeros hallen en vosotros una expresión más fría. Lo que de ello resulte, poco importa; advertírselo así a vuestros compañeros. Quisiera que de aquí naciesen ocasiones, y tales, que me permitieran hablar. Voy a escribir en seguida a mi hermana para que observe la misma conducta que yo. Que preparen la comida. *(Sale.)*

ESCENA IV

Antesala en el mismo palacio

Entra KENT, *disfrazado*

KENT.—Con sólo que asuma tan oíen los acentos de otro, de suerte que pu

(1) *Of former services*, en el texto, tiene aquí el raro sentido de *forward from this time*.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

da disfrazar mi voz, el buen propósito que me ha inducido a desfigurar mis rasgos tendrá plena eficacia. Ahora, desterrado Kent, si puedes servir incluso en los lugares en que has sido condenado (y ojalá puedas), tu señor, a quien tanto amas, te encontrará lleno de celo. *(Trompetas dentro.)*

Entran LEAR, *Caballeros y acompañamiento*

LEAR.—No quiero demorar ni una jota la cena; ve y que se den prisa en servirme. *(Sale uno del séquito.)* ¿Qué hay? ¿Quién eres tú?

KENT.—Un hombre, señor.

LEAR.—¿En qué te ocupas? ¿Qué deseas de Nos?

KENT.—Me ocupo en no ser menos de lo que parezco; en servir lealmente al que deposita en mí su confianza; en amar al que es honrado; en conversar con el que es cuerdo y habla poco; en temer a la crítica; en combatir cuando no hay otro remedio, y en no comer de pescado.

LEAR.—¿Quién eres?

KENT.—Un individuo honrado a carta cabal y, tan pobre como el rey.

LEAR.—Si eres tan pobre para súbdito como él lo es para rey, eres bastante pobre. ¿Qué quisieras?

KENT.—Servir.

LEAR.—¿A quién querrías servir?

KENT.—A vos.

LEAR.—¿Me conoces, amigo?

KENT.—No, señor; pero tenéis algo en vuestro semblante, que de buena gana os llamaría mi amo.

LEAR.—Y ¿qué es lo que tengo?

KENT.—Autoridad.

LEAR.—¿Qué servicios puedes hacer?

KENT.—Puedo guardar un honrado secreto, cabalgar, correr, echar a perder un cuento complicado al referirlo, y comunicar farfulladamente un sencillo mensaje. Soy apto para todo aquello de que son capaces las personas ordinarias y lo mejor de mí es la diligencia.

LEAR.—¿Qué edad tienes?

KENT.—No soy tan joven, señor, que me enamore de una mujer por su canto, ni tan viejo que me apasione de ella por cualquier cosa. Llevo cuarenta y ocho años a la espalda.

LEAR.—Sígueme; te tomo a mi servicio. Si después de la comida no me pareces peor, no me separaré tan pronto de ti. ¡La comida! ¡Eh! ¡La comida! ¿Dónde está mi muchacho, mi bufón? Id vos, y llamad aquí a mi bufón. *(Sale uno del séquito.)*

Entra OSVALDO

Vos, vos, pícaro, ¿dónde está mi hija?

OSVALDO.—Tened a bien... *(Sale.)*

LEAR.—¿Qué dice ese hombre? Traed a ese zopenco. *(Sale un Caballero.)* ¿Dónde está el bufón? ¡A ver! Creo que todo el mundo duerme.

Vuelve a entrar el CABALLERO

¡Hola! ¿Dónde está ese mestizo?

CABALLERO.—Monseñor, dice que vuestra hija no se halla bien.

LEAR.—¿Por qué no ha venido ese ruin cuando le he llamado?

CABALLERO.—Señor, me ha contestado rotundamente que no quería.

LEAR.—¿Que no quería?

CABALLERO.—Señor, no alcanzo el motivo; pero, a mi modo de ver, Vuestra Alteza no es atendido con el ceremonioso respeto a que está habituado. Ha decaído notoriamente la estimación en que os tenían, no solamente los criados y cortesanos en general, sino aun el mismo duque y vuestra hija.

LEAR.—¡Ah! ¿Eso dices?

CABALLERO.—Señor, os suplico me perdonéis si estoy en un error; pero mi fidelidad no puede permanecer silenciosa cuando creo que se ofende a Vuestra Alteza.

LEAR.—No has hecho sino recordarme mis propias sospechas; desde estos últimos tiempos noto la más lánguida negligencia; pero he preferido reprocharme

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

de un exceso de susceptibilidad antes que ver una verdadera intención y propósito de desvío. Lo observaré con más cuidado. Pero ¿dónde está mi bufón? Hace dos días que no le he visto.

CABALLERO.—Desde que nuestra señora, la más joven, marchó a Francia, señor, el bufón ha decaído mucho.

LEAR.—¡No hablemos más de eso! ¡Lo he advertido bien! Id a decirle a mi hija que quisiera hablar con ella. *(Sale uno del séquito.)* Id vos, y traedme acá mi bufón. *(Sale otro del séquito.)*

Vuelve a entrar OSVALDO

¡Oh, vos, señor! ¡Venid acá, señor! ¿Quién soy yo, señor?

OSVALDO.—El padre de mi señora.

LEAR.—¡El padre de mi señora! ¡El granuja de mi señor! ¡Pero hideputa! ¡Esclavo! ¡Gozque!

OSVALDO.—No soy nada de eso, señor; perdón, os lo suplico.

LEAR.—*(Golpeándole.)* ¿Vais a sostenerme la mirada? ¡Insolente!

OSVALDO.—No permito que nadie me pegue, señor.

KENT.—*(Echándole la zancadilla y tirándole al suelo.)* ¡Ni que te echen la zancadilla, mal jugador de balompié!

LEAR.—Te lo agradezco, amigo; me sirves y he de estimarte.

KENT. — ¡Vamos, señor; levantaos e idos! Yo os enseñaré a observar las distancias; afuera, afuera; si queréis medir de nuevo la longitud de vuestra estupidez, quedaos. Pero ¡afuera! *(Empuja hacia afuera a* OSVALDO.) ¡Idos! ¿No tenéis sentido común? ¡Así!

LEAR.—Ahora, amigable bribón, te doy las gracias. Toma, en arras de tus servicios. *(Le da dinero a* KENT.)

Entra el BUFÓN

BUFÓN. — *(Ofreciendo su caperuza a* KENT.) También yo quiero obsequiarle. He aquí mi cresta.

LEAR.—¡Hola, mi lindo bribón! ¿Cómo te va?

BUFÓN.—¡Pícaro, mejor haríais en tomar mi cresta!

KENT.—¿Por qué, bufón?

BUFÓN.—¿Por qué? Por tomar el partido de uno que no está en favor. ¡Pardiez! Si no sabes sonreír según el viento que sopla, pronto te aterirás de frío. Vamos, toma mi cresta. Mira, este camarada ha desterrado a dos de sus hijas y dado a la tercera una bendición contra su voluntad; si lo sigues, necesariamente has de llevar mi cresta. ¿Cómo va eso, tío? ¡Quisiera tener dos crestas y dos hijas!

LEAR.—¿Por qué, muchacho?

BUFÓN.—Si les daba todos mis bienes, guardaría para mí las crestas. Aquí está la mía; mendiga la otra a tus hijas.

LEAR.—Ten cuidado, pícaro; el látigo.

BUFÓN.—La verdad es un perro que hay que echar a la perrera. Y debe echársele a latigazos, mientras que la Señora Braca puede acurrucarse y heder al amor de la lumbre.

LEAR.—¡Hiel pestilente para ti!

BUFÓN.—¡Pícaro, voy a enseñarte unas máximas!

LEAR.—Dilas.

BUFÓN.—Fíjate bien en ellas, tío.

Ten siempre más de lo que aparentes.
Habla menos de lo que sabes.
Presta menos de lo que posees.
Ve mejor a caballo que a pie.
Aprende más de lo que crees.
Apuesta menos de lo que juegues.
Deja tu bebida y tu puta.
Y estate dentro de la casa.
Y *tendrás seguramente*
más de dos docenas sobre veinte.

KENT.—Eso no dice nada, bufón.

BUFÓN.—Entonces, se parece al aliento de un abogado que no cobra. Nada me habéis dado por ello. ¿No podéis hacer uso de la nada, tío?

LEAR.—¡Pardiez! No, muchacho; de la nada no puede hacerse nada.

BUFÓN.—*(A* KENT.) Te ruego que le digas a cuánto suben las rentas de sus tierras; no creería a un loco.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LEAR.—¡Loco amargo!

BUFÓN.—¿Sabes, mancebo, la diferencia que hay entre un loco amargo y un loco dulzón?

LEAR.—No, rapazuelo; dímela.

BUFÓN.

Que el noble que te aconsejó
abandonaras sus tierras,
tome sitio aquí, a mi lado,
o ponte tú en su lugar.
El loco dulzón y el loco amargo
aparecerán acto seguido,
el uno aquí en vestido gayado;
el otro ahí, tal como es.

LEAR.—¿Me llamas loco, hijo mío?

BUFÓN. — Has abandonado todos tus restantes títulos; en cuanto a éste, naciste con él.

KENT.—No es del todo loco, monseñor.

BUFÓN.—No, a fe; los señores y magnates no me lo permitirían; si poseyera el monopolio de la locura, querrían ir a la parte; y las damas también; no me dejarían que disfrutase yo solo toda la locura; me la arrebatarían. Tío, dame un huevo y te daré dos coronas.

LEAR.—¿Qué coronas serían?

BUFÓN.—¡Pardiez! Después de haber partido el huevo en dos mitades, y comídome la sustancia, las dos coronas del cascarón. Cuando partiste en dos tu corona y diste una y otra parte, hiciste lo mismo que aquel que en un sendero lleno de fango se carga el burro a cuestas. Tenías poco seso debajo de tu corona calva, cuando abdicaste de la de oro. Si hablo como loco en esto, que se azote al primero que lo advierta. *(Canta.)*

Nunca han estado los locos en menos gracia [que este año,
porque los cuerdos se han convertido en estú- [pidos,
y no saben ya cómo llevar su ingenio; tan simiescos son sus modales.

LEAR.—¿Desde cuándo tenéis por costumbre andar tan lleno de canciones, belitre?

BUFÓN.—Lo tengo desde que hiciste de tus hijas tu madre. Pues el día en que les diste tu cetro y te bajaste los calzones... *(Canta.)*

Lloraron entonces repentinamente de ale- [gría
y yo canté de pena,
al ver a tal rey jugar al escondite
y andar entre los locos.

¡Por favor, tío, sostén un maestro de escuela que enseñe a tu bufón a mentir! ¡De buena gana quisiera aprender a mentir!

LEAR.—Como mientas, pícaro, te haré azotar.

BUFÓN.—Me maravillo del parentesco que tienes con tus hijas; ellas me quieren azotar si digo la verdad; tú quieres azotarme si miento; y a veces soy azotado por guardar silencio. Prefiero ser cualquier cosa antes que bufón, y, sin embargo, no quisiera hallarme en tu puesto, tío. Raíste el juicio por ambos lados, y nada dejaste en medio. Aquí viene una de las raeduras.

Entra GONERILA

LEAR.—¡Hola, hija! ¿A qué viene ese ceño? Me parece que de algún tiempo a esta parte os hallo muy ceñuda.

BUFÓN.—Eras un admirable camarada cuando no tenías necesidad de cuidarte de su fruncimiento. Ahora no eres más que un cero sin otra cifra. Yo estoy ahora mejor que tú; soy un loco, y tú no eres nada... *(A* GONERILA.) Sí, en verdad, retendré mi lengua; así me lo ordena vuestro rostro. ¡Chitón! ¡Chitón!

Quien no guarda corteza ni miga,
saciado de todo, necesitará algo.

(Señalando a LEAR.)

Este es una vaina de guisante desgranada.

GONERILA.—Señor, no solamente vuestro bufón, al que todo se le permite, sino otras personas de vuestro séquito inso-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

lente critican y alborotan a todas horas, entregándose a pendencias violentas e intolerables. Creí, señor, al haceros conocer este estado de cosas, haber hallado una corrección eficaz; pero mucho temo, por lo que vos mismo habéis dicho y hecho harto recientemente, que protegéis esta conducta y la instigáis con vuestro consentimiento. Si así fuera, no podría esta falta escapar a la censura ni dormirían los correctivos, que, al ejecutarlos en interés del Estado, os darían algún motivo de ofensa; pero esta ofensa, que en otras circunstancias pasaría por oprobio, la necesidad le llamaría medida prudente.

BUFÓN.—Porque ya lo sabéis, tío:

El gorrioncillo alimentó tanto tiempo el cuco, que le comieron la cabeza las crías.

A esto, dieron un soplo a la candela y nos quedamos a oscuras.

LEAR.—¿Sois nuestra hija?

GONERILA.—Vamos, señor, quisiera que hicieses uso de aquel buen sentido de que sé estáis dotado y desecharais esas rarezas que últimamente os hacen distinto del que en efecto sois.

BUFÓN. — ¿No puede saber el burro cuándo es el carro el que arrastra al caballo! ¡Arre, Juana! ¡Te quiero!

LEAR.—¿Hay aquí alguno que me conozca? ¡Este no es Lear! ¿Anda así Lear? ¿Habla así? ¿Dónde están sus ojos? O su razón se ha debilitado, o su percepción está aletargada. ¡Ah! ¿Está despierto? ¡No puede ser! ¿Quién puede decirme quién soy?...

BUFÓN.—La sombra de Lear.

LEAR.—Quisiera saberlo, pues por los signos de la soberanía, de la inteligencia y de la razón, me costaría trabajo convencerme de que tenía hijas.

BUFÓN.—Las cuales harán de ti un padre obediente.

LEAR. — ¿Vuestro nombre, hermosa dama?

GONERILA.—Ese asombro, señor, tiene mucho del sabor de vuestras otras recientes extravagancias. Os ruego que entendáis rectamente mis propósitos. Como sois anciano y venerable, debierais ser sensato. Conserváis aquí un centenar de caballeros y escuderos, gente tan desordenada, pervertida y escandalosa, que está nuestra Corte inficionada de sus modales; se semeja a un mesón licencioso. El epicureísmo y la lujuria la convierten en taberna o burdel, más que en un palacio honorable. El pudor mismo clama pronto remedio. Dejaos, pues, persuadir por la que, de lo contrario, ejecutará lo que pide: que disminuyáis un poco vuestro séquito, y que el remanente que continúe a vuestro servicio lo compongan personas que convengan a vuestra edad y se conozcan a sí mismas y a vos.

LEAR.—¡Tinieblas y demonios!... ¡Ensillad mis caballos! ¡Cérqueme mi séquito! ¡Bastarda degenerada! ¡No te importunaré más; todavía me queda una hija!

GONERILA.—Golpeáis a mis gentes, y vuestra desordenada soldadesca hace criados de sus superiores.

Entra ALBANIA

LEAR.—¡Ay del que se arrepiente demasiado tarde! ¡Ah señor! ¿Vos aquí? ¿Es ésta vuestra voluntad? Hablad, señor... Que preparen mis caballos... ¡Ingratitud! ¡Demonio de corazón de mármol, más horrible, cuando te muestras en una hija, que el monstruo del mar!

ALBANIA.—Os ruego que os calméis, señor.

LEAR.—*(A* GONERILA.) ¡Aborrecible milano! ¡Mientes! Mi séquito se compone de hombres elegidos y de singulares cualidades, que conocen todas las exigencias de sus deberes y sostienen con el más escrupuloso miramiento la dignidad de sus nombres. ¡Oh levísima falta, que tan horrible me pareciste en Cordelia! ¡Tan horrible, que, como una rueda de tortura, dislocaste la armazón de mi naturaleza del sitio en que estaba, arran-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

caste todo amor de mi corazón y lo colmaste de hiel! ¡Oh! ¡Lear! ¡Lear! ¡Lear! *(Golpeándose la frente.)* ¡Golpea esta puerta que dejó entrar a la locura y salir a tu buen sentido. ¡Partamos, partamos, mis gentes!

ALBANIA.—Señor, ignoro el motivo de vuestra cólera; yo soy inocente.

LEAR.—Es posible, caballero. ¡Oyeme, Naturaleza, óyeme! ¡Divinidad querida, óyeme! Si te proponías hacer fecunda a esta criatura, suspende tus designios; lleva a sus entrañas la esterilidad; resécale la reproducción, y que de su cuerpo degradado no nazca jamás un hijo que la honre. ¡Si llega a concebir, engéndrale un hijo de maldad, que pueda vivir y ser para ella un tormento perverso y desnaturalizado! ¡Sellen arrugas su frente juvenil! ¡Que las lágrimas candentes ahonden canales en sus mejillas! ¡Que todos sus cuidados y solicitudes maternas le sean devueltos por aquél en escarnios y menosprecios! ¡Que sienta cuánto más punzante que el diente de un reptil es tener un hijo ingrato! ¡Afuera! ¡Afuera! *(Sale.)*

ALBANIA.—Pero, por los dioses que adoramos, ¿de qué proviene esto?

GONERILA.—No os inquietéis por saber la causa, sino dejad a su humor aquella libertad que le da su chochera.

Vuelve a entrar LEAR

LEAR. — ¡Cómo! ¿Cincuenta de mis parciales de un solo golpe? Y ¿en quince días?

ALBANIA.—¿De qué se trata, monseñor?

LEAR.—Voy a decírtelo. *(A* GONERILA.*)* ¡Vida y muerte! ¡Me avergüenzo de que tengas poder para quebrantar así mi fortaleza de hombre! ¡Que estas lágrimas abrasadoras que vierto a pesar mío, te hagan digna de ellas! ¡Caigan sobre ti ráfagas y torbellinos! Las heridas incurables de la maldición de un padre horaden todos tus sentidos. ¡Viejos ojos míos de loco, llorad de nuevo por esta causa, y os arrancaré y enviaré a que ablendéis la arcilla con las lágrimas que dejáis escapar! ¡Sí! ¡Hemos llegado a esto! ¡Sea! Aún me queda una hija, que tengo por seguro es tierna y compasiva; cuando sepa lo que has hecho, con sus uñas desgarrará tu cara de loba. Verás cómo recobro la personalidad que piensas he abdicado para siempre. *(Salen* LEAR, KENT *y su séquito.)*

GONERILA.—¿Habéis visto esto, mi señor?

ALBANIA.—A pesar del gran amor que os tengo, no puedo ser tan parcial, Gonerila...

GONERILA.—Tranquilizaos, os lo ruego. ¡Hola! ¡Osvaldo, eh! *(Al* BUFÓN.*)* Y vos, señor, que sois más pillo que loco, seguid a vuestro amo.

BUFÓN.—¡Tío Lear! ¡Tío Lear! Aguarda, y lleva contigo al loco.

Una zorra que se cogiese
y una hija semejante
irían de seguro a la horca,
si mi caperuza pudiera pagar una cuerda;
y con esto el loco se marcha.

(Sale.)

GONERILA.—Este hombre ha sido bien aconsejado. ¡Cien caballeros! ¿Es político y seguro dejarle tener equipados cien caballeros? ¡Sí! Al menor desvarío, al más leve rumor, a cada antojo, a cada queja, a cada disgusto, hubiera podido amparar sus chocheces con sus fuerzas y tener nuestras vidas a su merced. ¡Osvaldo, digo!

ALBANIA.—Bien; vuestros temores van demasiado lejos.

GONERILA.—Eso es preferible a exagerar la confianza. Dejadme prevenir siempre los males que temo, antes que estar siempre con el temor de que me sorprendan. Conozco su corazón. Cuanto ha proferido lo he escrito a mi hermana. Si sostiene a él y a sus cien caballeros después de haberle mostrado los inconvenientes... ¡Hola Osvaldo!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Vuelve a entrar OSVALDO

OSVALDO.—Aquí estoy, señora.

GONERILA.—Qué, ¿habéis escrito esa carta a mi hermana?

OSVALDO.—Sí, señora.

GONERILA.—Coged alguna escolta y partid a caballo. Informadle cumplidamente de mi especial temor, y añadid a mi aserto aquellas razones de vuestra cosecha que puedan refozarlo. Partid y apresurad vuestro retorno. *(Sale* OSVALDO.) No, no, mi señor; esa pusilanimidad blandengue que os dicta vuestra conducta no la desapruebo; pero, con vuestro perdón, sois mucho más vituperable por vuestra falta de prudencia, que digno de alabanza por vuestra nociva dulzura.

ALBANIA.—No puedo comprender hasta dónde llega vuestro golpe de vista. A veces echamos a perder lo bueno por esforzarnos en lo mejor.

GONERILA.—Pues, entonces...

ALBANIA.—Bien, bien; al tiempo. *(Salen.)*

ESCENA V

Patio en el palacio del duque de Albania

Entran LEAR, KENT *y el* BUFÓN

LEAR.—Adelantaos a Gloster con estas cartas. No informéis a mi hija de nada de lo que sabéis, fuera de lo que os pregunte respecto de mi carta. Si vuestra diligencia no es pronta, llegaré antes que vos.

KENT.—No dormiré, señor, hasta que haya entregado vuestra carta. *(Sale.)*

BUFÓN.—Si el cerebro del hombre estuviera en los talones, ¿no correría el riesgo de tener sabañones?

LEAR.—Cierto, muchacho.

BUFÓN.—Entonces, te suplico que estés alegre; tu meollo no irá nunca en chancletas.

LEAR.—¡Ja, ja, ja!

BUFÓN.—Ya verás cómo la otra hija te trata afablemente; pues si bien se parece a ésta como una manzana silvestre a otra dulce, sin embargo, sé lo que me digo.

LEAR.—Y ¿qué es lo que te dices, muchacho?

BUFÓN.—Que su sabor será tan semejante al de ésta como el de una manzana silvestre a otra manzana silvestre. ¿Podríais decirme por qué tenemos la nariz en medio de la cara?

LEAR.—No.

BUFÓN.—Pues para que los ojos estén colocados uno a cada lado de la nariz. De este modo, lo que el hombre no puede ver lo puede olfatear.

LEAR.—La he ofendido...

BUFÓN.—¿Puedes decirme cómo nace una ostra su concha?

LEAR.—No.

BUFÓN.—Ni yo tampoco; pero sé por qué el caracol tiene casa.

LEAR.—¿Por qué?

BUFÓN.—Pues para meter allí su cabeza; no para entregarla a sus hijas y dejar sus cuernos sin abrigo.

LEAR.—Quiero olvidar mi natural... ¡Un padre tan cariñoso! ¿Están a punto mis caballos?

BUFÓN.—Tus asnos han ido a traerlos. La razón de por qué las siete pléyades no son más que siete es una linda razón.

LEAR.—¿Porque no son ocho?

BUFÓN.—Por eso, en verdad; serías un excelente bufón.

LEAR.—¡Si lo recobrase a la fuerza!... ¡Monstruosa ingratitud!

BUFÓN.—Si fueses mi bufón, tío, te daría de palos por haberte hecho viejo antes de tiempo.

LEAR.—¿Cómo es eso?

BUFÓN.—¡No debías haber envejecido hasta ser más sensato!

LEAR.—¡Oh dulces cielos! ¡Que no me vuelva loco! ¡Que no me vuelva loco! ¡Conservadme la razón! ¡No quiero estar loco!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra un CABALLERO

¡Hola! ¿Están ya dispuestos los caballos?

CABALLERO.—Dispuestos, señor.

LEAR.—Vamos, muchacho.

BUFÓN.—La que ahora es doncella y se ríe de mi salida, no lo será mucho tiempo, a menos que ciertas cosas queden más cortas que están. *(Salen.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Patio interior en el castillo del conde de Gloster

Entran, separadamente, EDMUNDO *y* CURAN, *encontrándose*

EDMUNDO.—Dios te guarde, Curan.

CURAN.—Y a vos, señor. Estuve con vuestro padre, y le manifesté que el duque de Cornualla, y Regania, la duquesa, vendrán a visitarle esta noche.

EDMUNDO.—¿Cómo es eso?

CURAN.—A fe que lo ignoro. ¿Habéis oído las noticias que corren? Me refiero a las que se susurran, pues todavía no pasan de habladurías murmuradas como beso a la oreja.

EDMUNDO.—No. ¿Cuáles son, te ruego?

CURAN.—¿No habéis oído hablar de una guerra probable entre los duques de Cornualla y de Albania?

EDMUNDO.—Ni una palabra.

CURAN.—Pues a su tiempo lo sabréis. Pasadlo bien, señor. *(Sale.)*

EDMUNDO.—¡El duque estará aquí esta noche! ¡Mejor, mucho mejor! Esta circunstancia teje de por sí forzosamente los hilos de mi negocio. Mi padre ha apostado una guardia para prender a mi hermano, y yo he de representar cierto papel de índole delicada. ¡Presteza y buena suerte! ¡A la obra! ¡Hermano! Una palabra ...¡Descended, os digo, hermano!

Entra EDGARDO

Mi padre me vigila. ¡Oh señor, huid de este sitio! Se le ha informado de dónde os hallabais oculto. Ahora tenéis la ventaja preciosa de la noche. ¿No habéis hablado contra el duque de Cornualla?... Viene aquí, en plena noche, a toda prisa y en compañía de Regania... ¿No habéis dicho nada sobre su partido con el duque de Albania? Recordadlo bien.

EDGARDO.—Seguro estoy de ello; ni una palabra.

EDMUNDO.—Oigo venir a mi padre. Perdonadme. Es necesario que saque la espada contra vos por estratagema... Desenvainad... Haced como que os defendéis... Ahora, desempeñadlo bien... *(Alto.)* ¡Rendíos!... ¡Venid ante mi padre! ¡Luces! ¡Hola! ¡Aquí!... *(En voz baja.)* ¡Huid, hermano! *(Alto.)* ¡Antorchas, antorchas! *(En voz baja.)* Está bien, ¡adiós! *(Sale* EDGARDO.*)* Un poco de sangre vertida hará que se crea en algún valeroso esfuerzo por mi parte. *(Se hiere en un brazo.)* ¡He visto a los borrachos hacerse más que esto por diversión! ¡Padre! ¡Padre!... ¡Detenedle! ¡Detenedle! ¿No hay socorro?

Entra GLOSTER *y Criados, con hachones*

GLOSTER. — Hola, Edmundo; ¿dónde está el villano?

EDMUNDO.—Aquí estaba; en la sombra, desnuda su tajante espada, farfullando palabras de maleficio y conjurando a la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

luna para que le sirviera de numen tutelar.

GLOSTER.—Pero ¿adónde está?

EDMUNDO.—Mirad, señor, sangro.

GLOSTER.—¿Dónde está el villano, Edmundo?

EDMUNDO.—Huyó de esta parte, señor, cuando vió que por ningunos medios podía...

GLOSTER. — Que le persigan. ¡Hola! ¡Corred a su alcance!... «Por ningunos medios». ¿qué? *(Salen algunos Criados.)*

EDMUNDO. — ...podía persuadirme al asesinato de vuestra señoría; antes le hablé de los dioses vengadores que guardan todos sus rayos para castigar a los parricidas, y le recordaba los numerosos y firmes lazos que ligan al hijo con el padre... En fin, señor, cuando ma visto con qué firme repugnancia me oponía a tan desnaturalizado propósito, en un violento ataque, con la espada dispuesta, se precipitó contra mi cuerpo desprevenido e hiriómе en el brazo; pero, sea porque vió que mi mejor valor, dispersado en el sobresalto aceptaba osadamente la querella del buen derecho, y se apresuraba a afrontarle o espantado tal vez por el ruido que hice, emprendió rápidamente la fuga.

GLOSTER.—¡Que huya lejos! No permanecerá en este país sin que lo capturen, y tan pronto sea preso, ejecutado. Mi señor, el noble duque, mi digno jefe y protector, llega esta noche; mediante su autoridad, haré pregonaar que aquel que encuentre y entregue al poste al cobarde asesino se hará merecedor de nuestras gracias; y el que lo oculte, castigado con la muerte.

EDMUNDO. — Cuando quería disuadirle de su intento, al verle tan resuelto a ejecutarlo, en términos severos le amenacé con descubrirlo. Entonces me replicó: «Tú, desheredado bastardo, ¿crees que si no me defendiese contra ti, la confianza puesta en alguna virtud, nobleza o buena fe tuyas daría crédito a tus palabras? No; todo cuanto yo negase (como negaría esto de ahora; sí, aunque adujeses un escrito de mi propia mano), lo atribuiría todo a tus instigaciones, a tus complots, a tus condenables intrigas; y habíais de hacer del mundo un estólido para que no se persuadiera a que las ventajas que esperas de mi muerte fueran los alicientes poderosos y verdaderamente estimulantes que te impulsaron a buscarla.»

GLOSTER. — ¡Tozudo y empedernido malvado! ¿Negaría su letra? ¡Lo proclamo: no le engendré yo! *(Suenan trompetas.)* Escucha. ¡Las trompetas del duque! No comprendo a qué viene. Haré cerrar todos los puertos (1); el villano no se escapará; el duque debe otorgarme esta gracia. Además, enviaré su retrato por todas partes para que el reino entero conozca sus señas; y haré cuantas diligencias sean precisas para que heredes mis estados, leal hijo mío natural.

Entran CORNUALLA, REGANIA *y séquito*

CORNUALLA.—¿Cómo vamos, mi noble amigo? Desde mi llegada (que puede decirse que es ahora mismo), he oído extrañas nuevas.

REGANIA.—Que, de ser ciertas, resultaría poca toda venganza para perseguir al culpable. ¿Cómo os halláis, mi señor?

GLOSTER.—¡Ay señora! Mi viejo corazón está destrozado. ¡Está destrozado!

REGANIA.—¡Cómo! ¿El ahijado de mi padre ha atentado contra vuestra vida? ¿Aquel a quien mi padre puso el nombre? ¿Vuestro Edgardo?

GLOSTER.—¡Oh señora! Por mi propio decoro, quisiera poderlo ocultar.

REGANIA.—¿No era compinche de los escandalosos caballeros que componen la escolta de mi padre?

GLOSTER.—No lo sé, señora. ¡Es demasiado doloroso, demasiado doloroso!

EDMUNDO.—Sí, señora; era de esa partida.

(1) *All ports I'll bar.* Probablemnte, aquí *ports* significa «medios de salida» o *gates*, más que *harbour*, como siente Craig.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REGANIA.—No hay que asombrarse, entonces, de que tenga malos sentimientos. Esos hombres son los que le han inducido a la muerte del anciano, para obtener el pillaje y botín de sus rentas. Esta misma tarde he sido bien informada de ellos por mi hermana, y con tales recomendaciones de prudencia, que si viene a residir en mi palacio, no me encontraré en él.

CORNUALLA.—Ni yo, te lo aseguro. Regania; Edmundo, sé que habéis demostrado a vuestro padre una devoción filial.

EDMUNDO.—Era mi deber, señor.

GLOSTER.—El es quien me ha revelado las perfidias del otro, y al esforzarse en prenderle, recibió esta herida que veis.

CORNUALLA. — ¿Han salido en su persecución?

GLOSTER.—Sí, monseñor.

CORNUALLA.—Si lo prenden, no habrá que temer de él más daños. Disponed de mi autoridad para ejecutar vuestros propios designios como os parezca. Respecto de vos, Edmundo, cuya obediencia y virtud se recomiendan por sí mismas tan fuertemente en estos instantes, seréis de los nuestros. Tenemos gran necesidad de naturalezas a quienes pueda concederse tan plena confianza. Vos sois el primero que acogemos.

EDMUNDO.—Os serviré fielmente, señor, comoquiera que sea.

GLOSTER.—Doy gracias a Vuestra Alteza en nombre suyo.

CORNUALLA. — Sin duda, ignoráis por qué hemos venido a visitaros...

REGANIA.—...así, a deshora bajo la mirada sombría de la noche. Asuntos de algún peso, noble Gloster, sobre los cuales tenemos necesidad de vuestro parecer. Nuestro padre nos ha escrito; nuestra hermana también, respecto de ciertas desavenencias, de tal índole, que he juzgado más conveniente responder a ellas fuera de nuestro palacio. Los distintos mensajeros esperan aquí las contestaciones que han de llevar. Reconfortad vuestro corazón, nuestro antiguo y buen amigo, y conceded a nuestro asunto, que reclama inmediata asistencia, vuestro consejo necesario.

GLOSTER. — Estoy a vuestras órdenes, señora. Bien venidas sean Vuestras Gracias. *(Trompetería. Salen.)*

ESCENA II

Ante el castillo de Gloster

Entran, separadamente, KENT *y* OSVALDO

OSVALDO. — Feliz amanecer, amigo; ¿eres de la casa?

KENT.—Sí.

OSVALDO.—¿Dónde podríamos dejar los caballos?

KENT.—En el lodazal.

OSVALDO.—Si me aprecias, dímelo, por favor.

KENT.—No te aprecio.

OSVALDO.—Pues, entonces, no me cuido de ti.

KENT.—Si te encontrara en el redil de Lipsbury, yo te obligaría a que te cuidases de mí.

OSVALDO.—¿Por qué me tratas de esa manera? No te conozco.

KENT.—Pues yo sí te conozco, camarada.

OSVALDO.—¿Por qué me conoces?

KENT.—Por un bribón, un pillo, un tragasobras, un vil, orgulloso, superficial, pedigüeño, un innoble, un tres trajes, un cien libras, un follón sucio con medias de estambre, un hombre de hígado color de lila, un cobarde que si le apaleáis os perseguirá por la Justicia; un hijo de puta, empañaespejos, archioficioso, ganapán afectado; uno que sólo tiene el cobre que heredó; uno de esos que aspiran a ser alcahuetes a fuer de servilones, y no son más que una mezcla de malandrín, mendigo, cobarde, pándaro e hijo y heredero de una perra mestiza; un canalla al que daré de palos hasta que oiga el clamor de sus bra-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

midos, si niegas la menor sílaba de los títulos que te he dado.

OSVALDO.—¡Cómo! ¿Qué monstruo de individuo eres, para así insultar a quien ni conoces ni te conoce?

KENT.—¡Qué lacayo de cara de bronce eres para negar que me conoces! ¿No te eché hace dos días la zancadilla y te golpeé delante del rey? Desenvainad, miserable; pues, aunque es de noche, brilla la luna. Al claro de la luna quiero hacer de vos una sopa. ¡Desenvainad hideputa, rufián, frecuentador de berberías, desenvainad! *(Saca la espada.)*

OSVALDO.—¡Fuera!, no tengo nada que ver contigo.

KENT.—Desenvainad, granuja; venís aquí con cartas contra el rey, y tomáis el partido de Vanidad, la muñeca, en perjuicio de la realeza de su padre. ¡Desenvainad, malandrín, o haré así carbonada (1) de vuestras piernas! ¡Desenvainad, granuja! ¡Vamos, adelante!

OSVALDO.—¡Socorro! ¡Eh! ¡Al asesino! ¡Socorro!

KENT.—¡Acometed, miserable! ¡Firme, canalla, firme! ¡Acometed, melindroso miserable! *(Le golpea.)*

OSVALDO.—¡Socorro! ¡Hola! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

Entran EDMUNDO, CORNUALLA, REGANIA, GLOSTER *y Sirvientes*

EDMUNDO.—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

KENT.—¡Con vos, buen mozalbete, si os place! Vamos, os iniciaré. ¡Adelante, maese joven!

GLOSTER.—¡Espadas! ¡Armas! ¿Qué sucede aquí?

CORNUALLA.—¡Teneos en paz, por vuestras vidas! El que dé otra estocada es hombre muerto. ¿De qué se trata?

REGANIA.—Son los mensajeros de nuestra hermana y del rey.

CORNUALLA.—¿Cuál es el motivo de vuestra querella? Hablad.

OSVALDO.—Apenas puedo respirar, monseñor.

KENT.—No es maravilla: ¡habéis sofocado tanto vuestro valor! ¡Cobarde bellaco! ¡La Naturaleza reniega de ti; un sastre debió de hacerte!

CORNUALLA.—Eres un sujeto extraño; ¿un sastre hacer a un hombre?

KENT.—Sí, un sastre, señor; un escultor o un pintor no habrían podido hacerle tan mal, aunque no empleasen más que dos horas en el oficio.

CORNUALLA.—Decid, empero, ¿cómo ha surgido esta riña?

OSVALDO.—Señor, este viejo rufián, cuya vida he respetado en consideración a su barba gris...

KENT.—¡Tú, zeta hideputa! ¡Letra inútil! Monseñor, si me dais licencia, voy a triturar en el mortero a este grosero villano y a revocar con él las paredes de las letrinas. ¿Respetar mi barba gris, tú, aguzanieve?

CORNUALLA.—¡Silencio, pícaro! ¡Tuno irracional! ¿No tenéis respeto a nadie?

KENT.—Sí, señor; pero la ira tiene su privilegio.

---

(1) *Os I'll so carbonado your shanks.*

Muy larga se haría aquí una nota (que reservamos para nuestra futura edición crítica) exponiendo las distintas explicaciones de los comentaristas ingleses respecto de la palabra *carbonado*. Hemos aludido repetidamente a la imposibilidad de entender algunos términos de Shakespeare si no se recurre al idioma de Castilla, lengua de moda en toda Europa—con las costumbres de España—durante el siglo XVI y parte del XVII.

En efecto, *carbonado* no es sino alteración de nuestra voz *carbonada*, que en nuestro léxico tiene dos acepciones: primera, carne cocida hecha pedazos y después asada en las ascuas o parrillas; y segunda, bocado hecho de leche, huevo y dulce, y después frito en manteca.

Sin duda alguna, Shakespeare, que repite la palabra en *Coriolano* (acto VI, escena V, verso 199), la emplea en la primera acepción al decir que va a hacer carbonada de las piernas de Osvaldo. La voz se ve en Quevedo *(La hora de todos y la fortuna con seso)*: «Plutón de sus bizazas sacó unas carbonadas que Proserpina le dió.»

Todavía tenemos en castellano el derivado carbonilla.

Por vez primera, pues, queda esclarecido el vocablo *carbonado*, que, indisputablemente, tomó Shakespeare de nuestro idioma.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CORNUALLA.—Y ¿qué motiva tu ira?

KENT.—Que un miserable como éste lleve espada, cuando no tiene honestidad. Estos trapaceros sonrientes, igual que ratones, roen con frecuencia, hasta que medio los parten, los lazos sagrados que unen a padres e hijos, por intrincados que sean de desligar; adulan todas las pasiones que se rebelan en la naturaleza de sus amos; echan aceite en las grasas de su cólera y nieve en sus disposiciones más glaciales; niegan, afirman y vuelven su pico de alción a todos los vientos del capricho de sus señores, no sabiendo otra cosa sino seguir como los perros. ¡La peste sobre vuestra cara epiléptica! ¿Os reís de mis expresiones como si fuera un loco? ¡Ganso! ¡Si os tuviera sobre la llanura de Sarum, os llevaría cloqueando hasta Camelot!

CORNUALLA.—¡Qué! ¿Estás loco, anciano camarada?

GLOSTER.—¿Cómo habéis venido a las manos? Decidlo.

KENT.—No hay adversarios que se tengan más antipatía que yo y ese tal miserable.

CORNUALLA.—¿Por qué le llamas miserable? ¿Qué ofensa es la suya?

KENT.—No me agrada su aspecto.

CORNUALLA.—Ni quizá tampoco el mío, ni el del duque, ni el de ella.

KENT.—Señor, acostumbro ser franco. Durante mi vida he visto figuras mejores que las que sustentan los hombros de ciertas personas que contemplo ante mí en este instante.

CORNUALLA.—Este es algún pobre diablo que, habiendo sido alabado alguna vez por su grosería, afecta una aspereza descarada, y asume modales completamente fuera de su natural. ¡El no puede adular! ¡Cómo! ¡Es un alma honrada y sincera! ¡Tiene que decir verdad! Si la acepta, bien; si no, él ha sido franco. Conozco a esta clase de bribones que, bajo semejante llaneza, ocultan más mañas e intenciones más corrompidas que veinte sumisos zalameros mentecatos de los que observan minuciosamente sus deberes de cortesía.

KENT.—Señor, en buena fe, en sincera verdad, con la venia de vuestro aspecto imponente, cuyo influjo, semejante a la guirnalda de radiante fuego sobre la frente llameante de Apolo...

CORNUALLA.—¿Qué pretendes con esto?

KENT.—Salir de mi estilo, que tanto os desagrada. Conozco, señor, que no soy un lisonjero; el que os engañó con el acento de la franqueza era un franco bellaco; lo que por mi parte no quiero ser, aun cuando me atrajera vuestro desagrado para conseguirlo a fuerza de ruegos.

CORNUALLA.—¿Qué motivo de ofensa le habéis dado?

OSVALDO.—Jamás le di ninguno. Por malas interpretaciones suyas, plugo al rey, su señor, hace poco golpearme; entonces, este hombre, para halagar su cólera, se unió a él y me echó por detrás la zacandilla. Al verme en tierra, me insultó, hizo befa de mí y se dió tales aires de hombría, que dijérase un héroe; obtuvo elogios del rey por acometer a quien de por sí se rendía; y, en el engreimiento de esta terrible hazaña, aquí mismo ha desenvainado de nuevo contra mí.

KENT.—No hay uno de estos malandrines y cobardes que no tenga a Ayax sino por su juguete.

CORNUALLA.—¡Que traigan los cepos! ¡Hola! ¡Viejo pillo tozudo! Reverendo fanfarrón, vamos a enseñaros...

KENT.—Señor, soy ya muy viejo para aprender. No pidáis los cepos para mí. Sirvo al rey, que en calidad de mensajero me envía. Obraríais con poco respeto y mostraríais una malevolencia por demás descarada contra la gracia y persona de mi señor encepando a su mensajero.

CORNUALLA.—¡Id a buscar los cepos! Por mi vida y honor, que estará aquí hasta mediodía.

REGANIA.—¡Hasta mediodía! ¡Hasta la noche, señor, y aun toda la noche!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

KENT. — Verdaderamente, señora, si fuese el perro de vuestro padre, no me trataríais así.

REGANIA.—Pero como sois un bribón, sí, señor. *(Traen los cepos.)*

CORNUALLA.—*Este es un cofrade de la* misma calaña de los que nos habla nuestra hermana. ¡Vamos, acercad los cepos!

GLOSTER.—Permitidme suplicar a Vuestra Gracia que no lo hagáis; su falta es grande y el buen rey, su señor, le castigará. El infamante correctivo que pretendéis imponerle es el reservado a los más viles y despreciables miserables, por raterías y otros delitos comunes; el rey tomará a mal que se le veje en la persona de su mensajero, sometido a semejante prueba.

CORNUALLA.—Yo cargo con la responsabilidad.

REGANIA. — Con mayor motivo podría ofenderse mi hermana, habiendo sido insultado y acometido un caballero suyo en el desempeño de sus funciones. ¡Metedle las piernas! *(Meten las piernas de* KENT *en los cepos.)* Vamos, mi buen señor, vamos. *(Salen todos, menos* GLOSTER *y* KENT.)

GLOSTER.—Estoy desolado por ti, amigo; pero es la voluntad del duque, cuyo carácter (como sabe bien todo el mundo) no soporta contrariedades ni obstáculos. Intercederé por ti.

KENT.—No lo hagáis, señor, os lo ruego. He caminado mucho y estado en vela. Dormiré una parte del tiempo y silbaré la otra. La suerte de un hombre de bien puede comenzar por los talones. Os doy los buenos días.

GLOSTER. — El duque es de censurar por esto; se tomará a mala parte. *(Sale.)*

KENT.—¡Oh buen rey, que confirmas el dicho vulgar: «¡Sales de la sombra bendita del cielo, para venir a colocarte bajo el ardor del sol!» Acércate, faro de este bajo mundo, para que a tus rayos saludables pueda recorrer esta carta. *Casi nadie vió milagros, sino* la desgracia. Sé que es de Cordelia, quien, por una felicísima casualidad, ha sido informada de mi proceder encubierto, y tomará ocasión del estado anormal de este reino para poner remedio a sus desastres. ¡Ojos apesarados, aprovechaos de vuestras fatigas y excesos de vela para no contemplar este vorgonzoso alojamiento! ¡Buenas noches, Fortuna! ¡Sonríe una vez más! ¡Haz que gire tu rueda! *(Se duerme.)*

ESCENA III

Un bosque

Entra EDGARDO

EDGARDO.—He oído cómo me pregonaban; y merced al venturoso hueco de un árbol, he escapado a la persecución. No hay puerta libre; no hay lugar alguno en que una guardia y la más inusitada vigilancia no atiendan a mi captura. Mientras puedo escapar al peligro, combinaré los medios de preservarme. Tengo el propósito de adoptar la figura más ruin y pobre que jamás *empleó la miseria para* aproximar el hombre al bruto, en menosprecio de la raza humana. Me embadurnaré la cara con basura, fijaré mis lomos, enmarañaré todos mis cabellos en nudos como las greñas de un duende, y con desnudez manifiesta, haré cara a los vientos y a las inclemencias del cielo. El país me ofrece ejemplos y precedentes de mendigos de Berlam, que, con desaforados gritos, se clavan en sus brazos desnudos, entumecidos e insensibles, alfileres, astillas de madera, clavos y ramitas de romero, y bajo este horrible aspecto recorren las humildes granjas, las pobres y míseras aldeas, los rediles y los molinos, y, unas veces con maldiciones de lunáticos y otras con plegarias, fuerzan la caridad de sus habitantes. «¡Pobre Turlygod! ¡Pobre Tomasín!» Eso es ya ser algo. De Edgardo no tengo nada. *(Sale.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA IV

Ante el castillo de Gloster.—Kent, en los cepos

Entran LEAR, BUFÓN *y un* CABALLERO

LEAR.—Es extraño que se hayan marchado así de casa, sin despacharme de retorno al mensajero.

CABALLERO.—A lo que he sabido, la noche precedente no tenían intención de tal mudanza.

KENT.—¡Salve a ti, noble señor!

LEAR.—¡Ah! ¿Haces tu pasatiempo de esta ignominia?

KENT.—No, mi señor.

BUFÓN.—¡Ja, ja! Crueles ligas lleva. A los caballos los atan por la cabeza; a los perros y a los osos, por el cuello; a los monos por la cintura, y a los hombres, por la piernas. Cuando un hombre tiene las piernas demasiado vivas, le ponen calzas de madera.

LEAR.—¿Quién ha equivocado hasta ese punto tu lugar para colocarte ahí?

KENT.—Ambos, él y ella. Vuestro hijo y vuestra hija.

LEAR.—No.

KENT.—Sí.

LEAR.—Te digo que no.

KENT.—Os digo que sí.

LEAR.—No, no; no lo hubieran hecho.

KENT.—Sí, lo han hecho.

LEAR.—Por Júpiter, juro que no.

KENT.—Por Juno, juro que sí.

LEAR.—No osarían hacerlo; no hubieran podido, no habrían querido hacerlo. Es peor que asesinar, infligir deliberadamente tan violento ultraje. Explícame, con la diligencia conveniente, cómo, llegando aquí de parte nuestra, has podido merecer o han podido darte semejante trato.

KENT.—Mi señor, cuando les entregué en su casa las cartas de Vuestra Alteza, antes de retirarme del lugar en que les rendí mi homenaje de rodillas, llegó una posta humeante de sudor, abochornado en su prisa, casi fuera de aliento, que, jadeante, presentó los saludos de Gonerila, su señora. Sin cuidarse de su interrupción, les entregó unas cartas que leyeron al instante. Sobre su contenido convocaron su mesnada, montaron con presteza a caballo y, echándome miradas frías, me mandaron que les siguiera y esperase el placer de su contestación. Y encontrando aquí a aquel mensajero cuya bienvenida, como acababa de ver, había emponzoñado la mía, y que era el mismo sujeto que últimamente había ostentado tanta insolencia contra Vuestra Majestad, yo, con más hombría que sentido, eché mano a la espada; él levantó la casa con sus gritos clamorosos y cobardes. Y vuestro yerno y vuestra hija hallaron este delito merecedor de la vergüenza que aquí sufro.

BUFÓN.—El invierno no ha huído todavía, cuando los gansos bravos toman el vuelo en esa dirección.

> Padres que visten harapos
> hacen a sus hijos ciegos;
> pero los que llevan bolsas
> verán a sus hijos tiernos.
> La fortuna, errante puta,
> no señala a pordioseros (1).

Con todo y con eso, tendrás tantos dolores (2) por culpa de tus hijas, cuantos podrías contar en el transcurso de un año.

LEAR.—¡Oh! ¡Cómo este mal de madre corre hinchándose hacia mi corazón! ¡Atrás, *Hysterica passio!* ¡Melancolía trepadora, tu elemento está abajo! ¿Dónde se halla esa hija?

KENT.—Ahí dentro, con el conde, señor.

LEAR.—No me sigáis; permaneced aquí. *(Sale.)*

(1) *Ne 'er turns the key to the poor.* Literalmente (pues el verso nos obliga a restringir la frase): «nunca vuelve la llave para el pobre»; o más libremente: «Jamás abre su puerta al pobre».

(2) *Dolours*, en el texto, de que hace un retruécano el bufón, por pronunciarse casi como *dollars*. El nombre inglés de *dollar* corresponde exactamente al nuestro de *peso*, la antigua moneda castellana de plata, del peso de una onza y de valor de ocho reales.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CABALLERO. — ¿No hiciste más ofensa que la que has dicho?

KENT.—Ninguna otra. ¿A qué obedece que el rey venga con un séquito tan reducido?

BUFÓN.—Si te hubieran colocado en los cepos por esta pregunta, bien te lo habrías merecido.

KENT.—¿Por qué, bufón?

BUFÓN.—Te pondremos en la escuela de la hormiga, para que aprendas que no es en invierno cuando se trabaja. Todos los que siguen a su nariz van guiados por los ojos, menos los ciegos. y de cada veinte de éstos, no hay una nariz que no huela lo hediondo. Si tienes asida una rueda grande, suéltala cuando ruede cuesta abajo por un cerro, no sea que te quiebres el cuello por querer seguirla; pero si la misma rueda grande remonta el cerro, déjate arrastrar tras ella. Cuando un sabio te dé mejor consejo, devuélvele el mio. Quisiera que no le siguiese nadie más que los bribones, ya que proviene de un loco.

KENT.—¿Dónde habéis aprendido eso, bufón?

BUFÓN.—No fué en los cepos, loco.

Quien sirve por el lucro y el rescate
y no acompaña sino por la cuenta,
cuando empiece a llover liará el petate
y en medio quedará de la tormenta.
Mas yo quiero seguirte hasta la muerte;
al cuerdo dejará que huya el bufón;
el bribón que huye, en loco se convierte
pero el loco, ¡pardiez!, no es un bribón (1).

Entran LEAR *y* GLOSTER

LEAR. — ¡Negarse a hablar conmigo! ¡Que están enfermos! ¡Que están fatigados! ¡Que han caminado toda la noche! ¡Meras excusas, indicios de revuelta y deserción! Ve y tráeme mejor respuesta.

GLOSTER. — Querido señor, conocéis el carácter fogoso del duque y cuán inflexible y obstinado es en sus resoluciones.

LEAR.—¡Venganza! ¡Peste, muerte y confusión! ¡Fogoso! ¿Qué carácter es ése? Pues bien, Gloster; Gloster, quiero hablar con el duque de Cornualla y su mujer.

GLOSTER.—Bien, mi buen señor; les he informado de ello.

LEAR.—¡Informado! ¿Es que no me comprendes, vasallo?

GLOSTER.—Sí, mi buen señor.

LEAR.—El rey quiere hablar con Cornualla; el cariñoso padre quiere hablar con su hija y reclama su obediencia. ¿Están informados de eso? ¡Por mi mi aliento y por mi sangre! ¡Fogoso! ¡El duque fogoso!... Dile al ardoroso duque que Lear...; pero no, aún no, quizá no se encuentre bien. La enfermedad disculpa siempre de todos los deberes a que nos obliga la salud; no somos los mismos cuando la naturaleza, abatida, impone al alma que sufra al cuerpo. Me contendré; me arrepiento de mi juicio, por demás precipitado, al tomar por estado de equilibrio el de un hombre indispuesto y febril. ¡Muerte de mi grandeza! *(Mirando a* KENT.) ¿Por qué ha de estar ahí? Este acto me permite creer que el traslado del duque y de la duquesa es sólo una maniobra. ¡Que se me entregue a mi servidor! Ve a decirle al duque y a su mujer que deseo hablarles ahora, inmediatamente; requiéreles para que vengan aquí y me oigan; o tocaré el tambor a la puerta de su cuarto hasta que el ruido mate su sueño.

GLOSTER.—Quisiera que todo se arreglase amistosamente entre vosotros. *(Sale.)*

LEAR.—¡Ay de mí! ¡Mi corazón, mi corazón se hincha! ¡No obstante, contente!

BUFÓN.—Dile, tío, lo que la cocinera gritaba a las anguilas cuando las echaba vivas en el pastel; dábales golpes

(1) Versión literal en prosa: «El señor que sirve y busca la ganancia, no te sigue sino por la forma; liará el petate cuando empiece a llover y te dejará en medio de la tormenta. Pero yo te acompañare: el bufón permanecerá y dejará que huya el hombre cuerdo. El bribón que huye se convierte en loco; el loco, ¡pardiez!, no es un bribón.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

con una vara en la cabeza, diciéndoles: «¡Abajo, disolutas, abajo!» Probablemente era hermano de ella uno que por mera ternura a su caballo le enmantecaba el heno.

Entran CORNUALLA, REGANIA, GLOSTER *y Sirvientes*

LEAR.—Buenos días a ambos.

CORNUALLA.—Salud a Vuestra Gracia. *(Libertan a* KENT.)

REGANIA.—Me alegro de ver a Vuestra Alteza.

LEAR.—Lo creo, Regania; tengo motivos para creerlo así; si no te causara alegría el verme, divorciaríame de la tumba de tu madre, porque no contendría sino los restos de una adúltera. *(A* KENT.) ¡Oh! ¿Estáis ya libre? En otra ocasión hablaremos de eso. Amadísima Regania, tu hermana no es tal. ¡Oh Regania, como un buitre se ha cebado aquí el pico acerado de la ingratitud! *(Señalando el corazón.)* Apenas puedo hablarte; no podrás creer de qué manera tan depravada... ¡Oh Regania!

REGANIA.—Tened paciencia, señor, os ruego. Prefiero creer que os es más fácil apreciar mal su mérito que a ella desertar de su deber.

LEAR.—¿Cómo? ¿Qué dices?

REGANIA.—No puedo creer que mi hermana haya faltado en manera alguna a su obligación. Si, por ventura, señor, ha puesto freno a los alborotos de vuestros servidores, será por motivos y fines tan saludables, que la exentan de toda censura.

LEAR.—¡Mis maldiciones sobre ella!

REGANIA.—¡Oh señor! Sois anciano; la naturaleza se mantiene en vos sobre la margen misma de su límite; debéis ser regio y guiado por la discreción de los que disciernen vuestro estado mejor que vos mismo. Por eso os ruego que volváis a casa de nuestra hermana; decidle, señor, que la habéis molestado.

LEAR.—¿Que le pida perdón? Advertid sólo si esto conviene a la familia: «Querida hija, confieso que soy viejo; la ancianidad es inútil. *(Arrodillándose.)* De rodillas te pido que me concedas vestido, lecho y manutención.»

REGANIA.—No más, buen señor; ésas son argucias de mal gusto. Tornad a casa de mi hermana.

LEAR.—*(Levantándose.)* ¡Nunca, Regania! ¡Ella ha reducido mi escolta a la mitad, me ha echado negras miradas, y con su lengua de víbora me ha traspasado el mismo corazón! ¡Todos los castigos que el Cielo tiene reservados caigan sobre su cabeza desagradecida! ¡Vosotros, aires pestilentes, infectad su progenie venidera con lisiaduras!

CORNUALLA.—¡Basta, señor, basta!

LEAR.—¡Vosotros, rayos veloces, asestad vuestras llamas cegadoras sobre sus ojos insolentes! ¡Corromped su belleza hasta abatir y arruinar su orgullo, vosotros, miasmas exhalados de las ciénagas, atraídos por el potente sol!

REGANIA.—¡Oh dioses benditos! ¡Lo mismo maldeciréis de mí cuando estéis de mal humor!

LEAR.—No, Regania; tú no tendrás mi maldición; tu naturaleza, tiernamente femenil, no te hará caer jamás en la aspereza; sus ojos son feroces, pero los tuyos confortan y no queman. No serás tú la que intentes contrariar mis placeres, reducir mi séquito, devolverme palabras injuriosas, escatimar mi asignación y, en fin, oponer un cerrojo a mi entrada. Conoces mejor los deberes de la Naturaleza, los lazos filiales, las reglas de la cortesía, los cumplimientos de la gratitud. Tú no has olvidado que te di en dote la mitad de mi reino.

REGANIA.—Al caso, buen señor.

LEAR.—¿Quién puso a mi servidor en los cepos? *(Suena dentro un clarín.)*

CORNUALLA.—¿Qué clarín es ése?

Entra OSVALDO

REGANIA.—*(Aparte.)* Lo conozco; es de mi hermana. Esto confirma su carta, en la que anunciaba que en seguida estaría

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

aquí. *(A* OSVALDO.) ¿Ha venido vuestra señora?

LEAR.—Este es un bribón, cuyo orgullo, de fácil préstamo, estriba en el favor inconstante de aquella a quien sirve. ¡Aléjate de mi presencia, bellaco!

CORNUALLA.—¿Qué quiere decir Vuestra Gracia?

LEAR.—¿Quién puso a mi servidor en los cepos? Regania, creo que no ignorarás esto. ¿Quién viene aquí?

Entra GONERILA

¡Oh cielos! Si de verdad amáis a los ancianos; si vuestra dulce soberanía aprueba la obediencia; si vosotros mismos sois viejos, haced vuestra mi causa; descended aquí abajo y poneos de mi parte. *(A* GONERILA.) ¿No te da vergüenza esta barba? ¡Oh Regania! ¿Vas a darle la mano?

GONERILA.—¿Por qué no darme la mano, señor? ¿En qué he ofendido? No es ofensa todo lo que la indiscreción tiene por tal y califica así la chochez.

LEAR.—¡Oh costados! ¡Sólidos sois por demás! ¿Os sostendréis todavía? ¿Quién puso a mi servidor en los cepos?

CORNUALLA.—Yo lo puse ahí, señor; pero sus propios desórdenes merecían mucha menos condescendencia.

LEAR.—¡Vos! ¿Fuisteis vos?

REGANIA.—Os ruego, padre mío, que, puesto que sois débil, lo parezcáis. Si despidiendo a la mitad de vuestra escolta queréis volver y residir en casa de mi hermana hasta la expiración de vuestro mes, venid entonces a mí. Ahora estoy fuera de casa y sin aquellas provisiones necesarias para vuestro mantenimiento.

LEAR.—¿Volver a ella, y ver despedidos a cincuenta hombres? ¡No; antes abjuro de todo abrigo; antes prefiero luchar contra la inclemencia del aire, ser compañero del lobo y del buho, duro aprieto de la necesidad! ¡Volver con ella! ¡Cómo! Tanto me daría ir en busca del impetuoso monarca de Francia, el que tomó sin dote nuestra hija más pequeña, y postrarme de hinojos ante su trono, y, a guisa de escudero, mendigar una pensión para mantener en pie un estado de vida servil. ¡Volved con ella! Persuadidme antes a ser esclavo o bestia de carga de este lacayo aborrecible.

GONERILA.—A vuestra elección, señor.

LEAR.—¡Hija, te lo ruego: no hagas que me vuelva loco! ¡No te importunaré más, hija mía; adiós; jamás nos hallaremos, jamás nos volveremos a ver! Y, sin embargo, eres mi sangre, mi carne, mi hija, o, por mejor decir, un mal que está en mi carne y que forzosamente he de llamar mío. Eres un tumor, una úlcera pestífera, un hinchado carbunclo en mi sangre corrompida. Pero no quiero reñirte; caiga el oprobio sobre ti cuando quiera; no lo invocaré; no impetraré la desgracia portadora del trueno ni alegaré contra ti el alto juicio de Júpiter. Corrígete cuando puedas; enmiéndate a tu antojo. Sé tener paciencia, puedo quedarme con Regania, yo y mis cien caballeros.

REGANIA.—Nada de eso, señor; yo no os esperaba todavía, ni estaba preparada para recibiros convenientemente. Señor, oíd a mi hermana; pues los que comparan su cordura con vuestras violencias hallan consuelo al pensar que sois viejo, y, por consiguiente... Pero ella sabe lo que se hace.

LEAR.—¿Está eso bien hablado?

REGANIA.—Me atrevo a sostenerlo, señor. ¡Cómo! ¿No son bastante cincuenta caballeros como séquito? ¿Qué necesidad tenéis de más? ¡Digo! Ni aun de tantos, puesto que el gasto y el peligro hablan a la vez contra número tan considerable. ¿Cómo en una misma casa habría de vivir en buena armonía tanta gente, bajo dos mandos? Es difícil, casi imposible.

GONERILA.—Mi señor, ¿por qué no podríais recibir los servicios de los que ella llama sus criados, o de los míos?

REGANIA.—¿Por qué no, señor? De este modo, si por ventura se os mostrasen

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

negligentes, podríamos nosotros sujetarlos. Si queréis venir a mi casa (aunque ahora sospecho un peligro), os ruego que traigáis sólo veinticinco. No alojaré o aurizaré más.

LEAR.—Yo os lo di todo...

REGANIA. — ¡Y en buena hora lo disteis!

LEAR.—... hice de vosotras mis administradores, mis depositarios; pero me reservé la condición de ser acompañado por tal número de caballeros. ¡Cómo! ¿He de ir a vuestra casa con veinticinco? ¿Habéis dicho eso, Regania?

REGANIA.—Y lo repito, mi señor; en mi casa, ni con uno más.

LEAR.—Las criaturas perversas se nos ofrecen bajo un bello aspecto cuando vemos otras más perversas aún: no ser las peores implica cierto grado de alabanza. *(A* GONERILA.) Me iré contigo; tus cincuenta doblan todavía los veinticinco; tu cariño es dos veces mayor que el suyo.

GONERILA.—Escuchad, mi señor: ¿qué necesidad tenéis de que os acompañen veinticinco, ni diez, ni cinco, a una casa donde el personal, dos veces mayor que el vuestro, tiene la orden de serviros?

REGANIA. — ¿Qué necesidad tenéis ni de uno?

LEAR.— ¡Oh, no hay que razonar sobre la necesidad! Nuestros más viles mendigos son en alguna pobrísima cosa superfluos. No concedáis a la Naturaleza más de lo que ella exige, y la vida del hombre será de tan bajo valor como la de las bestias. Tú eres una dama; si sólo para mantenerte en calor te ataviaras con lujosos vestidos, ¡qué!, la Naturaleza no tendría necesidad de los lujosos vestidos que llevas, que escasamente te dan calor. Pero en cuanto a la verdadera necesidad..., ¡oh cielos, dadme la paciencia, la paciencia que necesito! Vedme aquí, vosotros, dioses, un pobre viejo, tan lleno de pesares como de años, desgraciado por ambas cosas! ¡Si sois vosotros los que movéis los corazones de estas hijas contra su padre, no me hagáis tan loco que lo soporte pacientemente; inflamadme de noble cólera y no permitáis que las armas de las mujeres, las gotas de agua (1), manchen mis mejillas de hombre. ¡No, furias desnaturalizadas! Tomaré tal venganza de vosotras, que todo el mundo verá...; haré cosas tales...; en qué consistirán, no lo sé ahora; pero que serán el espanto de la tierra. ¿Creéis que voy a llorar? ¡No, no lloraré! Grandes motivos tengo para llorar *(Tormenta a distancia.)*, ¡pero antes que llore, mi corazón se romperá en cien mil pedazos! ¡Oh bufón, voy a volverme loco! *(Salen* LEAR, GLOSTER, KENT *y el* BUFÓN.)

CORNUALLA. — Entremos; amenaza tormenta.

REGANIA.—La casa es reducida; el viejo y su gente no podrían estar bien aposentados.

GONERILA.—Él tiene la culpa; a sí mismo se priva del reposo, y debe sufrir las consecuencias de su locura.

REGANIA.—A él en particular le admitiré gustosa; pero ni a uno solo de sus servidores.

GONERILA.—Esa es también mi intención. ¿Dónde está mi señor de Gloster?

CORNUALLA.—Ha seguido afuera al viejo. Ahí retorna.

Entra GLOSTER

GLOSTER.—El rey está en extremo furioso.

CORNUALLA.—¿Hacia dónde va?

GLOSTER.—Pidió su caballo; pero ignoro adónde camina.

CORNUALLA.—Es mejor dejarle vía franca; se guía él mismo.

GONERILA.—Monseñor, de ninguna manera le roguéis que se quede.

GLOSTER.— ¡Ay! La noche se nos echa encima, y los vientos rudos braman con violencia; ¡apenas se halla un arbusto en muchas millas a la redonda!

(1) Las lágrimas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REGANIA.—¡Oh señor! A los hombres testarudos deben servirles de preceptores los males que ellos mismos se buscan. ¡Cerrad las puertas! Su séquito se compone de sujetos capaces de todo, y el buen sentido reclama que se tenga temor de aquello a que pueden instigarle, acostumbrados como están a seducir su oído.

CORNUALLA.—¡Cerrad las puertas, señor! Hace una noche horrorosa; mi Regania aconseja prudentemente; venid, resguardémonos de la tempestad! *(Salen.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Un descampado.—Tormenta, con truenos y relámpagos

Entran, separadamente, KENT *y un* CABALLERO

KENT.—¿Quién anda ahí, además del mal tiempo?

CABALLERO.—Uno que se halla en parecida disposición que el tiempo, muy destempladamente.

KENT.—Os conozco. ¿Dónde está el rey?

CABALLERO.—En lucha con los elementos desencadenados. Pide a los vientos que barran la tierra hasta dentro del mar, o que hinchen las rizadas olas por encima de la tierra firme, para que las cosas se muden o cesen de ser. Se arranca los cabellos blancos, que las impetuosas ráfagas, con rabia ciega, asen en su furia y reducen a la nada. Esfuérzase en el pequeño mundo de su ser humano, en despreciar cara a cara el conflicto de vueltas y revueltas del viento y la lluvia. En noches como ésta en que la osa que lacta a sus cachorros permanecería acostada, y en que el león y el lobo hambrientos, se guardarían de mojarse la piel, corre con la cabeza destocada, pidiendo a alguien que lo destruya todo.

KENT.—Pero ¿quién está con él?

CABALLERO.—Nadie más que el bufón, que se esfuerza en hacerle olvidar con sus bromas las injurias de su corazón angustiado.

KENT.—Señor, os conozco, y con la garantía de mi conocimiento, me atrevo a confiaros una cosa de importancia. Hay división entre los duques de Albania y Cornualla, aunque todavía no se muestre aparente, oculta como está por una mutua disimulación. Tienen cerca de sí (¿y quién no los tiene entre los que sus grandes estrellas han puesto sobre el trono y colocado en alto?) servidores que no parecen menos, y son para Francia espías y observadores inteligentes de nuestro Estado. Sea que hayan sorprendido disgustos y maniobras de los duques; sea la dura conducta con que ambos han procedido contra el anciano y bondadoso rey; o algo más grave, de que quizá estos accidentes sólo sean los accesorios; lo cierto es, sin embargo, que desde Francia llega a este reino en desorden un ejército que, advertido de nuestra desidia, ha puesto ya el pie en algunos de nuestros mejores puertos y está a punto de enarbolar sus banderas. Vengamos ahora a vos. Si os atrevéis a fundar crédito sobre la verdad de mis palabras, marchad a toda prisa a Dover, donde encontraréis alguien que os lo agradecerá, cuando le hagáis un relato justo del trato desnaturalizado, doloroso, propio para hacerle perder el juicio, infligido al rey, que tiene razón para quejarse. Soy un caballero por mi sangre y por mi educación, y, con conocimiento de causa, y seguro de mi hecho, os ofrezco este oficio.

CABALLERO.—Ya hablaremos de ello.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

KENT.—No, no; ya hemos hablado bastante. En confirmación de que soy mucho más de lo que aparenta mi exterior, abrid esta bolsa y tomad lo que contiene. Si veis a Cordelia, y no es de temer que no la veáis, mostradle este anillo, y ella os dirá quién es este que aún no conocéis.—¡Maldita tempestad! ¡Voy en busca del rey!

CABALLERO.—Dadme la mano. ¿No tenéis más que decirme?

KENT.—Pocas palabras, pero que, por su efecto, importan más que las restantes: Cuando hayamos encontrado al rey (y en esta rebusca requiero vuestro servicio, vos en esa dirección y yo en ésta), el que primero le descubra grite «¡Hola!» al otro. *(Salen por distintos lados.)*

ESCENA II

Otra parte del descampado. Continúa la tempestad

Entran LEAR *y el* BUFÓN

LEAR.—¡Bufad, vientos, y haced que estallen vuestras mejillas! ¡Rugid de rabia! ¡Bufad! ¡Vosotras, cataratas y trompas, diluviad hasta que hayáis sumergido nuestros campanarios y anegado los gallos de sus veletas! ¡Vosotros, relámpagos sulfúreos, raudos como el pensamiento, precursores de las centellas que hienden las encinas, achicharrad mi cabeza blanca! ¡Y tú, trueno, que todo lo consumes, aplasta la espesa redondez del mundo! ¡Rompe los moldes de la Naturaleza y destruye en un instante todos los gérmenes que producen al hombre ingrato!

BUFÓN.—¡Oh tío! Agua bendita de lisonja (1) en casa seca (2), es preferible a esta agua de lluvia a cielo raso. ¡Entra, buen tío, e implora la bendición de tus hijas! ¡He aquí una noche que no se apiada ni de los cuerdos ni de los locos!

LEAR.—¡Zurre tu hartazgo! (1). ¡Escupe, fuego! ¡Desbórdate, lluvia! Ni la lluvia, ni el viento, ni el trueno, ni el rayo, son mis hijas. No os tacho de desamor a vosotros, elementos; jamás os di un reino, ni os llamé hijos; no me debéis ninguna sumisión; descargad, pues, sobre mí vuestro horrible placer; aquí me tenéis esclavo vuestro, un pobre, enfermizo, débil y despreciado anciano. Por más que, no obstante, debiera llamaros ministros serviles, que os habéis aliado con dos hijas perversas para lanzar vuestros batallones, engendrados en las alturas, contra una cabeza tan envejecida y blanca como ésta. ¡Oh! ¡Oh, qué vergonzoso!

BUFÓN.—El que cuenta con una casa para meter dentro la cabeza, posee un buen yelmo.

> Braguetón que quiere casa;
> sin que la cabeza tenga,
> cabeza y él criarán piojos;
> que es boda de pobres ésta.
> Quien hace por su pulgar
> lo que el corazón debiera,
> sufrirá el dolor de un callo
> y cambiará el sueño en vela (2).

Pues no ha existido jamás una mujer bonita que no haya hecho mohines ante el espejo.

---

(1) *Court holy-water;* esto es, *flattery.* El «agua bendita de corte» era una expresión muy corriente en la época.

(2) *Dry house,* casa cuyos habitantes tienen sequedad de corazón. Alusión al castillo de Gloster, donde se aloja Regania.

(1) *Rumble thy belyful!* El verbo *to rumble* equivale aquí exactamente al nuestro de zurrir.

(2) Versión literal en prosa, que no ofrece menos dificultades que el verso: «El que quiere alojar su bragueta antes que su cabeza tenga alojamiento, su cabeza y él cogerán piojos; así se casan muchos mendigos. El hombre que hace por el dedo gordo de su pie lo que debía hacer por su corazón, sufrirá del dolor de un callo y cambiará su sueño en vela.» Con la palabra *cod-piece,* que puede verterse también por braguetero (licencioso), hace Shakespeare una metonimia.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra KENT

LEAR.—No; seré el modelo de la perfecta resignación; no diré nada.

KENT.—¿Quién está ahí?

BUFÓN. — ¡Pardiez!, una majestad y una bragueta; es decir, un cuerdo y un loco.

KENT.—¡Ay! ¿Vos aquí, señor? Los seres que aman la noche, no aman noches como ésta. Los cielos, irritados, aterrorizan a los mismos rondadores de las sombras y los fuerzan a refugiarse en sus guaridas. Desde que nací, no recuerdo haber oído hablar de semejantes sábanas de fuego, de parecidas detonaciones de horrísonos truenos, de tan roncos gemidos del viento y de la lluvia. La naturaleza humana no podría soportar ni la violencia ni el terror de una noche así.

LEAR.—¡Que los potentes dioses, que hacen estallar tan pavoroso cataclismo sobre nuestras cabezas, señalen ahora a sus adversarios! ¡Estremécete tú, miserable, que llevas dentro de ti crímenes ignorados que no castigó la justicia! ¡Ocúltate, mano sangrienta; y tú, perjuro, y tú, simulador de virtud, que eres incestuoso! ¡Tiembla hasta romperte en pedazos, infame, que, bajo capa de una honrada apariencia atentaste contra la vida del hombre! ¡Delitos estrechamente guardados bajo los cerrojos del secreto, romped las puertas que os tienen ocultos e implorad la gracia de estos terribles requeridores! Soy un hombre contra el que pecaron más que él pecó.

KENT.—¡Ay de mí! ¡La cabeza desnuda! Mi egregio señor, cerca de aquí hay una cabaña; algún abrigo os prestará contra la tempestad; vamos a ella, y descansaréis, mientras yo vuelvo a esa dura casa (más dura que las piedras de que está construída), y en la que ahora mismo, cuando iba a pedir por vos en ella, me han negado la entrada. Yo forzaré su mísera hospitalidad.

LEAR.—Mi razón comienza a extraviarse... Ven aquí, hijo mío. ¿Cómo estás, muchacho? ¿Tienes frío? Yo también lo tengo. ¿Dónde está esa choza, compañero? ¡Arte extraño el de nuestras necesidades, que trueca en preciosas las cosas más viles! Vamos a nuestra cabaña. ¡Pobre loco mío! ¡Pobre pillín! ¡Aún queda una parte en mi corazón que sufre por ti!

BUFÓN.—*(Canta.)*

Quien tiene un poco sentido,
con el ¡hey!, con el ¡ho!, con el viento y con [la lluvia,
que se contente con el lote de su fortuna,
pues todos los días llueve.

LEAR. — Verdad es, buen muchacho. Vamos, condúcenos a esa choza. *(Salen* LEAR *y* KENT.)

BUFÓN.—¡Brava noche para enfriar a una cortesana! Antes de irme, voy a deciros una profecía:

Cuando los predicadores estén más por las [palabras que por la materia;
cuando los cerveceros echen a perder su malta [con el agua;
cuando los nobles sean tutores de sus sastres,
y no se contaminen los herejes, sino los pre[tendientes de rameras;
cuando todo proceso esté bien juzgado,
y no haya escudero en deuda, ni ningún ca[ballero pobre;
cuando las calumnias no vivan en las lenguas,
ni los cortabolsas se mezclen a la muchedum[bre;
cuando los usureros cuenten su oro en pleno [campo
y los alcahuetes y las putas construyan igle[sias,
entonces el reino de Albión
se verá en una gran confusión:
y llegará el tiempo, quien viva lo verá,
en que para caminar se necesitarán los pies

Esta profecía la hará más tarde Merlín, pues yo me anticipo a su época. *(Sale.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA III

Salón en el castillo de Gloster

Entran GLOSTER *y* EDMUNDO

GLOSTER. — ¡Ay! ¡Ay Edmundo! No me gusta este desnaturalizado proceder. Cuando les he pedido permiso para que le ayudaran en su desventura, me han prohibido disponer de mi propia casa, vedándome, so pena de caer en su disfavor perpetuo, hablar de él ni solicitar cosa alguna que le favorezca.

EDMUNDO.—¡Muy salvaje y desnaturalizado!

GLOSTER.—Mira, no digas nada; existe una desavenencia entre los duques, y aun algo peor. He recibido esta noche una carta; es peligroso hablar de su contenido; la he guardado bajo llave en mi habitación. Estas injurias que ahora soporta el rey serán vengadas plenamente: ha puesto ya pie en tierra parte de un ejército; nosotros debemos tomar el partido del rey. Voy a ponerme en su busca y a procurarle auxilio en secreto; en tanto, ve tú a hablar con el duque para que no eche de ver mi proceder caritativo. Si pregunta por mí, dile que me hallo enfermo y que guardo cama. Aunque muera por esto, como con no menos me han amenazado, el rey, mi anciano señor, debe ser socorrido. Extraños sucesos se preparan, Edmundo; sed prudentes, os lo ruego. *(Sale.)*

EDMUNDO.—El duque tendrá aviso inmediatamente de esta cortesía que te está prohibida, y también de esa carta. Esto me parece una bella y meritoria acción, y debe hacerme ganar lo que mi padre va a perder: nada menos que todo. La juventud se levanta cuando la vejez cae. *(Sale.)*

ESCENA IV

El descampado.—Delante de una cabaña

Entran LEAR, KENT *y el* BUFÓN

KENT.—Aquí es el lugar, señor; entrad, mi bondadoso señor; la tiranía de esta noche al raso es demasiado dura para que la naturaleza la soporte. *(Sigue la tempestad.)*

LEAR.—Dejadme solo.

KENT.—Mi buen señor, entrad aquí.

LEAR. — ¿Quieres romperme el corazón?

KENT.—Antes desearía que estallase el mío. Mi buen señor, entrad.

LEAR.—Piensas que es bien duro que esta furiosa tempestad nos cale hasta los huesos. Así será para ti; pero allí donde un gran dolor ha tomado asiento, no ha lugar a sentir otro menor. Esquivaría un oso; pero si tu fuga te condujera hacia las olas rugientes del mar, irías al encuentro de la boca misma de la bestia. Cuando el espíritu vaga libre, el cuerpo es delicado; la tempestad de mi alma acalla en mis sentidos toda otra sensación, salvo la que golpea aquí. ¡Ingratitud filial! ¿No es como si esta boca desgarrase mi mano por haber llevado hasta ella el alimento? Pero yo castigaré esto severamente. No, no quiero llorar más. ¡Echarme de casa en una noche como ésta! ¡Llueva a cántaros sobre mí; todo lo aguantaré! ¡En una noche como ésta! ¡Oh Regania! ¡Oh Goneril! Vuestro padre, viejo y benévolo, cuyo corazón franco todo os lo entregó... ¡Oh! Este camino conduce a la demencia; evitémoslo. ¡Basta ya de esto!

KENT.—Mi buen señor, entrad aquí.

LEAR.—Entra tú, por favor; busca tu propio bienestar. Esta tormenta no me permitirá reflexionar en cosas que me harían más daño. Pero entraré. *(Al* BUFÓN.) Adentro, muchacho, ve delante. ¡Oh miseria sin asilo!... ¡Vamos, entra! Yo voy a rezar, y luego dormiré. *(En-*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tra el BUFÓN *en la cabaña.)* ¡Pobres y miserables desnudos, dondequiera que os halléis, que aguantáis la descarga de esta despiadada tempestad!, ¿cómo os defenderéis de un temporal semejante, con vuestras cabezas sin abrigo, vuestros estómagos sin alimento y vuestros andrajos llenos de agujeros y aberturas? ¡Oh, cuán poco me había preocupado de ellos! Pompa, acepta esta medicina; exponte a sentir lo que sienten los desgraciados, para que puedas verter sobre ellos lo superfluo y mostrar a los cielos más justos.

EDGARDO.—*(Dentro de la choza.)* ¡Braza y media! ¡Braza y media! ¡Pobre Tomasín!

BUFÓN.—*(Precipitándose fuera de la cabaña.)* ¡No entréis, tío, que hay un espíritu! ¡Socorredme! ¡Socorredme!

KENT.—Dame la mano. ¿Quién hay ahí?

BUFÓN.—¡Un espíritu! ¡Un espíritu! Dice que se llama pobre Tomasín.

KENT.—¿Quién eres tú, que gimes ahí entre la paja? ¡Sal fuera! *(Sale* EDGARDO, *disfrazado como un loco.)*

EDGARDO.—¡Atrás! ¡Me persigue el mal espíritu! ¡A través del puntiagudo espino blanco sopla el viento! ¡Hum! «¡Vete a tu lecho frío y caliéntate!» (1).

LEAR.—¿Es que has dado todo cuanto tenías a tus hijas, y por eso te ves así?

EDGARDO.—¿Quién da alguna cosa al pobre Tomasín? A quien el mal espíritu ha hecho pasar a través del fuego y de las llamas, a través del vado y del remolino de agua, sobre el pantano y el cenagal; que le ha puesto cuchillos bajo la almohada, sogas en su reclinatorio y veneno matarratas en su caldo; que le ha insinuado el orgullo de su corazón, para trotar en un caballo bayo por encima de puentes de cuatro pulgadas, y correr detrás de su propia sombra como si fuera un traidor. ¡Dios bendiga tus cinco sentidos! ¡Tomasín tiene frío! ¡Oh, do, de, do, de, do, de! ¡Dios te guarde de huracanes, de astros malignos y de infecciones! Haced una caridad con el pobre Tomasín a quien atormenta el mal espíritu. ¡Oh, si le tuviese ahora aquí y allá, y luego y otra vez allá! *(Sigue la tempestad.)*

LEAR.—¡Cómo! ¿Te han reducido tus hijas a ese estado? ¿No pudiste salvar nada? ¿Les diste todo?

BUFÓN.—No, se reservó una manta; de lo contrario, todos nos avergonzaríamos de verle.

LEAR.—¡Pues bien: caigan sobre tus hijas todas las plagas que el Destino suspende en el aire oscilatorio para castigar los crímenes humanos!

KENT.—Si no tiene hijas, monseñor.

LEAR.—¡A muerte, traidor! Nada hubiera podido precipitar a la Naturaleza a un grado tal de abyección, a no ser la ingratitud de sus hijas. ¿Es costumbre que los padres, cuando se ven despojados, tengan tan poca compasión de su propia carne? ¡Juicioso castigo! Esta misma carne fué la que engendró a aquellas hijas de pelícano.

EDGARDO. — ¡Pillicock se sentó en la montaña de Pillicock! ¡Hola, hola! ¡Lu, lu!

BUFÓN.—Esta noche de frío nos volverá a todos locos e insensatos.

EDGARDO.—Ten cuidado con el mal espíritu; obedece a tus padres; cumple religiosamente tu palabra; no jures; no tengas trato con la esposa juramentada del prójimo; no adornes a tu buena amiga con presuntuosos arreos. Tomasín tiene frío.

LEAR.—¿Qué has sido tú?

EDGARDO. — Un galanteador de oficio, orgulloso de corazón y de entendimiento; que me rizaba el cabello, llevaba guantes en el sombrero, satisfacía el deseo del corazón de mi querida y perpetraba con ella el delito de las tinieblas. Mis juramentos eran tantos como mis palabras, y los quebrantaba a la serena faz del cielo. Uno que dormía trazando lujuriosos deleites, y se despertaba para

(1) Frase del antiguo drama *Hieronymo*, o *La tragedia española*, que ya vimos en *La doma de la bravía*.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

efectuarlos. Amaba profundamente el vino, cordialmente los dados, y, en cuanto a las mujeres, sobrepasaba en libertinaje al turco. Falso de corazón, ligero de oído y sanguinario de mano. En pereza, un cerdo; en astucia, un zorro; en voracidad, un lobo; en cólera, un perro rabioso, y en hacer presa, un león. No rindas tu pobre corazón a las mujeres por el crujido de los zapatos ni el frote de las sedas; aleja tus pies de los burdeles, tu mano de los briales, tu pluma de los libros del usurero, y desafía al mal espíritu. El viento frío sigue soplando a través del espino blanco. Hace *suum, mum, eh no nonny.* ¡Delfín, mi niño, mi niño! ¡Cesa! ¡Déjate trotar! *(Continúa la tempestad.)*

LEAR.—Vamos, más te valiera estar en la tumba que tener que afrontar este rigor de los cielos con el cuerpo desnudo. ¿No es más que esto el hombre? Consideremoslo bien. Tú no le debes seda al gusano, ni a la bestia la piel, ni a la oveja la lana, ni al almizcle su perfume. ¡Ah! Aquí hay tres de nosotros que están mistificados. Tú eres el ser humano mismo. El hombre, sin las comodidades de la civilización, no es más que un pobre animal desnudo y ahorcado, como tú. *(Quitándose a jirones sus vestiduras.)* ¡Fuera, fuera, prestados! Vamos, desabotonémonos aquí.

BUFÓN.—Tío, por favor, sosiégate. Es una noche de perros para nadar. Ahora un poco de fuego en este campo desierto sería semejante al corazón de un viejo libertino: una pequeña chispa, y todo lo demás del cuerpo, helado. ¡Mirad! He aquí venir un fuego errante.

Entra GLOSTER *con una antorcha*

EDGARDO.—Ese es el condenado Flibbertigibbet; sale al toque de queda, y se pasea hasta el primer canto del gallo. Da la gota serena y la catarata, bizquea los ojos y produce el labio partido, añubla el trigo candeal y hace daño a las pobres criaturas de la tierra.

San Vital dió tres vueltas al mundo;
halló a la pesadilla y a sus nueve potrillos;
la *mandó* descender,
y la hizo jurar,
y ¡arredro vayas, bruja, arredro vayas!

KENT.—¿Cómo se encuentra Vuestra Gracia?

LEAR.—¿Quién es ése?

KENT.—¿Quién va? ¿Qué es lo que buscáis?

GLOSTER. — ¿Quiénes sois? ¿Vuestros nombres?

EDGARDO.—El pobre Tomasín, que se alimenta de la rana nadadora, el escuerzo, el renacuajo, la salamanquesa y la salamandra; que en la furia de su corazón, cuando el mal espíritu le agita, come boñigas como ensalada, engulle ratas viejas y perros muertos de los barrancos, bebe de la costra verdusca de la laguna estancada (1); que es azotado de parroquia en parroquia, metido en los cepos y encarcelado; que ha tenido tres vestidos para su espada y seis camisas para su cuerpo, «caballo para pasear y arma para llevar»; pero los ratoncillos, ratas y otras pequeñas alimañas fueron el alimento de Tomasín durante siete años largos. Guardaos de mi perseguidor. ¡En paz, Smulkin; en paz, diablillo!

GLOSTER.—¡Cómo! ¿No tiene Vuestra Gracia mejor compañía?

EDGARDO.—El príncipe de las tinieblas es un caballero; se llama Mod y Mahu.

GLOSTER.—¡Nuestra carne y nuestra sangre, mi señor, han llegado a ser tan viles, que odian a aquellos que los engendraron!

EDGARDO. — ¡El pobre Tomasín tiene frío!

GLOSTER.—Entrad conmigo, mi lealtad no puede sufrir que obedezca en todo a los duros mandatos de vuestras hijas.

(1) *Drinks the green mantle of the standing vol,* en el texto. Toda esta frase puede verterse exactamente en castellano con sólo decir: «Bebe de la ova.» Seguramente, así se hubiera expresado Shakespeare de haber escrito en la lengua de Quevedo.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Por más que me hayan ordenado cerrar las puertas de mi casa y dejaros a merced de esta noche tirana, me he arriesgado a venir en busca vuestra para conduciros a donde hallaréis listo fuego y alimento.

LEAR.—Dejadme hablar primero con este filósofo. ¿Cuál es la causa del trueno?

KENT. — Mi buen señor, aceptad su oferta; entrad en la casa.

LEAR.—Quiero cruzar una palabra con este sabio tebano. ¿Cuál es el objeto de vuestros estudios?

EDGARDO.—Los medios de preservarme del diablo y de matar los bichos.

LEAR. — Permíteme que te haga una pregunta en particular.

KENT.—*(A* GLOSTER.) Insistidle, señor; una vez más, para que vaya con vos; su razón comienza a resentirse.

GLOSTER. — ¿Y puedes censurarle por eso? *(Sigue la tempestad.)* Sus hijas buscan su muerte. ¡Ah, aquel buen Kent! ¡Ya lo predijo así el pobre desterrado! Dices que el rey se vuelve loco; he de confesarte, amigo, que casi yo mismo lo estoy. Yo tenía un hijo, ahora proscrito de mi sangre, que quiso atentar contra mi vida sólo hace unos días, muy pocos. Amigo, lo amaba como ningún padre amó jamás a su hijo; en verdad, te digo que el dolor ha trastornado mi cerebro. ¡Qué noche ésta! Suplico a Vuestra Gracia...

LEAR.—¡Oh! Recabo vuestro perdón, señor. Noble filósofo, vuestra compañía.

EDGARDO.—¡Tomasín tiene frío!

GLOSTER.—Adentro, compañero, a la cabaña; en ella te calentarás.

LEAR.—Venid, entremos todos.

KENT.—Por este lado, mi señor.

LEAR.—Con él; quiero estar siempre con mi filósofo.

KENT.—Mi buen señor, complacedle. Permitid que le siga su compañero.

GLOSTER.—Podéis traerlo.

KENT.—Vamos, pícaro, ven con nosotros.

LEAR.—Ven, querido ateniense.

GLOSTER.—Nada de palabras. Nada de palabras. ¡Chis!

EDGARDO.

El paladín Roldán llegó a la torre oscura,
sus palabras eran siempre: Fie, *foh* y *fum*,
¡yo huelo la sangre de un bretón!

(Sale.)

ESCENA V

Interior del castillo de Gloster

Entran CORNUALLA *y* EDMUNDO

CORNUALLA. — Quiero vengarme de él antes de abandonar su casa.

EDMUNDO.—Mi señor, me atemoriza un tanto cómo va a censurárseme por haber sacrificado así mi naturaleza filial a mi lealtad.

CORNUALLA.—Ahora comprendo que no obedecía completamente a una perversa inclinación el que vuestro hermano buscase su muerte, sino que la conciencia de su propio mérito le indujo a entrar en acción para maldad tan reprobable.

EDMUNDO.—¡Suerte cruel la mía, que me hace arrepentirme de ser justo! He aquí la carta de que os hablé, y que le muestra en connivencia de partido con el rey de Francia, para gran ventaja de éste. ¡Oh cielos! ¡Que no pudieseis evitar esta traición, o que no fuese yo su delator!

CORNUALLA.—Sígueme a ver a la duquesa.

EDMUNDO.—Si el contenido de este papel es cierto, importante negocio tenéis en las manos.

CORNUALLA.—Verdadero o falso, te hace conde de Gloster. Ve a averiguar dónde se halla tu padre, para que esté a nuestra disposición cuando queramos prenderle.

EDMUNDO. — *(Aparte.)* Si le encuentro prestando auxilio al rey, esto no hará sino confirmar más fuertemente sus sos-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

pechas. *(Alto.)* Perseveraré en mi vía de lealtad, aunque sea cruento el conflicto entre ella y mi sangre.

CORNUALLA.—Depositaré en ti mi confianza y hallarás en mi afecto un padre más cariñoso. *(Salen.)*

ESCENA VI

Habitación en una alquería contigua al castillo de Gloster

Entran KENT *y* GLOSTER

GLOSTER.—Aquí se está mejor que a la intemperie: tomadlo con mil amores. Voy a mejoraros el alojamiento con las adiciones que pueda; no tardaré en volver a vuestro lado.

KENT.—Toda la fuerza de su razón ha cedido a su impaciencia. Los dioses premien vuestra bondad. *(Sale* GLOSTER.)

Entran LEAR, EDGARDO *y el* BUFÓN

EDGARDO.—Frateretto me llama, y me dice que Nerón es pescador de caña en el lago de las tinieblas. Ruega, inocente, y guárdate del mal espíritu.

BUFÓN.—Tío, dime, por favor: ¿un loco es noble o villano?

LEAR.—¡Es rey, es rey!

BUFÓN.—No, es un villano que tiene por hijo a un noble. Porque es necio el villano que ve a su hijo noble antes que él.

LEAR.—¡Que no tenga mil diablos con sus asadores calientes al rojo, que vinieran a espetarlos sobre...!

EDGARDO.—¡El mal espíritu me muerde la espalda!

BUFÓN.—Loco es el que confía en la mansedumbre de un lobo, en la salud de un caballo, en la amistad de un mancebo (1) y en el juramento de una puta.

(1) *A boy 's love.* Puede verterse «en el amor de un mancebo»; pero, a nuestro juicio (corroborado por otros pasajes análogos de Shakespeare), la palabra *love* tiene aquí el sentido de amistad.

LEAR.—Está decidido: las haré comparecer en el acto. Ven, siéntate aquí, sapientísimo juez. Tú, docto señor, aquí sentado. ¡Y ahora, vosotras, zorras!

EDGARDO.—¡Ved dónde está y cómo le brilla la mirada! ¿Tenéis fuego en los ojos para el tribunal, señora?

BUFÓN.

Atraviesa el arroyo, Belisa, y ven a mí...
Su barquilla tiene una vía de agua,
y no lo debe decir,
porque no se atreve a venir hacia ti.

EDGARDO.—El mal espíritu obsede a Tomasín con la voz de un ruiseñor. Hoppedance chilla en la panza de Tomasín y pide dos arenques frescos. No grazznes, ángel negro; no tengo comida para ti.

KENT.—¿Cómo os encontráis, señor? No permanezcáis tan espantado. ¿Queréis reclinaros y descansar sobre estos cojines?

LEAR.—Primero quiero que se vea su causa. Vengan los testigos. Tú, juez togado, a tu escaño. Y tú, su compañero de equidad, colócate a su lado. Vos sois del tribunal; sentaos también.

EDGARDO.—Procedamos conforme a derecho.

¿Duermes o velas, lindo pastor?
Tus ovejas se han entrado en el trigo.
Un solo son de tu boca exquisita,
y tus ovejas no causarán estrago.
¡Purr! ¡El gato es gris!

LEAR.—Que comparezca ésta primero. Es Gonerila. Jura ante esta honorable asamblea que echó de casa a coces a su padre, el pobre rey.

BUFÓN.—Venid aquí, señora. ¿Vuestro nombre es Gonerila?

LEAR.—No lo puede negar.

BUFÓN.—Os pido perdón; os había tomado por una banqueta plegadiza.

LEAR.—Aquí está la otra, cuyas feroces miradas anuncian de qué baja estofa está hecho su corazón. ¡A ella, prendedla! ¡Armas, armas! ¡Una espada!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡El fuego! ¿Corrupción en el templo de la ley? Falso juez, ¿por qué la has dejado escapar?

EDGARDO. — ¡Benditos sean tus cinco sentidos!

KENT.—¡Oh piedad! ¿Dónde está ahora, señor, aquella resignación que con tanta frecuencia os jactabais de poseer?

EDGARDO.—*(Aparte.)* Mis lágrimas comienzan a tomar de tal modo su partido, que van a descubrir mi disfraz.

LEAR.—No sólo los falderillos: toda la jauría; *Azafate, Blanca* y *Dulce Pecho,* ved cómo me ladran.

EDGARDO.—Tomasín les arrojará su cabeza. ¡Fuera de aquí, chuchos!

Sea tu hocico negro o blanco
o empozoñe tu diente al morder
mastín, lebrel, feo mestizo,
podenco o sabueso, braco o limero
o gozquecillo rabón o rabudo,
Tomasín les hará llorar y gemir;
pues arrojándoles así mi cabeza,
los perros saltan la media puerta y todos hu-
[yen.

Du, di, di, di. ¡Cesa! ¡Adelante! Corramos a las fiestas, a las ferias y a las villas de mercado. ¡Pobre Tomasín, tu cuerno está vacío.

LEAR.—Que anatomicen entonces a Regania y examinen lo que germina en su corazón. ¿Hay alguna causa en la Naturaleza para producir esos corazones tan duros? *(A* EDGARDO.) En cuanto a vos, caballero, os ajusto por uno de mis cien; pero no me gusta la traza de vuestros vestidos. Diréis que son atributos de la moda persa; pero cambiadlos.

KENT.—Ahora, mi buen señor, reclinaos aquí y reposad un instante.

LEAR.—¡No hagáis ruido! ¡No hagáis ruido! Corred las cortinas. ¡Así, así, así! ¡Iremos a cenar mañana por la mañana! ¡Así, así, así! *(*LEAR *queda dormido.)*

BUFÓN.—¡Y yo marcharé al lecho al mediodía! (1).

(1) Algunos comentaristas han visto en esta expresión, al parecer trivial, un presagio de la muerte del bufón.

Vuelve a entrar GLOSTER

GLOSTER. — Acércate, amigo. ¿Dónde está el rey, mi señor?

KENT.—Ahí, señor. Pero no le molestéis; ha perdido la razón.

GLOSTER.—Buen amigo, te ruego que lo tomes en tus brazos; he sorprendido un complot de muerte contra él. Allí hay una litera preparada. Acomódale dentro y dirígete hacia Dover, amigo, donde encontrarás, a la vez, acogida y protección. Toma a tu señor; si te retardas media hora, su vida, la tuya y la de cuantos pretenden defenderle se perderán sin remedio. Cógelo, cógelo y sígueme, que voy a conducirte rápidamente a un sitio donde he preparado algunas cosas necesarias.

KENT.—¡Su naturaleza fatigada duerme! Este sueño habría podido aún embalsamar sus nervios quebrantados, que, a no ser por alguna circunstancia feliz, se restablecerán difícilmente. *(Al* BUFÓN.*)* Vamos, ayúdame a llevar a tu señor.

GLOSTER. — ¡Venid, venid; partamos! *(Salen* KENT, GLOSTER *y el* BUFÓN, *llevando al rey dormido en sus brazos.)*

EDGARDO.—Cuando vemos que los que están por encima de nosotros soportan nuestros mismos males, apenas pensamos que nuestras miserias nos son enemigas. El que sufre solo, sufre sobre todo en su alma al dejar tras sí seres exentos de pesar y espectáculos de ventura; pero cuando la desgracia tiene compañeros y el dolor está asociado a otros dolores, entonces el alma esquiva grandes pesares. ¡Qué livianas y fáciles de llevar me parecen ahora mis penas, cuando lo que me doblega le hace curvarse al rey! ¡Él, por sus hijas, como yo por mi padre! ¡En marcha, Tomasín! ¡Advierte estos altos rumores, y descúbrete cuando la falsa opinión que te mancha con sus calumnias quede destruída por las pruebas de tu inocencia y te llame de nuevo a la reconciliación!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡Suceda lo que quiera esta noche, con tal que el rey se salve! ¡En acecho! ¡En acecho! *(Sale.)*

ESCENA VII

Aposento en el castillo de Gloster

Entran CORNUALLA, REGANIA, GONERILA, EDMUNDO *y Servidores*

CORNUALLA.—*(A* GONERILA.) Id al punto al lado de vuestro esposo; mostradle esta carta. ¡El ejército del rey de Francia ha puesto pie en tierra! ¡Buscad al traidor Gloster! *(Salen algunos Servidores.)*

REGANIA.—¡Que lo ahorquen inmediatamente!

GONERILA. — ¡Que le arranquen los ojos!

CORNUALLA.—Dejadlo a mi placer. Edmundo, servid de compañía a nuestra hermana. La venganza que nos vemos precisados a tomar de vuestro padre no es espectáculo para que vos lo presenciéis. Avisad al duque, a fin de que apresure sus preparativos; nosotros nos comprometemos a otro tanto. Nuestros correos se establecerán rápidamente entre los dos. Adiós, querida hermana. Adios, señor Gloster.

Entra OSVALDO

¿Qué hay? ¿Dónde está el rey?

OSVALDO.—Monseñor de Gloster lo ha conducido fuera de aquí. Unos treinta o treinta y cinco caballeros suyos, que len andaban buscando anhelosamente, lo han encontrado en la puerta, y con algunos otros de los que del señor dependen fuéronse con él hacia Dover, lugar donde se jactan de tener amigos olen armados.

CORNUALLA. — Preparad caballos para vuestra señora.

GONERILA.—Adiós, amable señor, y vos, hermana.

CORNUALLA. — Edmundo, adiós. *(Salen* GONERILA, EDMUNDO *y* OSVALDO.) ¡Id a buscar al traidor Gloster! ¡Agarrotadle como a un ladrón, y traedlo a nuestra presencia! *(Salen algunos Servidores.)* Aunque no podemos determinar de su vida sin las fórmulas de la Justicia, sin embargo, nuestro poder hará a nuestra cólera una cortesía que los hombres podrán censurar, pero no restringir. ¿Quién va allá? ¿El traidor?

Vuelven a entrar los Servidores con GLOSTER, *preso*

REGANIA.—¡Zorro, ingrato! ¡Es él!

CORNUALLA.—¡Atadle bien sus brazos sarmentosos!

GLOSTER.—¿Qué se proponen vuestras gracias? Mis buenos amigos, considerad que sois mis huéspedes; no me hagáis sufrir ningún juego afrentoso, amigos.

CORNUALLA.—¡Atadle, digo!

REGANIA. — ¡Fuerte, fuerte! ¡Oh inmundo traidor! *(Los Servidores le atan.)*

GLOSTER.—¡No lo soy, como sois vos dama despiadada!

CORNUALLA.—Atadle a esta silla. Villano, ya verás... (REGANIA *le pela las barbas.)*

GLOSTER.—¡Por los benévolos dioses, que es acción harto innoble pelarme las barbas!

REGANIA.—¡Tan blanca y de tal traidor!

GLOSTER.—¡Perversa dama, estos cabellos que arrancas de mi mentón revivirán para acusarte! Soy vuestro huésped: no debíais ajar así, con manos de ladrón, mis facciones hospitalarias. ¿Qué intentáis hacer?

CORNUALLA.—Veamos, señor, ¿qué cartas habéis recibido últimamente de Francia?

REGANIA. — Responded con franqueza, porque sabemos la verdad.

CORNUALLA.—Y ¿qué confabulación tenéis con los traidores que acaban de poner sus pies en nuestro reino?

REGANIA.—¿En qué manos habéis puesto al rey lunático? Hablad.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

GLOSTER.—He recibido una carta conteniendo simples conjeturas, que proviene de un corazón neutral, no de un enemigo.

CORNUALLA.—¡Argucia!

REGANIA.—¡Y falsedad!

CORNUALLA.—¿Adónde has llevado al rey?

GLOSTER.—A Dover.

REGANIA.—Y ¿por qué a Dover? ¿No se te encargó, bajo peligro...?

CORNUALLA.—¿Por qué a Dover? Dejad que conteste antes a esto.

GLOSTER.—Estoy atado al poste y no tengo más remedio que hacer frente a la embestida.

REGANIA.—¿Por qué a Dover, señor?

GLOSTER.—¡Porque no quise ver tus crueles uñas arrancarle sus pobres ojos viejos, ni a tu feroz hermana hundir en su carne ungida sus colmillos de cerda salvaje! El mar, con una tempestad semejante a la que su cabeza desnuda ha soportado durante esta noche negra como el infierno, se hubiera encrespado hasta extinguir los fuegos estelares; pero él, ¡pobre corazón envejecido!, acrecía con sus lágrimas la lluvia del cielo. Si los lobos hubiesen aullado a tus puertas en tiempo tan riguroso, hubieras dicho: «Buen portero, gira la llave, cede, sean cuales fueren todas sus crueldades.» Pero yo veré a la alada venganza alcanzar a semejantes hijas.

CORNUALLA.—¡No la verás jamás! ¡Muchachos, sostened la silla! Voy a posar mi pie sobre tus ojos.

GLOSTER.—¡El que piense vivir hasta ser viejo, que me preste algún socorro! ¡Oh cruel! ¡Oh vosotros, dioses! (CORNUALLA *arranca un ojo a* GLOSTER.)

REGANIA.—Un lado se mofaría del otro; el otro ojo, también.

CORNUALLA.—Si veis la venganza...

SERVIDOR 1.º—¡Tened la mano, monseñor! Os he servido desde la infancia, pero nunca os hice mejor servicio que ahora al rogaros que os contengáis.

REGANIA.—¡Cómo! ¡Vos, perro!

SERVIDOR 1.º—Si llevaseis barba en el rostro os la arrancaría en esta querella. ¿Qué queréis decir? (1).

CORNUALLA.—¡Un villano mío! *(Desenvainan y se baten.)*

SERVIDOR 1.º—¡Pues, entonces, avanzad y sufrid el azar de la cólera!

REGANIA.—¡Dame tu espada! ¿Un rústico encararse así? *(Toma una espada y le acomete por la espalda.)*

SERVIDOR 1.º—¡Oh me ha matado! ¡Mi señor, aún os queda un ojo para ver algún castigo sobre él! ¡Ah! *(Muere.)*

CORNUALLA.—¡Para que no veas más, precavámonos! ¡Fuera, gelatina vil! ¿Adónde está ahora tu resplandor?

GLOSTER.—Todo es tinieblas y desconsuelo! ¿Dónde está mi hijo Edmudo? ¡Edmundo, inflama todas las chispas de la Naturaleza para vengar este acto horrible!

REGANIA. — ¡Fuera, villano traidor! ¡Llamas al que te aborrece; fué él quien nos descubrió tus traiciones; él, que es demasiado bueno para tener piedad de ti!

GLOSTER.—¡Oh locura mía! ¡Entonces fué Edgardo el calumniado! ¡Dioses benévolos, perdonadme y protegedle!

REGANIA.—¡Id a arrojarle fuera de las puertas, y que ventee su camino a Dover! *(Sale un* CRIADO *con* GLOSTER.) ¿Qué os pasa, señor? ¿Qué semblante es ése?

CORNUALLA.—He recibido una herida. Seguidme, señora. Expulsad a ese villano ciego; echad ese esclavo al muladar. Regania, sangro a chorros. A destiempo viene esta herida. Dame el brazo. *(Sale* CORNUALLA *conducido por* REGANIA.)

SERVIDOR 2.º—Si este hombre acaba en bien, jamás me dará cuidado cometer cualquier maldad.

SERVIDOR 3.º—Si ella vive mucho tiempo y en su fin encuentra el camino acostumbrado de la muerte, todas las mujeres se convertirán en monstruos.

---

(1) *What do yoy mean?* En todos los textos van estas palabras asignadas al servidor, y así quedan aquí, por respeto al original; pero ¿no corresponderían mejor a Regania o a Cornualla?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SERVIDOR 2.º—Sigamos al anciano conde y procurémosle el bedlamita, para que le conduzca a donde quiera. Su locura errante se adapta a todo.

SERVIDOR 3.º—Anda tú; yo voy a buscar un poco de lino y claras de huevo para curar su rostro ensangrentado. ¡Y ahora, que el Cielo le ayude! *(Salen por distintos lados.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El descampado

Entra EDGARDO

EDGARDO.—Vale aún más ser así, y saberse despreciado, que sentirse siempre despreciado y con adulación. Ser el peor el más bajo y el más abyecto trasto de la Fortuna mantiene todavía la esperanza, sin vivir en el temor. El cambio lamentable es hacia lo mejor. Lo peor se torna risueño. ¡Bien venido, pues, aire insustancial que abrazo! El infeliz a quien tu soplo ha precipitado en lo peor, nada tiene que temer de tus vendavales. Pero ¿quién viene aquí?

Entra GLOSTER, *conducido por un* ANCIANO

¡Mi padre, guiado como un mendigo! ¡Mundo, mundo! ¡Oh mundo! ¡La vida no quisiera ceder a la vejez sino porque tus extrañas mudanzas hacen que te odiemos! (1).

ANCIANO.—¡Oh mi buen señor! Durante estos ochenta años he sido perchero vuestro y de vuestro padre.

GLOSTER. — Márchate, aléjate, buen amigo; vete. Tus consuelos no pueden proporcionarte bien alguno, y, en cambio, pueden hacerte mal.

ANCIANO.—¡Ay señor! No podéis ver vuestro camino.

GLOSTER.—No sigo camino alguno, y, por consiguiente, no tengo necesidad de ojos. He tropezado cuando veía. Con mucha frecuencia ocurre que nuestros recursos nos hacen descuidados, y que nuestros meros defectos patentizan nuestras ventajas. ¡Ah querido hijo mío Edgardo, víctima de la cólera de tu padre engañado! ¡Si pudiera tan sólo vivir para verte con los ojos del tacto! Diría que había recobrado los ojos.

ANCIANO.—¡Hola! ¿Quién viene?

EDGARDO. — *(Aparte.)* ¡Oh dioses! ¿Quién puede decir: «Estoy en lo peor»? Yo estoy peor que nunca estuve.

ANCIANO.—Es Tomasín, el pobre loco.

EDGARDO.—*(Aparte.)* Y todavía puedo estar peor; lo peor no dura un instante más del tiempo preciso para decir: «Esto es lo peor.»

ANCIANO. — ¿Adónde vas, compañero?

GLOSTER.—¿Es un mendigo?

ANCIANO.—Mendigo y loco a la vez.

GLOSTER.—Algún juicio tiene; de lo contrario, no sabría mendigar. En la tempestad de anoche vi una criatura así, que me hizo pensar que el hombre no es más que un gusano. Acudió a mi mente el recuerdo de mi hijo, y, sin embargo, mi alma le era entonces poco amiga. Después he sabido más. Los humanos somos para los dioses como las moscas para los niños juguetones; nos matan para su recreo.

EDGARDO.—*(Aparte.)* ¿Cómo puede ser esto? Mal oficio el de representar el loco ante el dolor, afligiéndose a sí mismo y a los demás. —Bendito seáis, maese.

(1) *But that thy strange mutations make us hate the, life would not yteld to age.* Nos asombra que pasaje tan sencillo como éste, que se traslada palabra a palabra al castellano, haya embarazado a los comentarists ingleses.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

GLOSTER.—¿Es éste el camarada desnudo?

ANCIANO.—Sí, señor.

GLOSTER.—Vete, entonces; te lo ruego. Si en consideración a mí quieres salir a nuestro encuentro, a una milla o dos de aquí, en el camino de Dover, hazlo por antigua afección, y trae alguna ropa con que se cubra esta alma en cueros a quien persuadiré que me guíe.

ANCIANO.—¡Ay señor! Si es un loco.

GLOSTER.—Es calamidad de estos tiempos que los locos guíen a los ciegos. Haz lo que te pido; o, mejor dicho, haz lo que te plazca; pero, sobre todo, vete.

ANCIANO.—Le traeré el mejor vestido que tengo, y suceda lo que quiera. *(Sale.)*

GLOSTER.—¡Perillán, compañero desnudo!

EDGARDO.—¡El pobre Tomasín tiene frío! *(Aparte.)* ¡No puedo fingirlo más!

GLOSTER.—Ven aquí, compañero.

EDGARDO.—*(Aparte.)* Y, sin embargo, tengo que hacerlo. ¡Benditos sean tus dulces ojos! ¡Cómo sangran!

GLOSTER.—¿Conoces el camino de Dover?

EDGARDO.—Los conozco todos, el del portillo y el de la puerta, el de herradura y el de a pie. El pobre Tomasín ha estado privado del uso de su buen sentido. ¡Dios te guarde, hijo de hombre de bien, del mal espíritu! Cinco demonios han estado simultáneamente dentro del pobre Tomasín: Obdicut, el de la lujuria; Hobbididence, príncipe de la mudez; Mahu, del robo; Modo, del asesinato; Fibbertigibet, de las muecas y visajes, el que de tiempo posee a las camareras y a las doncellas. Así, pues, guárdate, maese.

GLOSTER.—Ten; coge esta bolsa, tú, a quien las plagas del Cielo han humillado bajo todos sus golpes. Que yo, que soy desgraciado, te haga a ti el más venturoso. ¡Cielos, obrad siempre así! ¡Que el hombre lleno de gula y de comodidades, que esclaviza vuestra ley, que no quiere ver porque no siente, sienta acto seguido los efectos de vuestro poder! Así, la distribución deshará todo exceso, y cada uno tendrá lo bastante. ¿Conoces a Dover?

EDGARDO.—Sí, maese.

GLOSTER.—Allí se alza un peñasco, cuya alta y colgante cabeza se mira pavorosamente en el confiado mar. Guíame siquiera hasta su mismo borde, y repararé la miseria que soportas con algo rico que llevo sobre mí. Desde aquel sitio no tendré necesidad de que se me guíe.

ESCENA II

Delante del palacio del duque de Albania

Entran GONERILA *y* EDMUNDO

GONERILA.—Bien venido, mi señor; maravillada estoy de que nuestro apacible esposo no haya salido a encontrarnos por el camino.

Entra OSVALDO

¡Hola! ¿Dónde está vuestro amo?

OSVALDO.—Dentro, señora; pero jamás hombre alguno sufrió un cambio semejante: Le he hablado de las tropas desembarcadas; ha sonreído a ello. Le he comunicado que veníais; su respuesta ha sido: «Tanto peor.» Al informarle de la traición de Gloster y del leal servicio de su hijo, me ha llamado entonces *necio*, y ha dicho que siempre veo las cosas al revés. Lo que más debía disgustarle es lo que más le agrada; lo que debiera serle grato, le es ofensivo.

GONERILA.—*(A* EDMUNDO.) Entonces, no sigáis más lejos. Es el terror pusilánime de su espíritu, que no se atreve a emprender nada. No quiere sentir ultrajes que se vea precisado a repeler. Nuestros proyectos, formados durante el camino, pueden llevarse a efecto. Edmundo, volved al lado de mi cuñado; apresurad sus revistas y dirigid sus fuerzas. Yo he de cambiar en casa la insignia de mi sexo y poner la rueca en manos de mi

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

marido. Este fiel servidor nos servirá de intermediario. Si os atrevéis a aventuraros en beneficio propio, probablemente antes de mucho recibiréis el mandato de una amada señora. Llevad esto; ahorrad palabras. Inclinad la cabeza. Si este beso se atreviera a hablar, elevaría tu espíritu por encima del aire. Imagínalo y que te vaya bien.

EDMUNDO.—¡Vuestro hasta en las filas de la muerte! *(Sale.)*

GONERILA.—¡Mi carísimo Gloster! ¡Oh qué diferencia de hombre a hombre! ¡Para ti deben ser los favores de una mujer! ¡Ese imbécil usurpa mi cuerpo!

OSVALDO.—Señora, ahí viene mi señor. *(Sale.)*

Entra ALBANIA

GONERILA.—He valido la pena de una mirada (1).

ALBANIA.—¡Oh Gonerila! ¡No valéis el polvo que el rudo viento sopla en vuestro semblante! Me asustan vuestras intenciones. La Naturaleza que aborrece su origen no puede, en verdad, contenerse dentro de sí. Rama que por voluntad propia se desprende y separa de su savia sustancial ha de marchitarse por fuerza y llegar a uso funesto.

GONERILA.—¡Basta; necia es la cita!

ALBANIA.—¡La prudencia y la bondad parecen viles al vil! Los seres inmundos sólo gustan de sí propios. ¿Qué es lo que habéis hecho? ¡Tigres, que no hijas! ¿Qué habéis realizado? A un padre, a un venerable viejo, que hasta el oso encabestrado hubiera lamido por reverencia, ¡las muy bárbaras, las muy degeneradas!, le habéis vuelto loco. ¿Ha podido consentirlo mi buen hermano? ¡Un hombre, un príncipe tan beneficiado por el rey! Si los cielos no envían pronto a sus ángeles en forma ostensible para reformar tan viles ofensas, es que la Humanidad va a hacer presa forzosamente en sí misma, como los monstruos del abismo.

GONERILA.—Hombre de hígado de leche, que presentas la mejilla al bofetón y la cabeza al insulto; que no tienes en la frente ojos capaces de diferenciar lo que interesa a tu honor de lo que le causa perjuicio; que ignoras que son locos aquellos que se apiadan de los malvados a quienes se castiga antes de haber cometido sus infamias: ¿dónde está tu tambor? Francia despliega sus banderas en nuestro país silencioso, y con su empenachado yelmo comienza a amenazar su Estado, mientras tú, necio moralizador, permaneces sentado y exclamando: «¡Ay!, ¿por qué hace esto?»

ALBANIA.—¡Diablesa, contémplate a ti misma! ¡La deformidad propia no aparece en el demonio tan horrible como en la mujer!

GONERILA.—¡Oh ridículo imbécil!

ALBANIA.—¡Trasto disfrazado y encubierto, por pudor, no cambies tus rasgos en los del monstruo! Si me fuera permitido dejar a estas manos obedecer a mi sangre, estarían lo bastante dispuestas para dislocar y desgarrar tu carne y tus huesos. A pesar de que eres un demonio, una forma de mujer te escuda.

GONERILA.—¡Pardiez! ¡Vuestra hombría! ¡Miau!

Entra un MENSAJERO

ALBANIA.—¿Qué noticias?

MENSAJERO.—¡Oh mi buen señor! ¡El duque de Cornualla ha muerto; lo asesinó un criado suyo en el instante en que se disponía a saltar el otro ojo a Gloster!...

ALBANIA.—¡Los ojos de Gloster!...

MENSAJERO.—Un sirviente que alimentaba en su casa, movido a compasión, se opuso a tal acto, dirigiendo la espada contra su gran señor. Exasperado éste, se precipitó sobre él, y entre el duque y Regania le hicieron caer muerto; pero no sin que el de Cornualla recibiera un

(1) *The whistle;* es decir, de un silbido. Alusión al proverbio inglés: «Es un pobre perro el que no vale la pena de ser silbado.» Véanse *The proverbs of John Heywood* (1546).

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

peligroso golpe, del que después ha sucumbido.

ALBANIA.—Esto demuestra que habitáis en lo alto, vosotros, jueces, que podéis vengar tan rápidamente nuestros crímenes de aquí abajo. Pero ¡oh pobre Gloster! ¿Perdió el otro ojo?

MENSAJERO.—Los dos, los dos, mi señor. *(A* GONERILA.) Señora, para vos traigo esta carta, que solicita pronta respuesta. Es de vuestra hermana.

GONERILA.—*(Aparte.)* Por un lado, esto me agrada mucho. Pero estando viuda y mi Gloster con ella, todo el edificio construído por mi fantasía puede desplomarse sobre mi vida de odio. Por otro lado, la noticia no es tan desagradable. —Voy a leerla y responderé. *(Sale.)*

ALBANIA.—¿Dónde estaba su hijo cuando le arrancaron los ojos.

MENSAJERO.—Venía hacia aquí con mi señora.

ALBANIA.—Sin embargo, no está aquí.

MENSAJERO.—No, mi buen señor; acabo de encontrarle de regreso.

ALBANIA.—¿Sabe la iniquidad?

MENSAJERO.—Sí, mi buen señor. Fué él quien denunció a su padre, abandonando luego la casa, a fin de que tuviera más libre curso su castigo.

ALBANIA.— ¡Gloster! Deseo vivir para agradecerte el amor que has demostrado al rey y vengar la pérdida de tus ojos... Ven acá, amigo; cuéntame lo que sepas todavía. *(Salen.)*

ESCENA III

El campamento francés, cerca de Dover

Entran KENT *y un* CABALLERO

KENT.—¿Por qué ha regresado tan repentinamente el rey de Francia? ¿Sabéis la razón?

CABALLERO. — Desde su venida aquí, echó de ver algo imperfecto que dejaba por arreglar en sus estados y que implicaba para el reino tanta amenaza y tal peligro, que fué indispensable y necesario su personal retorno.

KENT. — ¿A quién ha dejado aquí de general?

CABALLERO. — Al mariscal de Francia, monsieur La Far.

KENT. — ¿Provocó vuestra carta en la reina alguna demostración de dolor?

CABALLERO. — Sí, señor; la cogió y la leyó en mi presencia. De cuando en cuando, una gruesa lágrima resbalaba por su delicada mejilla. Dijérase que se esforzaba en ser reina de su pesar, que, muy parecido a un rebelde, trataba de reinar sobre ella.

KENT.— ¡Oh! Se alteraría entonces.

CABALLERO. — No hasta indignarse. La paciencia y la aflicción luchaban a quién la representaría más santamente. Vos habéis visto el sol y la lluvia a un tiempo. Sus sonrisas y sus lágrimas semejaban el mejor mayo. Estas venturosas sonrisillas que jugaban en sus labios maduros no parecían saber qué huéspedes contenían sus ojos; y estos huéspedes se desprendían como perlas que gotearan diamantes. En una palabra: el dolor sería una rareza muy estimada si todos pudiéramos traducirlo así.

KENT.—¿No hizo ninguna manifestación verbal?

CABALLERO.—A fe, una o dos veces exhaló el nombre de «¡Padre!», con palpitación, como si el corazón la oprimiera. Exclama después: «¡Hermanas!... ¡Hermanas!... ¡Oprobio de mujeres!... ¡Hermanas! ¡Kent!... ¡Padre!... ¡Hermanas!... ¡Cómo! ¡En medio de la tempestad! ¡En medio de la noche! ¡Que no se crea ya en la piedad!» Allí sacudió el agua santa que corría de sus ojos celestiales, y, humedecida en exclamaciones, partió entonces a tratar a solas con su dolor.

KENT.—Son las estrellas, las estrellas que están sobre nosotros, las que gobiernan nuestros temperamentos. Si no, una misma pareja no podría engendrar retoños tan diferentes. ¿No habéis vuelto después a hablar con ella?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CABALLERO.—No.

KENT.—Y ¿ocurrió todo eso antes que el rey tornase?

CABALLERO.—No; después.

KENT.—Bien, señor. El pobre y angustiado Lear está en la ciudad. A veces, en sus momentos de lucidez, recuerda las causas que aquí nos han traído, y de ninguna manera quiere acceder a ver a su hija.

CABALLERO.—¿Por qué, buen señor?

KENT.—Una vergüenza suprema le cohibe; su propia dureza, que privó a su hija de su bendición; que la hizo girar hacia las vicisitudes de la suerte en tierras extrañas; que la despojó de sus preciosos derechos para transferirlos a las otras dos hijas de corazón de perro. Estas cosas pican tan venenosamente su alma, que una vergüenza abrasadora le impide acercarse a Cordelia.

CABALLERO.—¡Ay, pobre caballero!

KENT.—¿No habéis oído nada de los ejércitos de Albania y Cornualla?

CABALLERO.—Lo que se dice; que están en pie de guerra.

KENT.—Bien, señor. Voy a llevaros a presencia de nuestro amo Lear, y os dejaré con él para que le guardéis. Cierta razón poderosa me obliga a encubrirme por algún tiempo. Cuando me dé a conocer como quien soy, no os arrepentiréis de haberme concedido esta intimidad. Os lo ruego, venid conmigo. *(Salen.)*

ESCENA IV

El campamento francés.—Enfrente de la tienda de Cordelia

Entran, con tambores y banderas CORDELIA, *un* DOCTOR *y Soldados*

CORDELIA.—¡Ay! Es él. ¡Oh! Se le ha encontrado hace un instante tan loco como el alborotado mar; cantando en voz alta, coronado de exuberante palomilla y balluecas, de bardanas, cicutas, ortigas, cardaminas, joyos y tidas, las hierbas estériles que crecen en nuestro trigo sustentador. Que salga un centenar de soldados y le busque, acre a acre, en el campo cubierto de espigas, y tráigasele a nuestra presencia. *(Sale un* OFICIAL.) ¿Qué puede la ciencia del nombre para el restablecimento de su razón extraviada? El que le cure, que disponga de cuanto nos pertenece.

DOCTOR.—Hay recursos para ello, señora. El gran reparador de la Naturaleza es el reposo, y reposo es lo que más le falta. Para provocarlo tenemos muchos simples activos, de tal virtud, que hasta los ojos del dolor tienen el don de cerrar.

CORDELIA.—¡Vosotros todos, saludables secretos, misteriosas virtudes que la tierra esconde, creced con mi llanto y prestadme vuestro auxilio para aliviar los males de este hombre de bien! Buscadle, buscadle. Pues temo que, en la imposibilidad que está de guiarse, comprometa su vida a impulsos de su desenfrenado furor.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.—Os traigo noticias, señora. Las fuerzas británicas vienen hacia aquí.

CORDELIA.—Lo sabía, y hemos tomado nuestras precauciones para poderlas recibir. ¡Oh amado padre mío! Vago por aquí en interés tuyo. Cediendo a mis ruegos, el poderoso rey de Francia ha sentido compasión de mi quebranto y de mis impacientes lágrimas. No es la orgullosa ambición la que pone las armas en mis manos, sino mi cariño, el gran cariño y el derecho de mi anciano padre. ¡Que pueda pronto verle y oírle! *(Sale.)*

ESCENA V

Salón en el castillo de Gloster

Entran REGANIA *y* OSVALDO

REGANIA.—¿Han salido ya tropas de mi hermano?

OSVALDO.—Sí, señora.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REGANIA.—¿Las manda él en persona?

OSVALDO.—Sí, señora; pero con mucha repugnancia. Vuestra hermana es, de los dos, el mejor soldado.

REGANIA.—Y ¿el señor Edmundo no ha conversado con vuestro amo en su residencia?

OSVALDO.—No, señora.

REGANIA.—¿Qué puede significarle mi hermana en esta carta?

OSVALDO.—Lo ignoro, señora.

REGANIA.—A fe que graves razones debió de tener para irse de aquí tan precipitadamente. Fué una gran falta dejar vivo a Gloster, una vez arrancados los ojos. Allí donde llegue, va a sublevar todos los corazones contra nosotros. Creo que Edmundo, compadecido de su miseria, ha marchado con objeto de arrancarle una vida que no es más que una oscura noche eterna, y al propio tiempo para conocer las fuerzas del enemigo.

OSVALDO.—Conviene que corra yo a su alcance para entregarle esta carta.

REGANIA.—Nuestras tropas saldrán mañana; permanece con nosotros; son peligrosos los caminos.

OSVALDO.—No puedo, señora; mi ama me ha recomendado gran fidelidad en este asunto.

REGANIA.—¿Por qué le ha de escribir a Edmundo? ¿No habríais podido vos transmitirle sus propósitos de palabra? Aquí debe de haber algo... que no me explico. Os agradeceré muchísimo que me dejéis leer esa carta.

OSVALDO.—Señora, antes querría...

REGANIA.—Sé que tu señora no ama a su esposo; estoy segura. Cuando últimamente estuvo aquí, le sorprendí haciéndole guiños expresivos con los ojos al noble Edmundo. Ya sé que gozas su privanza.

OSVALDO.—¿Yo, señora...?

REGANIA.—Bien sé lo que me digo; eres su confidente. Pero he de hacerte una útil advertencia. Mi esposo ha muerto; Edmundo y yo hemos hablado. Más lógico es que sea para mí mano que para la de vuestra señora; ya puedes colegir lo demás. Si le encontráis, dadle esto de mi parte, os lo ruego. Y a vuestra ama, cuando sepa por vos este asunto, invitadla, por favor, a que obre con más cordura. Así, pues, me despido de vos. Si por ventura tenéis noticias de ese traidor ciego, sabed que al que lo mate le espera buena recompensa.

OSVALDO.—Desearía poderlo encontrar, señora. Os demostraría qué partido sigo.

REGANIA.—Quedad con Dios. *(Salen.)*

ESCENA VI

Cerca de Dover

Entran GLOSTER *y* EDGARDO, *vestido de aldeano*

GLOSTER.—¿Cuándo llegaremos a la cima de este monte?

EDGARDO.—Ahora la subís. Notad el esfuerzo que nos cuesta.

GLOSTER.—Me parece que el terreno es llano.

EDGARDO.—Tremendamente escarpado. Escuchad: ¿no oís los rugidos del mar?

GLOSTER.—No, en verdad.

EDGARDO. — ¡Oh! Con la tortura de vuestros ojos, sin duda se han debilitado los otros sentidos.

GLOSTER.—Podría ser, realmente. Dijera que tu voz ha cambiado y que hablas con mejores términos y más sensatez que antes.

EDGARDO.—Estáis en un error. En nada he cambiado sino en la vestidura.

GLOSTER.—Me parece que hablas mucho mejor.

EDGARDO.—Venid, señor; aquí está la cima. Estaos quieto. ¡Qué escalofríos da dirigir la vista hacia allá abajo! Los cuervos y las chovas que vuelan por el espacio intermedio apenas aparecen mayores que escarabajos. En medio del precipicio, suspendido en el espacio, veo a un hombre que coge hinojo marino; ¡pavorosa faena! Dijera que no es más

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

grueso que su cabeza. A los pescadores que recorren la playa se los tomaría por ratoncillos. Más lejos, un gran navío anclado parece tener el tamaño de su chalupa, y ésta es como una boya, que apenas se distingue. No logran oirse desde esta altura los murmullos de las olas que van a romperse sobre las innumerables peñas movedizas de la costa; no puedo mirar más desde tan alto. Temo que la cabeza se me vaya y que, perdida la vista, caiga en el abismo.

GLOSTER.—Colocadme en el sitio en que estáis.

EDGARDO.—Dadme la mano; ahora estáis a un pie del borde del extremo. Por todo lo que hay bajo la luna, no daría un salto desde aquí.

GLOSTER.—Suéltame la mano. He aquí, amigo mío, otra bolsa; dentro hay una joya que vale la pena de que un pobre la acepte; los genios y los dioses hagan que sea un talismán para ti. Hazte un poco más allá. Aléjate de mí, dime adiós, y que te oiga marchar.

EDGARDO.—Pues que os vaya bien, señor.

GLOSTER.—Con todo mi corazón.

EDGARDO. — *(Aparte.)* Así engaño su desesperación, sólo para curarle.

GLOSTER. — *(Arrodillándose.)* ¡Oh vosotros, dioses poderosos! Renuncio a este mundo y en vuestra presencia me decido a sacudir el pesado fardo de mi aflicción; si me fuese posible soportarlo por más tiempo, no me pondría en contra de vuestra voluntad omnipotente y dejaría que se consumiera hasta el fin este miserable pabilo de mi aborrecible vida. ¡Si Edgardo vive, ¡oh!, bendecidle! Ahora me separo de ti, amigo.

EDGARDO.—Me voy, señor. Adiós. (GLOSTER *salta y cae a tierra tendido.)* Y, sin embargo, no sé si la imaginación puede robar un tesoro de la vida, cuando la misma vida le quiere hurtar. Si se hubiese hallado donde él pensaba, su pensamiento habría acabado ya. ¿Está vivo o muerto? —¡Eh! ¡Señor! ¡Amigo! ¿Me oís? ¡Hablad! *(Aparte.)* Realmente, así podía morir; pero revive. ¿Cómo estáis, señor?

GLOSTER.—¡Fuera! ¡Dejadme morir!

EDGARDO.—Si hubieras sido de hilos de araña, de plumas o de aire, de cualquier otra cosa que no de lo que eres, no habrías podido caer de tal altura sin estrellarte en mil partículas como un huevo. ¡Pero respiras; tu sustancia es pesada, no sangras, hablas, estás ileso! ¡Diez mástiles, atado uno al cabo del otro, no alcanzarían la altura de donde has caído verticalmente; tu vida es un milagro. Vuelve a hablar.

GLOSTER.—Pero ¿he caído o no?

EDGARDO.—Desde la espantosa cima de ese picacho gredoso. Alzad la vista; la alondra de agudo canto no se puede vislumbrar desde tan gran distancia. Mirad siquiera.

GLOSTER.—¡Ay! No tengo ojos. ¿Está prohibido a la desgracia el beneficio de poner fin con la muerte a sus males? Aún es un consuelo para la miseria poder burlar la furia de un tirano y frustrar su orgullosa voluntad.

EDGARDO.—Dadme el brazo; arriba, así. ¿Cómo estáis de las piernas? ¿Podéis soteneros en pie?

GLOSTER.—Demasiado bien; demasiado bien.

EDGARDO.—Está por encima de lo más extraño. ¿Quién era aquel que se despidió de vos cuando caísteis desde la corona del acantilado?

GLOSTER.—Un pobre y desdichado mendigo.

EDGARDO.—Desde aquí me parecieron sus ojos dos lunas llenas; tenía un millar de narices y unos cuernos retorcidos (1) y ondulados como la mar rizada. Era algún demonio. Por eso, afortunado anciano, piensa que los clarísimos dioses, cuyas glorias consisten en reali-

(1) *Whelk'd*, en el texto. *Wrigth (Clarendon Press edition)* explana *swollen, as if with whelks.* Nosotros vertemos según el parecer de Malone, como si la lección fuera *twisted, convolved* (retorcidos, arrollados).

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

zar lo imposible, han preservado tus días milagrosamente.

GLOSTER.—Ahora recuerdo. De aquí en adelante soportaré la desgracia, hasta que ella misma exclame: «¡Basta, basta!», y muera. Aquel de quien me hablas lo tomé yo por un hombre; pero a menudo decía: «¡El diablo, el diablo!» El fué quien me llevó a aquella roca.

EDGARDO.—Albergad generosos y resignados pensamientos.

Entra LEAR, *coronado fantásticamente de flores silvestres*

Pero ¿quién viene? Nadie con sus sentidos cabales equipararía así a su señor.

LEAR.—No; nadie puede condenarme por acuñador. Yo soy el mismo rey.

EDGARDO.—¡Desgarradora visión!

LEAR.—El arte está en esto, por encima de la Naturaleza. Aquí tienes tu paga y señal. Este muchacho maneja el arco como un espantacuervos. ¡Tira una saeta de las de yarda! ¡Mirad, mirad un ratoncillo!... Quietos, quietos; con este trocito de queso podremos agarrarlo. Aquí está mi manopla; la arrojaré contra un gigante. Traed chuzos oscuros. ¡Oh, bravo vuelo, halcón! ¡Huchoho! ¡En el blanco, en el blanco! Dad el santo y seña.

EDGARDO.—¡Dulce almoraduj!

LEAR.—Pasa.

GLOSTER.—Yo conozco esta voz.

LEAR.—¡Ah Gonerila! ¡Ah Regania! ¿Con una barba blanca? Y me hablaban como a un perro y me decían que tenía cabellos blancos en la barba, antes de haber tenido pelo negro. ¡Decir *sí* o *no* a todo cuanto les decía! *Sí* y *no*, por otro lado, no eran buena teología. Cuando me empapó una vez la lluvia, y el trueno me hizo tiritar, y el trueno no quiso callar cuando se lo mandaba; entonces los conocí, entonces los saqué por la pista. ¡Quita allá! No son hombres de palabra. Me decían que yo era todo. ¡Mentira! ¡No estoy a prueba de calentura intermitente! Me decían que yo era todo para ellas; no tienen palabra sus hombres. ¡La fiebre es más fuerte que yo!

GLOSTER.—El timbre de esa voz me es bien conocido. ¿No es el rey?

LEAR.—Sí; en cada pulsación soy rey. Cuando frunzo el ceño, ved cómo tiemblan mis vasallos. Perdono la vida a ese hombre. ¿Qué delito es el tuyo? ¿Adulterio? No debes morir. ¿Morir por adulterio? No; eso lo hace hasta el pajarillo llamado reyezuelo, y la mosquita de doradas alas se entrega a la lujuria ante mi vista. ¡Que prospere la cópula! El hijo bastardo de Gloster ha sido más benévolo con su padre que conmigo mis hijas, engendradas entre sábanas legales. ¡A ello! ¡Lujuria, promiscuamente, a trabajar! Me faltan soldados. Contemplad a esa dama, de simple sonrisa, cuyo bondadoso rostro hace pensar que tiene nieve entre los muslos; es una virtud de melindres, que baja la cabeza al oír la palabra placer. Ni el verso ni el potranco puesto al verde se entregan a más desenfrenados apetitos. Aunque de la cintura arriba son mujeres, de la cintura abajo son centauros; los dioses sólo reinan en ellas de la cabeza al talle; de él para abajo pertenecen al demonio; allí está el infierno, las tinieblas, el pozo sulfúrico, el incendio, la escaldadura, el hedor, la consunción. ¡Asco, asco, asco! ¡Puah! Dame una onza de almizcle, buen boticario, para perfumar mi imaginación; aquí hay dinero para ti.

GLOSTER. — ¡Oh, dejadme besar esa mano!

LEAR. — Permitidme enjugarla primero; tiene tufo de mortalidad.

GLOSTER. — ¡Oh fragmento arruinado de la Naturaleza! Y así este vasto universo se ha de reducir a la nada. ¿Me conoces?

LEAR.—Me acuerdo mucho de tus ojos. ¿Es que me miras al soslayo? No, ciego Cupido; aunque hagas cuanto quieras y sepas, yo no volveré a amar. Lee este

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cartel de desafío; mira tan sólo cómo está redactado.

GLOSTER.—Aunque fuesen soles todas las letras, no las podría ver.

EDGARDO.—*(Aparte.)* Si me lo hubiesen contado, no lo creería; pero es verdad, y el corazón se me hace trizas.

LEAR.—Lee.

GLOSTER.—¡Cómo! ¿Con las cuencas de los ojos?

LEAR.—¡Oh! ¡Oh! ¿Qué quieres decir? ¿Sin ojos en la cara y sin dinero en la bolsa? Tan grave es la situación de tus ojos como ligero tu bolsillo. Sin embargo, verás cómo marcha el mundo.

GLOSTER.—Lo veo sintiéndolo.

LEAR.—¿Estás loco? Se puede ver cómo va el mundo sin tener ojos. Mira con las orejas. Ve allí cómo un juez injuria a aquel ladrón sincero. Presta el oído. Cámbialos de sitio por arte de birlibirloque. ¿Quién es el juez? ¿Quién es el ladrón? ¿No has visto al can de una granja ladrar a un mendigo?

GLOSTER.—Sí, señor.

LEAR.—¿Y correr la criatura huyendo del gozquecillo? Ahí puedes contemplar la gran imagen de la autoridad: un dogo que es obedecido cuando ejerce su ministerio. ¡Bellaco, esbirro, detén tu mano ensangrentada! ¿Por qué azotas a esa puta? Desnuda tu propia espalda, ya que ardes en deseos de cometer con la moza el delito por que la castigas. El usurero hace prender al ratero; los vicios pequeños se ven a través de los andrajos; pero la púrpura y el armiño lo ocultan todo. Cubre con planchas de oro el crimen, y la terrible lanza de la Justicia se romperá impotente ante él; ármalo con harapos, y, para pasarlo de parte a parte, bastará una paja en manos de un pigmeo. No hay nadie pecador; ni uno solo, ¿lo entiendes? Yo los observaré a todos. Escucha, amigo mío: te lo digo yo, que tengo el poder de cerrar la boca del acusador. Ponte anteojos, y, como un politicastro rastrero, aparenta ver lo que no ves. Vamos, vamos, vamos. Quítate las botas. Más fuerte, más fuerte. Ya está.

EDGARDO.—¡Oh mezcla de buen sentido y de absurdo! ¡Tanta razón en medio de la locura!

LEAR.—Si quieres llorar mis infortunios tómame los ojos; te conozco muy bien. Te llamas Gloster; resígnate. Hemos venido al mundo llorando; nuestra entrada en la vida la hacemos entre sollozos y lágrimas (1). Voy a predicarte, escúchame bien.

GLOSTER.—¡Ay, ay, día funesto!

LEAR.—Apenas hemos nacido, cuando ya lloramos por el desconsuelo que sentimos de haber entrado en este vasto teatro de locos. ¡He aquí un buen sombrero! Soberbia cosa sería herrar los caballos de un escuadrón con fieltro; o probaré, y luego, cuando me haya deslizado así hasta esos yermos, entonces, ¡mata, mata, mata, mata, mata, mata, mata!

Entra un OFICIAL, *seguido de varios Soldados*

OFICIAL.—¡Oh! Allí está; apoderaos de él. *(A* LEAR.) Señor, vuestra muy amada hija...

LEAR.—¿Sin rescate? ¡Cómo! ¿Prisionero yo? Soy, en efecto, el juguete natural de la Fortuna. Tratadme bien; os pagaré el rescate. Que me manden cirujanos; tengo enfermo el cerebro.

OFICIAL.—Todo se os concederá.

LEAR.—Pero ¿nadie me secunda? ¿Me dejan solo? Hay causa para que un hombre se convierta en sal, haga de sus ojos regaderas de jardín y siente el polvo del otoño.

OFICIAL.—Señor...

LEAR.—Sabré morir alegre como un esposo ataviado para las bodas. Sí, quiero ser jovial. Vamos, vamos, soy el rey, ¿lo sabéis, señores míos?

(1) Literalmente: «Sabes que la primera cosa que hacemos al sentir el aire es lloriquear y gemir.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

OFICIAL.—Sois un gran rey, y estamos a vuestras órdenes.

LEAR.—Os advierto que este rey tiene piernas; y si queréis cogerle, ¡pardiez!, es preciso que corráis tras él. ¡Así, así, así, así! *(Sale corriendo. Los Soldados le siguen.)*

OFICIAL.—Este espectáculo, lamentable hasta el exceso, inspiraría piedad aun en el más desdichado. En un rey no hay palabras que lo describan. Afortunadamente, tienes una hija que salva a la Humanidad del oprobio que las otras dos han hecho caer sobre ella.

EDGARDO.—Salud, noble señor.

OFICIAL.—Dios os guarde. ¿Qué me queréis?

EDGARDO.—¿Habéis oído decir algo sobre una batalla que se apresta, señor?

OFICIAL.—Nada más cierto y vulgar. Todo el mundo capaz de distinguir un sonido ha oído hablar de ella.

EDGARDO.—¿Sabéis a qué distancia se halla el ejército enemigo? Por favor.

OFICIAL.—Muy cerca, y viene hacia aquí a marchas forzadas. Se espera de un momento a otro el grueso de las tropas.

EDGARDO. — Gracias, señor. Eso era todo.

OFICIAL. — Aunque asuntos especiales retienen aquí a la reina, su ejército también está en marcha. *(Sale el* OFICIAL.)

EDGARDO.—Gracias, señor.

GLOSTER.—En adelante, dioses poderosos, disponed de mi vida. No dejéis que el espíritu maligno me vuelva a incitar a morir antes de lo que os plazca.

EDGARDO.—Bien rogado, padre (1).

GLOSTER.—¡Cómo!... Buen caballero, ¿quién sois vos?

EDGARDO.—Un hombre muy pobre a quien han hecho manso los reveses de la fortuna; que por parte de las propias aflicciones, conocidas y experimentadas, aprendió a *compadecer* las ajenas. Dadme la mano y os conduciré a algún refugio.

GLOSTER.—Mis mercedes cordiales, con la liberalidad y la bendición del Cielo por ende y por ende.

Entra OSVALDO

OSVALDO.—¡Esta es la presa pregonada! ¡Qué suerte! Tu cabeza, despojada de los ojos, fué en principio revestida de carne para labrar mi fortuna. —Viejo traidor, haz pronto examen de conciencia; la espada que te ha de destruir, fuera está de su vaina.

GLOSTER.—*Pues* que tu mano amiga tenga fuerza bastante para ello. (EDGARDO *se interpone entre ambos.)*

OSVALDO. — ¡Cómo! Atrevido labriego, ¿osas defender a un traidor, proclamado como tal? Aléjate si no quieres que el contagio de su mala fortuna te alcance a ti también. ¡Suelta su brazo!

EDGARDO. — No lo soltaré, señor, sin que medien mejores razones (1).

OSVALDO.—¡Suéltale, miserable, o morirás!

EDGARDO. — Buen caballero, seguid vuestro camino y dejad a esta pobre criatura que siga el suyo. Si para quitarme la vida bastasen las baladronadas de cualquier fanfarrón, hace ya más de quince días que la hubiera perdido. Así, no os acerquéis a este anciano; guardaos bien; si no, os probaré que es más duro mi cayado que vuestra mollera. Ya veis si os soy franco.

OSVALDO.—¡Atrás, sucio!

EDGARDO.—Voy a desdentaros, caballero. Llegad; poco me importan vuestras estocadas. *(Luchan, y* EDGARDO *tira en tierra de un garrotazo a* OSVALDO.)

OSVALDO.—¡Miserable, me has matado! ¡Villano, toma mi bolsa! Si quieres

(1) La palabra *father* no tiene aquí otro sentido que el de «anciano», «abuelo»; es decir, el tratamiento que se da a las personas de edad avanzada. Edgardo no se descubre todavía a su padre.

(1) Desde aquí hasta la muerte de Osvaldo, Edgardo finge, para no ser conocido, el lenguaje rústico de los aldeanos del condado de Somerset, haciendo z de la *s*, *v* de la *w*, etcétera, imposible de reproducir.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

prosperar, dame sepultura y entrega a Edmundo, conde de Gloster, la carta que hallarás sobre mí. Lo encontrarás en el campamento bretón. ¡Oh intempestiva muerte! ¡Oh muerte! *(Muere.)*

EDGARDO.—Te conozco bien, malvado oficioso. Tan unido a los vicios de tu ama como la perversidad lo pudiera desear.

GLOSTER.—¡Cómo! ¿Ha muerto?

EDGARDO. — Sentaos, padre, reposad. Veamos estos bolsillos. Espero sacar partido de la carta de que ha hablado. Ha muerto, y sólo lamento que no le haya ejecutado el verdugo. A ver: con tu licencia, cera gentil; cortesanía, no me censures. Para conocer el espíritu de nuestros enemigos, les arrancaríamos el corazón; arrebatarles los papeles es más leal. *(Lee.)* «Acordaos de nuestros compromisos mutuos; tenéis mil medios para hacerle desaparecer; si no os falta la voluntad, tiempo y sitio adecuados se os presentarán en abundancia. Si él vuelve vencedor, todo se habrá perdido; entonces yo seré su prisionera, y su lecho será mi cárcel. Apresuraos a librarme de su execrable calor, y venid a ocupar su puesto por vuestro trabajo. Vuestra (mujer quisiera poder decir) rendida servidora, *Gonerila.*» ¡Oh mar insondable de los deseos de la mujer! Una conspiración fraguada contra la vida de su virtuoso esposo para sustituirlo con mi hermano. Voy a enterrarle aquí en la arena, abominable emisario de asesinos lujuriosos. Yo sabré, en tiempo y lugar oportunos presentar tan culpable papel al duque, cuya pérdida se trama. Bueno será para él que pueda enterarle de tu mensaje y de tu muerte.

GLOSTER.—El rey se ha vuelto loco, y preciso es que mi vil razón sea coriácea cuando ha conservado su firmeza ante el conocimiento de mis desmedidos dolores. Más valiera estar loco; entonces olvidaría mis sufrimientos. Una imaginación extraviada nos hace inconscientes ante nuestros males. *(Suena un tambor en la lejanía.)*

EDGARDO.—Dadme la mano; creo oír lejos el redoble de los tambores. Venid, padre; os pondré bajo el cuidado de un amigo. *(Salen.)*

ESCENA VII

Una tienda en el campamento francés

Entran CORDELIA, KENT, *el* DOCTOR *y un* CABALLERO

CORDELIA.—¡Oh tú, buen Kent! ¿Cómo podré vivir y trabajar para corresponder a tus bondades? Mi vida será demasiado corta, y, para tu recompensa, toda medida escasa.

KENT. — Verse reconocido, señora, es estar pagado con usura. Todas mis nuevas marchan de acuerdo con la pura verdad; ni añadidas ni cortadas, sino tal como son.

CORDELIA. — Vestíos mejor. Esa ropa trae recuerdos de aquellas malas horas. Quitáoslas, os lo ruego.

KENT. — Perdonadme, querida señora; ser reconocido ahora mutilaría mi plan. La única merced que os pido es que finjáis ignorar quién soy, hasta que el tiempo y yo lo juzguemos conveniente.

CORDELIA.—En ese caso, sea así, mi buen señor. ¿Cómo está el rey?

DOCTOR.—Señora, aún está durmiendo.

CORDELIA.—¡Dioses clementes, reparad la inmensa brecha que ha recibido su naturaleza ultrajada! ¡Oh, restableced la armonía en los sentidos desordenados y delirantes de este padre convertido en niño!

DOCTOR.—Si le place a Vuestra Majestad, podemos despertar al rey. Ha dormido mucho.

CORDELIA. — Regíos por vuestro saber, y proceded según los impulsos de vuestra propia voluntad. ¿Está vestido?

Entra LEAR, *en una silla llevada por Servidores*

CABALLERO.—Sí, señora; durante su pe-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sado sueño le hemos puesto nuevos vestidos.

DOCTOR.—Hallaos presente, buena señora, cuando le despertemos. No dudo que ha de estar tranquilo.

CORDELIA.—Muy bien. *(Música.)*

DOCTOR.—Acercaos si os place. Suene más fuerte la música.

CORDELIA.—¡Oh mi querido padre! Curación, posa tu medicina en mis labios, y que este beso repare esos ultrajes violentos que a tu reverencia han causado mis dos hermanas.

KENT.—¡Adorable y queridísima princesa!

CORDELIA.—Aunque no hubiese sido su padre, estos blancos cabellos debieron reclamar su amor. ¿Se hizo este rostro para ser expuesto al furor del viento, al horrísono estampido del trueno, al tremendo rayo, a las descargas rápidas y terribles del relámpago vivo y zigzagueante, sin otra protección (¡pobre abandonado!) que ese ligero yelmo para soportar la tempestad? En una noche como ésa, aunque me hubiera mordido el perro de mi adversario, lo habría dejado cobijarse en mi hogar. Y tú, anciano padre mío, tuviste que buscar un albergue en una mala choza, entre la paja quebrada y podrida, confundido con los cerdos y los infelices sin asilo. ¡Ay de mí! ¡Ay! Maravilla es que no perdieses la vida al par que la razón. Se despierta; habladle.

DOCTOR.—Hacedlo vos, señora; es más conveniente.

CORDELIA.—¿Cómo está, mi real señor? ¿Cómo se encuentra Vuestra Majestad?

LEAR.—Habéis hecho mal en arrancarme de la tumba. Tú eres un alma en la bienaventuranza; pero yo estoy atado a una rueda de fuego, y mis propias lágrimas me escaldan como plomo fundido.

CORDELIA.—¿Me conocéis, señor?

LEAR.—Sois un espíritu, lo sé. ¿Cuándo moristeis?

CORDELIA.—¡Todavía, todavía lejos de la realidad!

DOCTOR.—Apenas si va despertando; dejadle tranquilo un momento.

LEAR.—¿Dónde estuve? ¿Dónde estoy? ¿La bella luz del día? Estoy en una gran confusión; moriría de lástima que me produjese ver a otro como yo me hallo. No sé qué decir. No juraría que sean éstas mis manos. Veamos: siento el pinchazo de esta aguja. Quisiera darme cuenta de mi situación.

CORDELIA.—¡Oh! ¡Miradme, señor!... Extended sobre mí las manos para bendecirme... ¡No, señor, no sois vos quien debe arrodillarse!

LEAR.—Os ruego que no os burléis de mí. Soy un pobre, débil anciano, que tiene los ochenta años (ni una hora más ni menos), y que, para hablaros con franqueza, teme haber perdido el juicio. Me parece que os conozco; y que conozco a este hombre; pero estoy confuso, pues ignoro en absoluto en qué lugar estoy, y por más que recorro mi memoria, no recuerdo haber traído puestos estos vestidos, ni dónde he pasado la última noche. Vais a reíros de mí; pero, tan cierto como soy hombre, creo que esta dama es mi hija Cordelia.

CORDELIA.—Lo soy; lo soy.

LEAR.—¿Están húmedas vuestras lágrimas? Sí, a fe. ¡Por favor, no lloréis! Si tenéis un veneno para mí, me lo beberé. Yo sé que no me amáis; vuestras hermanas (lo recuerdo bien) me han hecho ultraje; vos tenéis alguna razón; ellas no tienen ninguna.

CORDELIA.—Ninguna, ninguna razón.

LEAR.—¿Estoy en Francia?

KENT.—En vuestro propio reino, señor.

LEAR.—No me engañéis.

DOCTOR.—Renazca la esperanza, buena señora; la gran excitación, ya lo veis, se ha calmado; pero no sería prudente traer a su memoria los recuerdos del pasado. Invitadle a que vaya adentro, y no le habléis hasta que su cabeza esté más firme.

CORDELIA.—¿Placería a Vuestra Alteza pasear?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LEAR.—Debéis ser indulgente conmigo. Olvidad y perdonad, os lo ruego ahora; soy viejo y estoy loco. *(Salen todos, menos* KENT *y el* CABALLERO.)

CABALLERO.—¿Es cierto, señor, que ha sido muerto de esa manera el duque de Cornualla?

KENT.—Bien cierto, señor.

CABALLERO.—¿Quién conduce sus gentes?

KENT.—Según dicen, el hijo bastardo de Gloster.

CABALLERO. — Dicen también que su desterrado hijo Edgardo se halla en Germania con el conde de Kent.

KENT.—Distintas son las versiones. Es tiempo de tomar nuestras medidas. Las tropas del reino se acercan a marchas forzadas.

CABALLERO.—Es probable que la batalla decisiva sea muy sangrienta. Que os vaya bien, señor. *(Sale.)*

KENT.—Mi proyecto y mis tentativas tendrán total cumplimiento, en bien o en mal, según el resultado de esta batalla. *(Sale.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

El campamento inglés, cerca de Dover

Entran, con tambores y banderas, EDMUNDO, REGANIA, *Oficiales, Soldados y otros*

EDMUNDO.—Id a inquirir del duque si se mantiene firme en sus últimos propósitos, o si alguien le ha aconsejado cambiar de plan. Está lleno de vacilaciones y de escrúpulos. Traednos su resolución definitiva. *(A un Oficial, que sale.)*

REGANIA.—El enviado de nuestra hermana se ha descarriado, sin duda.

EDMUNDO.—Es de temer, señora.

REGANIA.—Ahora, amable señor, ya conocéis las buenas intenciones que me animan para con vos. Pero, francamente... Decidmelo sin rodeos: ¿amáis a mi hermana?

EDMUNDO.—Con afecto honrado, nada más.

REGANIA.—¿Y nunca habéis seguido la senda de mi cuñado para introduciros en el lugar de veda?

EDMUNDO.—Pensáis sobrado maliciosamente.

REGANIA.—Dudo que no haya mediado entre vosotros una gran intimidad y afecto, al extremo de que podamos llamaros suyo.

EDMUNDO.—No, señora; por mi honor.

REGANIA. — No lo soportaría jamás. Querido amigo, mostraos menos familiar con ella.

EDMUNDO.—No temáis nada por mi parte... ¡Ella y el duque, su esposo!

Entran, con tambores y banderas, el DUQUE DE ALBANIA, GONERILA *y Saldados*

GONERILA. — *(Aparte.)* Mejor quisiera perder la batalla, que sufrir que mi hermana afloje los lazos que me unen a él.

ALBANIA.—Queridísima hermana nuestra, bien hallada. Señor, he sabido que el rey está al lado de su hija, con otras personas que el rigor de nuestro gobierno ha constreñido a quejarse fuera. Yo nunca pude mostrarme valeroso allá donde no me consideré honrado, y si tomé las armas fué porque Francia invadió nuestro suelo, no para oponerme al rey y a otros, cuya causa considero justa y grave en contra nuestra.

EDMUNDO. — Señor, noblemente habéis hablado.

REGANIA.—¿A qué viene razonar sobre esto?

GONERILA.—Reunámonos contra el co-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mún enemigo; pues no se trata ahora de dirimir reyertas familiares e íntimas.

ALBANIA. — Vamos, pues, a concretar nuestro plan, aconsejados por los más veteranos en la guerra.

EDMUNDO.—Iré al punto a reunirme con vos en vuestra tienda.

REGANIA. — Hermana, ¿venís con nosotros?

GONERILA.—No.

REGANIA.—Es muy conveniente; venid, os lo ruego.

GONERILA. — ¡Ah, ya! *(Aparte.)* Tengo la clave del enigma. *(Alto.)* Iré. *(Se disponen a salir.)*

Entra EDGARDO, *disfrazado*

EDGARDO. — Si nunca Vuestra Gracia conversó con un hombre tan pobre, dignaos oírme una palabra.

ALBANIA. — *(A* EDMUNDO.) En seguida seré con vos. *(A* EDGARDO.) Hablad. *(Salen* EDMUNDO, REGANIA, GONERILA, *Oficiales, Soldados y acompañamiento.)*

EDGARDO.—Antes de librar la batalla, abrid esa carta. Si obtenéis la victoria, haced sonar la trompeta para llamar a quien os la ha traido, pues por miserable que yo parezca, puedo hacer salir de mí un campeón que pruebe lo que aquí se dice. Si resultáis vencido, todo acabó con vos en el mundo, y no tendrán objeto las maquinaciones que contra vos tramaron. ¡Que la fortuna os guíe!

ALBANIA.—Permaneced aquí hasta que haya leído la carta.

EDGARDO. — Me está prohibido. Cuando llegue la ocasión oportuna, que el heraldo no haga sino llamarme, y me veréis aparecer de nuevo.

ALBANIA. — En ese caso, que te vaya bien. Yo leeré la carta. *(Sale* EDGARDO.)

Vuelve a entrar EDMUNDO

EDMUNDO.—El enemigo está a la vista; ordenad vuestras tropas. He aquí el estado aproximado de sus verdaderos recursos y fuerzas, sorprendido por hábiles espías. Pero la situación reclama que obréis con toda premura.

ALBANIA.—Haré frente a los acontecimientos. *(Sale.)*

EDMUNDO.—He jurado amar a las dos hermanas. Ahora desconfían una de la otra y se odian como a la víbora que nos ha picado. ¿Cuál de ellas tomaré? ¿Entramoas? ¿Una sola? ¿O ninguna? De ninguna podré gozar viviendo ambas. Si me decido por la viuda, se exasperará, se volverá loca su hermana Gonerila, y difícilmente ganaré la baza mientras el esposo viva. Así, pues, me aprovecharé de su valía en la batalla, y luego, si su mujer quiere deshacerse de él, que busque el medio de despacharlo pronto. En cuanto a la clemencia que siente por Lear y Cordelia, una vez terminada la batalla y ellos en nuestro poder, no conocerán jamás su perdón. Mi interés no está en hacer cábalas, sino en defenderme. *(Sale.)*

ESCENA II

Campo entre los dos campamentos

Fragores dentro. Entran, con tambores y banderas, LEAR, CORDELIA *y Soldados, que atraviesan la escena y salen*

Entran EDGARDO *y* GLOSTER

EDGARDO. — Padre, sentaos a la sombra de este árbol, como lugar hospitalario; rogad por que triunfe la Justicia. Si alguna vez retorno, será para traeros consuelo.

GLOSTER.—El favor divino os acompañe, señor. *(Sale* EDGARDO.)

Fragores; después, retirada dentro. Vuelve a entrar EDGARDO

EDGARDO.—¡Huyamos, anciano! ¡Dadme la mano y huyamos! El rey Lear ha sido vencido. El y su hija están pri-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sioneros. Dadme la mano; venid conmigo.

GLOSTER. — No vayamos tan lejos, señor. Aquí también puede pudrirse un hombre.

EDGARDO.—¡Cómo! ¿Volvéis a vuestros malos pensamientos? El hombre debe salir de este mundo como entró; todo consiste en estar preparado. Venid.

GLOSTER. — También es verdad eso. *(Salen.)*

ESCENA III

El campamento británico, cerca de Dover

Entran triunfalmente EDMUNDO, *con tambores y banderas, seguido de un* CAPITÁN *y Soldados, llevando prisioneros a* LEAR *y a* CORDELIA

EDMUNDO. — Que se los lleven unos cuantos oficiales y los guarden cuidadosamente hasta que sea conocido el dictamen de los altos personajes que los han de juzgar.

CORDELIA.—No somos los primeros que con la mejor intención hemos dado en lo peor. Por ti, rey oprimido, por ti me aflijo, pues de otro modo yo sola sabría encararme con el falso descaro de la Fortuna. ¿Es que no veremos a esas hijas ni a esas hermanas?

LEAR.—No, no, no, no. Ven, vamos a la prisión; los dos solos cantaremos como pajarillos en su jaula. Cuando tú me pidas la bendición, yo me pondré de rodillas y te rogaré que me perdones. Pasaremos el tiempo orando, cantando y refiriendo antiguas leyendas; reiremos contemplando las doradas mariposas y oiremos a los necios cómo cuentan nuevas de la Corte; y también nosotros hablaremos con ellos, sabremos quién pierde y quién gana, quién es el favorito y quiénes caen en desgracia; y tomaremos sobre nosotros el misterio de las cosas, como si fuésemos espías de los dioses. Y en nuestra amurallada prisión veremos sucederse las confederaciones y banderías de los grandes, que están sujetos al flujo y reflujo, como los mares.

EDMUNDO.—Llevádoslos.

LEAR.—Por encima de tales sacrificios, Cordelia mía, los mismos dioses elevan su incienso. ¿No te encontré? Aquel que quiera separarnos habrá de traer una tea celeste y expelerlos de aquí ahumándonos, como se hace con los zorros. Seca tus ojos; las pestilencias devorarán a esas gentes, carne y piel, antes que logren hacernos llorar; primero los veremos perecer de hambre. Ven. *(Salen* CORDELIA *y* LEAR, *escoltados.)*

EDMUNDO.—Acércate capitán; oye. Toma este escrito; ve, y síguelos a la prisión. Te he ascendido un grado; si obras conforme a estas instrucciones, te abres el camino de una brillante fortuna; ya sabes que los hombres los hace la ocasión; tener un alma tierna no conviene al que lleva una espada. La importancia del empleo no admite deliberaciones; o aseguras que ejecutarás lo que te mando, o busca la fortuna por otros medios.

CAPITÁN.—Lo ejecutaré, milord.

EDMUNDO.—A ello, pues, y considérate hombre feliz cuando lo hayas cumplido. Ten en cuenta la advertencia; digo que lo lleves a efecto sin dilación, tal como lo he anotado.

CAPITÁN.—No puedo tirar de un carro, ni comer avena seca; pero si es cosa que pueda hacerla un hombre, la haré. *(Sale el* CAPITÁN.)

Trompetería. Entran el DUQUE DE ALBANIA, GONERILA, REGANIA, *Oficiales y Soldados*

ALBANIA. — Señor, habéis demostrado hoy vuestro noble linaje, y os ha guiado bien la fortuna; habéis hecho prisioneros a los que eran nuestros contrarios en la lucha de esta jornada. Pido que se me entreguen para tratarlos como sus méritos y nuestra seguridad por igual determinan.

EDMUNDO.—Señor, creí conveniente enviar a una prisión, con guarda apropiada, al anciano y desdichado monarca.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Su edad, y más aún su título de rey, tienen muchos sortilegios para atraerse el favor popular y hacer que nuestras lanzas mercenarias se vuelvan contra nosotros, que los mandamos. He enviado a la reina con él; la razón es la misma; están a punto para poder comparecer mañana u otro día cualquiera al lugar donde celebréis vuestro consejo. En estos momentos estamos cansados y cubiertos de polvo y sangre; el amigo ha perdido al amigo; y en el ardor de un natural sentimiento, la guerra más justa resulta abominable por aquellos que sienten el dardo de sus golpes. No es lugar adecuado éste para deliberar sobre la suerte de Cordelia y su padre.

ALBANIA.—Señor, con vuestro permiso habéis de saber que en esta guerra os tengo por un vasallo más, y no por un hermano.

REGANIA.—Dependerá del grado de favor que yo quiera concederle. Me parece que debíais habernos p e d i d o nuestro consejo antes de llevar tan lejos vuestras palabras. El guió nuestros ejércitos, con la autoridad de mi cargo y mi persona; su soberanía puede tenérselas tiesas con vos, y él mismo llamarse herma no vuestro.

GONERILA.—No os acaloréis, pues con sus propios honores se exalta mil veces más que con vuestro título.

REGANIA.—Investido con mis poderes, puede considerarse a la par del mejor

GONERILA.—No diríais más si fuese vuestro esposo.

REGANIA.—A veces los burlones resultan profetas.

GONERILA.—¡Hola, hola! Los ojos de quien os ha hecho ver eso guiñaban un tanto.

REGANIA.—Señora, no me siento bien; si no, mi respuesta fluiría llena de odio. *(A* EDMUNDO.) General, tomad mis soldados, mis prisioneros, mi patrimonio; disponed de ellos como de mí; la forta leza es tuya. Sea el mundo testigo de que te nombro aquí mi señor y dueño.

GONERILA.—¿Intentáis poseerle?

ALBANIA.—Esa decisión no depende de vuestra simple voluntad.

EDMUNDO.—Ni de la tuya, señor.

ALBANIA.—¡De la mía, sí, mozuelo de sangre mestiza!

REGANIA.—*(A* EDMUNDO.) Que redoblen los tambores, y pruébale que mis derechos son los tuyos.

ALBANIA.—Esperad aún. ¡Oíd la razón! Edmundo, te arresto por delito de alta traición, junto con esta dorada serpiente. *(Señalando a* GONERILA.) En cuanto a vuestras pretensiones, bella hermana, me opongo a ellas en nombre e interés de mi mujer: está comprometida secretamente con este señor, y yo, su esposo, impugno vuestras amonestaciones. Si os queréis casar, hacedme el amor a mí, que mi señora ya está comprometida.

GONERILA.—¡Qué entremés!

ALBANIA.—Estás armado, Gloster; que suene la trompeta. Si nadie se presenta a sostener contra tu persona tus odiosas traiciones manifiestas y multiplicadas, aquí está mi guante. Juro no probar el pan hasta haber demostrado, atravesándote el corazón, que e r e s todo cuanto acabo de proclamar aquí.

REGANIA.—Me siento enferma. ¡Oh! ¡Muy enferma!

GONERILA.—*(Aparte.)* Si no lo estuvieses, no me fiaría más de los venenos.

EDMUNDO.—Aquí está mi guante como respuesta. El que me llame traidor, sea quien fuere del mundo, miente como un bellaco. Que toque un trompetero: el que tenga la audacia de presentarse, me verá sostener contra él, contra vos (¿contra quién no?), firmemente mi lealtad y mi honor.

Entra un HERALDO

ALBANIA.—¡Un heraldo! ¡Eh!

EDMUNDO.—¡Un heraldo! ¡Eh! ¡Un heraldo!

ALBANIA.—Fía sólo en tu propio valor; pues tus soldados, reclutados en mi nombre, han sido licenciados por orden mía.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REGANIA.—Mi malestar aumenta.

ALBANIA.—No se encuentra bien. Transportadla a mi tienda. *(Se llevan a* REGANIA.) Acércate, heraldo; que suene el clarín, y leed esto en alta voz.

CAPITÁN.—¡Tocad, trompetero! *(Suena una trompeta.)*

HERALDO.—*(Leyendo en alta voz.)* «Si hay en las filas del ejército un hombre de calidad o grado que desee sostener que Edmundo, falso conde de Gloster, es traidor por diversas causas, que se presente a la tercera señal de clarín. El está pronto a su defensa.»

EDMUNDO.—Tocad. *(Primera trompetada.)* ¡Otra vez! *(Sengunda trompetada.)* ¡Otra vez! *(Tercera trompetada. Dentro responde otro clarín.)*

Al tercer toque entra EDGARDO, *armado, con un trompetero delante*

ALBANIA.—Preguntadle su propósito; por qué comparece a esta llamada de la trompeta.

HERALDO. — ¿Quiénes sois? ¿Vuestro nombre, vuestra condición? Y ¿por qué respondéis a la presente citación?

EDGARDO.—Sabed que mi nombre se perdió; fué roído por el diente de la traición y picado como por la oruga; pero soy tan noble como el adversario con quien vengo a contender.

ALBANIA.—Y ¿quién es ese adversario?

EDGARDO.—¿Quién es el que habla en pro de Edmundo de Gloster?

EDMUNDO.—El mismo. ¿Qué tienes que decirle?

EDGARDO.—Desenvaina la espada, a fin de que si es noble el corazón que mis palabras ofenden, tu brazo te haga justicia; he aquí la mía. Sábelo: éste es el privilegio de mi honor, de mi juramento y de mi profesión. Yo mantengo (a pesar de tu fortaleza, juventud y elevación, a despecho de tu espada victoriosa y de tu fortuna de nuevo cuño, de tu valor y fiereza) que eres un traidor, perjuro a tus dioses, a tu hermano y a tu padre, y conspirador contra este alto príncipe ilustre. Desde la cima de tus cabellos hasta la planta de los pies, y aun por debajo del polvo que huellas, eres un traidor, un vil sapo. Atrévete a decir que no, y esta espada, este brazo y lo mejor de mi energía, están prontos a probar sobre tu corazón, al que me dirijo, que mientes en cuanto digas.

EDMUNDO.—En rigor debiera preguntarte tu nombre; pero ya que tu exterior es tan noble y tan guerrero, y ya que tu lengua exhala cierto regusto de buen linaje, desdeño y rechazo esas dilaciones de prudencia minuciosa que tendría derecho a reclamar para mi seguridad y a tenor de las leyes de caballería. Te devuelvo a la cara la acusación de traidor; aplasto tu corazón bajo el peso de tu mentira, odiosa como el infierno; y como mis mentises pasan aún a tu lado sin herirte, esta espada va a brirles un camino sangriento hasta tu corazón, donde permanecerán clavados para siempre. ¡Hablad, trompetas! *(Señal de alarma. Combaten.)*

ALBANIA.—¡Salvadle! ¡Salvadle! *(Cae* EDMUNDO.)

GONERILA.—Esto es una estratagema, Gloster; según las leyes de las armas, no estabas obligado a responder a un adversario desconocido; no has sido vencido sino vendido y engañado.

ALBANIA.—Cerrad la boca, señora, y yo os la taparé con este documento. Tomad, señora. —Tú, la peor y más perversa criatura que puede nombrarse; lee tu propio crimen. No lo rompáis, señora; ya veo que lo conocéis.

GONERILA.—Pues bien, sí. lo conozco; las leyes son mías y no tuyas. ¿Quién puede erigirse en mi juez? *(Sale.)*

ALBANIA.—¡Oh! ¡Cuánta mosntruosidad! ¿Conoces este papel?

EDMUNDO.—No me preguntéis por lo que conozco.

ALBANIA.—Corred a su alcance; está desesperada; detenedla.

EDMUNDO.—Todo lo que me has imputado es cierto, y más, mucho más, que el tiempo pondrá en claro. Pertenecen

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

al pasado, como yo pertenezco ya también. Pero ¿quién eres tú, que tal suerte tuviste contra mí? Si eres noble, te perdono.

EDGARDO.—Intercambiemos la caridad. Mi sangre no es menos noble que la tuya, Edmundo; y si soy más, mayor ha sido tu culpa. Mi nombre es Edgardo; hijo soy de tu padre. Los dioses son justos y hacen de nuestros vicios deleitosos los instrumentos para flagelarnos. Al que te engendró en tinieblas y lugar vicioso, le ha costado los ojos tanto vicio.

EDMUNDO. — Hablaste cuerdamente, en verdad; la rueda ha descrito su círculo completo. Heme aquí.

ALBANIA.—Tu porte mismo me auguró desde luego una nobleza real. Deja que te abrece; que rompa mi pecho la aflicción si jamás os odié ni a ti ni a tu padre.

EDGARDO.—Dignísimo príncipe, lo sé.

ALBANIA.—¿Dónde os habéis ocultado? ¿Cómo habéis sabido las miserias de vuestro padre?

EDGARDO.—Al cuidarlas, señor. Oíd un corto relato, y, una vez referido, ¡oh, si mi corazón estallara! Para huir de la sangrienta orden que me perseguía tan de cerca (¡oh dulzura de la vida, que nos lleva al peligro de morir a cada momento por no querer morir de un solo golpe!), decidí disfrazarme con los andrajos de un loco, adquiriendo un aspecto que hasta los perros menospreciarían. Bajo este disfraz encontré a mi padre con las cuencas ensangrentadas, semejantes a dos anillos que hubiesen perdido sus piedras preciosas. Me convertí en su guía; conduje sus pasos, mendigué por él, salvéle de la desesperación y le dejé ignorar siempre quién era, ¡oh culpa que me echo en cara!, hasta hace una media hora solamente, que después de haberme equipado y vestido con mis armas, incierto de si triunfaría, por más que lo esperase, le he pedido su bendición y le he contado toda mi peregrinación desde el principio al fin. Pero, puesto entre los dos extremos de la pasión, la alegría y el dolor, su corazón, ya lastimado, demasiado débil, ¡ay!, para soportar el conflicto, se ha roto, y ha muerto con la sonrisa en los labios.

EDMUNDO. — Vuestra relación me ha conmovido; y quizá me haga mucho bien; pero continuad, aún parece que tenéis algo que decir.

ALBANIA.—Si todavía os quedan que contar más calamidades, reservádlas, pues no puedo continuar oyéndolas.

EDGARDO. — Esto hubiera parecido un desenlace suficiente a los que no gustan del dolor; pero otro, de amplificarlo con exceso, lo habría acrecentado aún y conducido hasta la última extremidad. Mientras yo gritaba exhalando mi dolor, llegó un hombre, que cuando me vió en mi peor estado, lleno de miseria, huyó de mi aborrecible compañía. Pero al saber quién era el infeliz agobiado por tantos males, con sus vigorosos brazos rodeó mi cuello, dando alaridos capaces de conmover al firmamento. Se arrojó sobre mi padre, del cual y de Lear hizo la más lastimosa relación que oídos humanos hayan escuchado jamás; mientras la contaba, los resortes de su vida comenzaban a romperse a efecto de su violenta congoja; en esto sonó por segunda vez el clarín, y le he dejado en tierra y sin conocimiento.

ALBANIA.—Pero ¿quién era?

EDGARDO.—Kent, señor; el desterrado Kent, que, disfrazado, había seguido a su desamigo el rey, prestándole servicios que no querría prestar un esclavo.

Entra un CABALLERO *con un cuchillo ensangrentado*

CABALLERO.—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

EDGARDO.—¿En qué te hemos de socorrer?

ALBANIA.—¡Habla, hombre!

EDGARDO.—¿Qué significa ese puñal ensangrentado?

CABALLERO.—Está caliente, humea todavía. Salía del mismo corazón de... ¡Oh! ¡Está muerta!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ALBANIA.—¿Quién está muerta? ¡Habla, hombre!

CABALLERO. — Vuestra esposa, señor, vuestra esposa; y su hermana ha sido envenenada por ella; así lo ha confesado.

EDMUNDO.—Había jurado amor a entrambas; todos tres nos casaremos ahora en un instante.

EDGARDO.—Aquí viene Kent. *(Sale el* CABALLERO.)

ALBANIA.—Que traigan aquí los cuerpos, se hallen vivas o muertas. Este ejemplo de la *divina justicia* es bueno para inspirar un saludable temor; pero no puede movernos a compasión.

Entra KENT

¡Oh, es él! La ocasión no permite los cumplimientos que exige la simple cortesía.

KENT.—He venido para dar por siempre jamás las buenas noches a mi rey y señor. ¿No está aquí?

ALBANIA.—¡Gran cosa por nosotros olvidada! Habla, Edmundo: ¿dónde está el rey? Y ¿dónde está Cordelia? ¿Ves este espectáculo, Kent? *(Son traídos los cadáveres de* GONERILA *y* REGANIA.)

KENT.—¡Ay de mí! Y ¿cómo es esto?

EDMUNDO.—A pesar de todo, era amado Edmundo; por causa mía, la una envenenó a la otra y después se dió muerte a sí misma.

ALBANIA.—Así es; cubridles el rostro.

EDMUNDO.—¡Jadeo por vivir! A despecho de mi propia naturaleza, hagamos algún bien. ¡Corred al castillo! Enviad a toda prisa, porque hay una orden mía para darles la muerte a Lear y a Cordelia. ¡Si corréis, aún llegaréis a tiempo!

ALBANIA.—¡Corred, corred! ¡Oh! ¡Corred!

EDGARDO. — ¿Hacia dónde, monseñor? ¿Quién tiene la orden? ¡Envía tu señal de suspensión!

EDMUNDO.—Bien pensado; toma mi espada; entrégasela al capitán.

ALBANIA.—¡Date prisa, por tu vida! *(Sale* EDGARDO.)

EDMUNDO.—Tu esposa y yo le comisionamos para que ahorcase a Cordelia en la prisión, y que, imputando la infamia del hecho a su propia desesperación, afirmase que ella misma se había matado.

ALBANIA. — ¡Los dioses la protejan! Lleváoslo un instante fuera de aquí. *(Se llevan a* EDMUNDO.)

Vuelven a entrar LEAR *con* CORDELIA, *muerta, en sus brazos;* EDGARDO, CAPITÁN *y otros*

LEAR.—¡Aullad, aullad, aullad! ¡Oh, sois hombres de piedra! Si yo poseyera vuestras lenguas y vuestros ojos, de tal modo los emplearía, que haría estallar la bóveda del firmamento. ¡Se fué para siempre! Yo sé cuándo una persona está muerta y cuándo está viva. ¡Está muerta como la tierra! ¡Dadme un espejo; si su aliento anubla o empaña la superficie, ¡ah!, *entonces* vive!

KENT.—¿Es esto la predicha fin del mundo?

EDGARDO.—¿O una imagen de semejante horror?

ALBANIA.—¡Que llegue y que todo fenezca!

LEAR.—Esta pluma se mueve. ¡Está viva! Si es así, será una felicidad que me compensará de todos los dolores que siempre he sufrido.

KENT.—¡Oh mi bondadoso amo!

LEAR.—¡Retírate, por favor!

EDGARDO.—Es el noble Kent, vuestro amigo.

LEAR.—¡Una peste sobre todos vosotros, sanguinarios asesinos! ¡Yo hubiera podido salvarla! ¡Ahora se fué para siempre! ¡Cordelia, Cordelia! ¡Aguarda un poco! ¡Ah! ¿Qué es lo que dices? Su voz era siempre dulce, susurrante y acariciadora, cualidades excelentes en una mujer. ¡Yo maté al esclavo que estaba ahorcándote!

CAPITÁN. — Verdad es, nobles señores; así lo ha hecho.

LEAR.—¿Quién no lo hiciera, amigo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mío? Yo he conocido un tiempo en que, blandiendo mi tajante espada corva, los habría hecho saltar a todos; pero ahora soy viejo y todas estas pieles me aniquilan. ¿Quién sois vos? Mis ojos no son los mejores. Os reconoceré en seguida.

KENT.—Ved aquí el ejemplo más grande de uno de los dos seres en quien haya agotado la Fortuna sus favores y sus reveses.

LEAR.—Se me nubla la vista. ¿No sois Kent?

KENT.—El mismo. Vuestro servidor Kent. ¿Dónde está vuestro sirviente Cayo?

LEAR.—Era un buen muchacho; pegaba fuerte y rápidamente, te lo juro. Muerto está ya, y podrido.

KENT.—No, mi buen señor; yo soy aquel mismo...

LEAR.—Voy a verlo al instante.

KENT.—...que, desde el comienzo de vuestro cambio de fortuna y decadencia, ha seguido vuestras tristes pisadas...

LEAR.—Bien venido seas.

KENT.—¡No, ni que nadie lo sea! ¡Todo es desolación, tinieblas y luto! Vuestras hijas mayores se han destruído a sí mismas y muerto desesperadamente.

LEAR.—Sí, tal lo creo.

ALBANIA.—No sabe lo que se dice, y es inútil que nos presentemos ante su vista.

EDGARDO.—Del todo inútil.

Entra un CAPITÁN

CAPITÁN.—Señor, Edmundo ha muerto.

ALBANIA.—Esa muerte es para nosotros una futesa. Señores y nobles amigos, escuchad cuáles son nuestras intenciones: todos los cuidados que puedan aplicarse a esta gran ruina humana le serán concedidos. En cuanto a nosotros, resignaremos en manos del anciano monarca nuestro poder absoluto por todo el resto de sus días. *(A* EDGARDO *y* KENT.) Vosotros seréis reintegrados en todos vuestros derechos, con aquella ganancia y adición que vuestros honores han merecido con creces. Todos nuestros amigos gustarán la recompensa de su virtud, y todos nuestros enemigos, el cáliz amargo de sus merecimientos. ¡Oh, mirad, mirad!

LEAR.—¡Y mi pobre loquilla ha sido ahorcada! ¡No, no, no tiene vida! ¿Por qué un perro, un caballo, un ratón viven, y tú, en cambio no alientas? ¡No volverás más, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca! Por favor, desabrochadme este botón. Gracias, señor. ¿Veis esto? ¡Miradla..., mirad... sus labios..., mirad aquí..., mirad aquí... *(Muere.)*

EDGARDO.—¡Desfallece; *milord, milord*!

KENT.—¡Rómpete, corazón; te lo suplico, rómpete!

EDGARDO.—¡Alzad la cabeza, mi señor!

KENT.—No atormentéis su sombra ¡Oh! ¡Dejadla marchar! Sería odiarle querer extenderle más tiempo sobre el potro de tortura de este mísero mundo.

EDGARDO.—Ha desaparecido, en verdad.

KENT.—El asombro es que haya vivido tanto tiempo; no hacía sino usurpar su vida.

ALBANIA.—Lleváoslo de aquí. Un duelo general es la tarea que nos reclama. *(A* KENT *y a* EDGARDO.) Amigos de mi alma, gobernad los dos en estos reinos, y sed el sostén de este herido Estado.

KENT.—Voy a partir para un largo viaje muy pronto, señor. Mi amo me llama, y no debo decirle que no.

EDGARDO.—Preciso es que nos sometamos a la carga de estas amargas épocas; decir lo que sentimos, no lo que debiéramos decir. El anciano ha sufrido muchísimo; nosotros, que somos jóvenes, no veremos tantas cosas ni viviremos tantos años. *(Salen. Marcha fúnebre.)*

FIN DE
«EL REY LEAR»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández